



*Hilario Ascasubi*

## **Paulino Lucero**

O Los gauchos del Río de La Plata cantando y combatiendo contra los tiranos de la República Argentina y oriental del Uruguay  
(1839 a 1851)

Comentario [LT1]:

### **HOMENAGE**

*A la memoria del doctor don VALENTÍN ALSINA,  
eminente patriota, virtuoso ciudadano  
e ilustre jurisconsulto argentino.*

HILARIO ASCASUBI.  
*París, 2 de agosto 1872.*

## **Prólogo**

Después de algunos años consagrados al sostén de los principios de libertad y civilización, en que, teniendo en vista ilustrar a nuestros habitantes de la campaña sobre las más graves cuestiones sociales que se debatían en ambas riveras del Plata, me he valido en mis escritos de su propio idioma, y sus modismos para llamarles la atención, de un modo que facilitara entre ellos la propagación de aquellos principios, es sólo a instancias de mis amigos que he podido resolverme a publicar, reunido a un solo cuerpo, todas las poesías que contiene este libro.

En globo, ellas presentarán al lector como el horizonte lejano de nuestros hechos y sus diversas peripecias; el cual irá perdiéndose de nuestra vista cuando más vamos entrando en la actualidad, donde el cuadro de la realidad principia a hacer desaparecer el aparente límite que a lo lejos diseña aquel ficticio horizonte.

Sin haber podido formar conciencia del mérito real y positivo de mis producciones, lejos de haber tenido en vista antes de ahora poner en un solo cuerpo las que contiene este libro, he temido por el contrario el exponerlas como en un cuadro sobre el cual el público pudiese

juzgar de ellas, fuera de la escena en que me fueron inspiradas; circunstancia que tanto contribuye a realzar el mérito de toda producción literaria.

Pero personas más competentes que yo para juzgar de trabajos de esta naturaleza, ya sea movidas por un espíritu de patriotismo, amistad, o simpatía por los principios que he vertido en mis escritos, han conseguido al fin lanzarme el campo de la publicidad. Ellas me han impulsado a ofrecer a mis compatriotas una colección completa de mis trabajos, y no obstante que agradezco el generoso sentimiento que les induce a aconsejarme así, debo sin embargo hacer caer sobre ellas ya sea el aplauso o el sarcasmo con que fueren recibidos mis trabajos, pues a no ser por sus insinuaciones no me habría expuesto a hacerme acreedor a una u otra cosa; desde que tampoco habría llegado el caso de ofrecer la colección que hoy sale a luz.

**HILARIO ASCASUBI.**

Jacinto Amores, gaucho oriental, haciéndole a su paisano Simón Peñalva, en la costa del Queguay, una completa relación de las fiestas cívicas, que para celebrar el aniversario de la jura de la Constitución oriental, se hicieron en Montevideo en el mes de julio de 1833

JACINTO llegando a casa de su aparcerero Peñalva antes del mediodía

JACINTO: ¡Aquí está Jacinto Amores!  
Vengo, paisano Simón,  
a ganarle un vale cuatro,  
y al grito rayarseló.

SIMÓN: Pues, amigo, si tal piensa,  
fieramente se engañó.

JACINTO: ¡Qué me he de engañar, nunquita!

SIMÓN: Se engaña, y creameló,  
que en la redondez del mundo  
hasta ahora no alumbra el sol  
a gaucho alguno que pueda  
alzarme al truco la voz.

JACINTO: ¡Barbaridá! Y ¿cómo está?

SIMÓN: Alentao, gracias a Dios.  
Y usté ¿díaónde diablos sale  
en ese pingo flanchón?

JACINTO: De la ciudá caigo, amigo,  
rabiando, y con su perdón  
voy a soltar a este bruto,  
que desde que lo parió  
su madre la yegua...

SIMÓN: ¡Ahijuna!  
La madre del redomón,  
si le parece, y...

JACINTO: De juro.  
(¡Qué viejo tan cociador!)  
Pues, como le iba diciendo,  
nunca en la vida se vio  
de este bruto una obra buena.  
¡Ah, maula!

SIMÓN: Pues largueló,  
que de flautas de esa laya  
dos tropillas tengo yo;  
por supuesto, a su mandao.

JACINTO: Eso sí, siempre pintor.

SIMÓN: Como guste; desensille,  
y vamos para el fogón,  
pues le conozco en la cara  
que viene algo secarrón;  
y allí, mientras toma un verde,  
me contará por favor  
si ha visto esas funcionazas  
de nuestra Custitución,  
de las cuales en el pago  
no hay gaucho que dé razón.  
Así, merecer deseo  
de su boca un pormenor.

JACINTO: Me parece razonable,  
amigo, su pretensión;  
así, voy a complacerlo,  
aunque vengo calentón  
por causa de que el caballo  
también cuasi me tapó,  
allí al cair a la cañada,  
aonde tan fiero rodó  
que, si no le abro las piernas  
en su lindo, hecho mojón  
entre el barrial de cabeza

me planta, o me hace colchón.

SIMÓN: No me venga con preludios,  
pues ya sé que es parador.

JACINTO: A veces, pero no en todas;  
por fin, eso ya pasó.  
Y volviendo a su deseo,  
en cuanto a conversación  
traigo más cuento que infierno  
y podré darle razón,  
como guste, en lo tocante  
al todo de la función.

SIMÓN: ¡Cosa linda!, sientesé;  
velay mate, apureló,  
y empiece, que estoy ganoso  
de escucharlo.

JACINTO: Pues, señor,  
partiendo de una alvertencia,  
desde el día veintidós,  
ya rumbeando a las funciones,  
fui a golpiarme al Canelón,  
adonde jugando al truco  
con el ñato Salvador,  
me pasé todo ese día;  
y el liendre con su intención,  
sintiéndome algunos riales,  
y sabiendo mi afición  
a echar un trago, a la fija  
esa noche me apedó,  
y orejiando la pasamos;  
y la jugada siguió  
hasta el veintitrés de tarde,  
que del todo me peló,  
y largándome el barato  
a la ciudá se largó.  
Yo, después de churrasquiar,  
apenas escureció,  
ensillé el ruano y salí  
al trote hasta el Peñarol,  
adonde desensillé  
en la chacra de Almirón;  
y de allí, a la madrugada,  
cuanto el lucero apuntó,  
cogí despacio, y después  
que asiguré un cimarrón,  
rumbié al galope a la Aguada,  
aonde llegué a la sazón  
en que la primer orilla

iba descubriendo el sol.  
¡Barajo!... ¡Pero, qué helada,  
la que se me levantó  
en esa cruzada! ¡Ah, Cristo!  
Por poco me endureció,  
con todo que para el frío  
presumo de aguantador;  
pero, esa mañana... ¡eh, pucha!  
las narices, crealó,  
me gotiaban, y entumido  
me apié en lo de un Español,  
pulpero de mucho agrado;  
y luego que alabé a Dios,  
le pedí un vaso de anís,  
que para entrar en calor  
es bebida soberana;  
y apenas me lo alcanzó,  
al pegarle el primer beso,  
de atrás sentí... ¡Bro... co... tón!  
el trueno de un cañonazo  
que a la casa estremeció.  
Y al crujido de los frascos,  
los vasos y el mostrador,  
por supuesto, mi rocín  
de la sentada que dio  
hizo cimbrar el palenque,  
y en seguida reventó  
el cabresto, al mismo tiempo  
que el cojinillo voló  
y en medio de las orejas  
al pingo se le enredó;  
de manera que espantao  
y echando diablos salió  
campo afuera hasta el Cerrito,  
en donde me le prendió  
las boliadoras un criollo  
que allí se le atravesó.

SIMÓN: Vaya un mozo comedido!

JACINTO: Cabalmente, se portó.  
Y como le iba diciendo,  
tras del trueno del cañón  
un repique general  
por todo el pueblo sonó,  
y al mismo tiempo soltaron  
en el Cerro un banderón  
de la Patria azul y blanco,  
y en la esquina con el Sol.  
De ahí siguieron menudiando

las campanas y el cañón,  
y de tal modo, aparcero,  
se me ensanchó el corazón,  
que doblé el codo y de un trago  
sequé el vaso, crealó;  
y luego un ¡Viva la patria!  
le atraqué por conclusión.

SIMÓN: En su vida, amigo Amores,  
no ha hecho usted cosa mejor;  
y en un caso semejante  
lo mesmo hubiera hecho yo  
y cualquier criollo patriota.  
Prosiga.

JACINTO: Pues, sí, señor.  
Luego que el vaso apuré  
y el cuerpo me entró en calor,  
enderecé al bullarengo  
cantando muy alegrón;  
y al embocarme en la calle  
que le llaman del Portón,  
la vide de punta a punta  
que parecía una flor,  
adornada con banderas  
de toda laya y color:  
las unas de Buenos Aires,  
las otras de la Nación;  
pero, eso sí, acollaradas,  
como quien dice: en unión;  
después las de Ingalaterra,  
las de Uropa y qué sé yo...  
Era puro banderaje  
de lo lindo lo mejor.  
Así, medio embelesao  
con tantísimo primor,  
fui a torcer por una esquina,  
cuando en esto el redomón  
de una yunta de mujeres  
se hizo poncho y se tendió  
al ver que una en la cabeza  
traiba un escarmenador  
que era capaz de espantar  
al famoso Napolión.  
¡La pu... rísima en el queso!  
¡sí aquello daba temor!  
Era más grande que un cuero  
la peineta, sí, señor;  
de manera que el caballo

tan de veras se asustó  
que fue preciso atracarle  
las espuelas con rigor.  
Al sentir las nazarenas,  
tiritando atropelló  
en derecha a las hembras,  
y una de ellas se enojó  
tantísimo y tan de veras,  
que la gente se juntó,  
al comenzarme a gritar:  
«¡Ah, camilucho ladrón,  
que te hago pelar la cola  
si ruempo mi peinetón!  
¡Jesús, mis ochenta pesos!  
Favorézanme por Dios;  
vayan a la Polecía  
y tráiganme un celador;  
o que venga el comisario  
y amarre a este saltiador,  
gaucho, atrevido, borracho...».  
Y la hembra se calentó  
a decirme desvergüenzas,  
que a no ser por la afición  
que le tengo y le tendré  
siempre al ganado rabón,  
me dejo cair y allí mesmo  
la castigo, o qué sé yo.

SIMÓN: Pues, amigo, en no hacer caso  
no hay duda que la acertó,  
porque las hembras puebleras  
en cuanto se enojan son  
como víboras toditas;  
y en teniendo un camisón  
de tafetán o lanilla,  
ya tienen la presunción  
de unas virreinas, y así  
se largan de sol a sol  
con el corpiño ajustao  
y llenas de agua de olor,  
sin camisa algunas veces,  
pero con su peinetón;  
pues como es prenda de moda,  
ahí largan todo el valor;  
lo mesmo que en el ponerse  
en cada hombro un pelotón  
como panza de novillo.  
¡La gran punta! ¡qué invención!  
¿No la ha visto?

JACINTO: Quitesé;  
de eso también procedió  
que el animal se espantase,  
de suerte que me obligó  
a volverme para atrás;  
fortuna a que en el portón  
vive un mozo portugués  
en un medio corralón,  
adonde me resolví  
a dejar mi redomón.

Luego a pie me fui a la esquina,  
y al sentirme delgadón  
compré pan y gutifarras  
y un rial de vino carlón;  
atrás me chupé otro rial,  
después me soplé otros dos;  
y en seguida a la guitarra  
me le afirmé tan de humor,  
que ni el mismo Santos Vega,  
que esté gozando de Dios,  
se hubiera tirao conmigo;  
porque estaba de cantor  
con la mamada, paisano,  
lo mismo que un ruiñeñor.

En esto, a la doce en punto,  
otra vuelta... ¡Bro... co... tón!,  
dianas y repicoteos  
por toda la población:  
cosa que me hizo acordar  
de cuando en Ituzaingó  
nos tiramos cuatro al pecho...  
¿Se acuerda, amigo Simón?

SIMÓN: Glorias como esa, paisano,  
nunca Peñalva olvidó;  
pues ya sabe que este brazo  
allí también se blandió.  
Bien que los gauchos patriotas  
peliamos por afición;  
y en cuanto se arma una guerra,  
sin más averiguación.  
de si es rigular o injusta,  
nos prendemos el latón,  
y dejando las familias  
a la clemencia de Dios,  
andamos años enteros  
encima del mancarrón,  
cuasi siempre unos con otros



matándonos al botón.  
Así de la paisanada  
los puebleros con razón  
suelen reírse, porque saben  
que los gauchos siempre son  
los pavos que en las custiones  
quedan con la panza al sol;  
y el que por fortuna escapa  
de cair en el pericón,  
después de sacrificarse  
saca un pan como una flor,  
cuando tiene por desgracia  
que arrimarse a un figurón  
de los que al fin se aseguran  
del mando y del borbollón.  
Y si no, vaya por gusto  
en cualesquier aflicción  
o atraso que le suceda,  
y procure la ocasión  
de alegarle a un gobernante,  
a quien usted lo sirvió  
con su persona y sus bienes  
hasta que se acomodó;  
vaya y pídale un alivio...  
¿Y qué le daban?, ¡pues no!  
Ni bien llega usted al umbral,  
le sale algún adulón  
atajándole la entrada  
y haciendo ponderación  
de que se halla vucelencia  
muy lleno de ocupación,  
porque le está dando taba  
algún ricacho, o dotor,  
o la señora fulana,  
o el menistro, o qué sé yo  
todas las dificultades  
que pone con la intención  
de cerrarle la tranquera  
a cualesquier pobretón;  
y si usted ve que lo engañan,  
y se mete a rezongón,  
le largan cuatro bravatas  
y lo echan de un repunjón  
cuando menos, que otras veces  
le acuden con un bastón  
a medirle las costillas  
sin más consideración.  
¿No es así?... Pero por fin,  
mudemos conversación;  
platique de las funciones.

Velay otro cimarrón.

JACINTO: ¿Qué dice de las costillas?

¡Barajo!, amigo Simón,  
a mí nadie me aporrea  
ni me ronca sin razón.  
¡Qué!, ¿así no más se dan palos?  
¡La pu... nta del maniador!,  
pues estábamos lucidos  
después de tanto arrejón  
y trabajos por ser libres.  
No, amigo, eso sí que no.  
Yo, aunque soy un pobre gaucho,  
me creo igual al mejor,  
porque la ley de la Patria,  
como las leyes de Dios,  
no establece distinciones  
de ninguna condición  
entre el que usa chiripá  
o el que gasta casacón.  
Todos los hombres iguales  
ante la justicia son,  
la cual tan sólo distingue  
y le da su protección  
al hombre más bien portao;  
y sobre ese punto yo  
presumo como el que más,  
y es tanta mi presunción  
que me creo en cualquier parte  
del todo merecedor.  
Siendo así, no puedo, amigo,  
sufrirle a ningún pintor.

Cabalito. Con que así,  
mudando conversación,  
seguiré mi cuento aquel:

Me había puesto alegrón,  
y al sentir los cañonazos  
me tiré del mostrador,  
y echando mano a sacar  
plata de mi tirador,  
me encontré sin un cuartillo.  
¡Voto al diablo!, dije yo;  
a la cuenta en el galope  
la mosca se me perdió.

Entonces quise al pulpero  
darle una sastifación,  
dejándole el poncho en prenda;

pero el hombre no entendió  
de disculpas, al contrario,  
como un tigre se enojó,  
y para echarme a la calle  
me dio tal arrepunjón  
que me hizo sentar de culo.  
¡Ahijuna!, le grité yo,  
y en cuanto me enderecé  
sin más consideración  
le sacudí un guitarrazo,  
y en ancas con el farol  
adonde estaba el candil;  
pero el pulpero sacó  
el cuerpo, haciéndose gato,  
y no sé diaónde agarró  
un espadín, con el cual  
como un toro me embistió.

Pero, amigo, es como robo  
peliar con un chapetón  
y a cuchillo, hágase cargo;  
ni medio a buenas llegó,  
con todo que sobre el lazo  
se me vino, y me tiró  
tres viajes, que en el tercero  
cuasi, cuasi me aujerió;  
por suerte le metí el poncho,  
y cuando él menos pensó  
le hice una media cabriola,  
¡y apenas se descuidó  
le crucé los dos cachetes  
con un tajo de mi flor!

Por supuesto, el maula viejo  
al coloriar aflojó,  
y le cacé el espadín  
que asustao me lo soltó;  
entonces salí a la calle,  
y atrás de mí se largó  
el pulpero, dando gritos,  
de manera de que yo,  
temiendo a la Polecía,  
me le senté a un mancarrón  
que estaba frente a una puerta  
con apero de dotor;  
y de allí como balazo  
me fui a golpiar al Cordón,  
adonde solté el rocín,  
y se me proporcionó  
el venderle las cangallas

a otro pulpero Nación,  
que por la silla y la espada  
siete pesos me aflojó.

Agarré el mono y a pie  
caí por el otro portón,  
y haciéndome zonzo entré  
hasta la Plaza mayor.

¡Ah, cosa! ¡Bien haiga Cristo!  
Viese, aparcero Simón;  
eso era una maravilla  
de cortinas de color,  
pilares, arcos, banderas,  
de la plaza al rededor;  
y allá en el medio una torre  
de muy lucida armazón  
que nombraban la Pirami,  
aonde estaba un figurón  
arriba con la bandera  
de nuestra Custitución.

Luego, esa misma Pirami  
tenía abajo al redor  
letreros y versería,  
y un mozo que se arrimó  
anduvo dándole güeltas,  
y uno por uno leyó  
el cómo, el cuándo, y el pago  
aonde la patria triunfó.

Luego la farolería,  
amigo, daba calor;  
era cosa de asombrarse,  
ver tantísimo farol.

¿Y la soldadesca? ¡Ah, cosa!  
Encantao estaba yo  
viéndola tan currataca  
luciendo en la formación,  
cuando la musiquería  
redepente resonó,  
al tiempo que de la iglesia  
el gobierno despuntó  
con toda la oficialada  
saliendo de la función.  
¡Qué uniformes galoniaos!,  
¡qué penachos de color!,  
¡qué corbos y qué murriones  
relumbrantes como el sol!

Luego con los militares  
entreverada salió  
una manada de oscuros,  
vestida de casacón  
y fajas de terutereros;  
porque traían el calzón  
no más que hasta la rodilla;  
de ahí, espadín y bastón,  
y zapatos con hebillas,  
y un gran sombrero flauchón...  
vestimenta singular  
que usa todo ese montón  
de alcaldes y escribenistas,  
y doctores, como son  
todos por lo rigular:  
gente, amigo, superior  
para armarle una tramoya  
y chuparle el corazón  
al diablo, si se le antoja  
el meterse a pleitiador.

Al fin, se largó el hembraje  
en la última división.  
¡Ah, mozas de cuerpo lindo!,  
¡si eso daba comezón!  
Salió una muchacha rubia  
así como de su altor,  
con un vestido celeste  
y su triángulo punzón,  
y una cara como un cielo.  
¡Ah, hembra linda!, ¡crealó!  
Y tan pintora, eso sí;  
toda se zangolotió  
al bajar las escaleras,  
de suerte que se enredó  
en las polleras tan fiero  
que medio trastabilló.

Entonces un cajetilla  
que estaba allí de mirón,  
y tendría con la moza  
conocencia, o qué sé yo,  
cuanto la vido ladiarse,  
cuanto se le acollaró  
por la cintura y salieron  
requebrándose los dos.  
¿Qué le parece?

SIMÓN: ¡Divino!

Me gusta, amigo, ¡pues no!,  
ya sabe que me deleita  
oír platicar del amor...  
Pero, entre tanto, dispense,  
y alcánceme ese asador,  
voy a prenderle un matambre;  
y prosiga por favor,  
que recién me va gustando  
el cuento.

JACINTO: Pues, sí, señor;  
cuando todos se raliaron  
yo también me iba a largar,  
y me topé redepente  
con el amigo Olimar,  
tan apedao que a gatitas  
se podía enderezar.  
Al verlo tan chamuscao  
le quise allí gambetiar,  
pero me pilló tan cerca,  
que no me pude escapar  
de que me pegara el grito:  
-¡Amigo!, ¿cómo le va?  
-Muy lindamente... Y luego  
se me pegó al costillar,  
con un porrón de giniebra,  
y me comenzó a informar  
de las rifas que vendían,  
mostrándome un chiripá  
que con dos riales y medio  
acababa de sacar.

Al ver esa prenda linda  
se me antojó el arresjar,  
y al punto de resolverme  
echamos a caminar,  
llegando hasta una ventana,  
aonde primero a jugar  
entré a la gata parida  
para poderme atracar,  
porque el gentío que había  
era con temeridá.

Allí adentro estaba un mozo  
de facha muy rigular,  
haciendo la mazamorra  
con cartuchitos no más;  
y al verlo tan trajinista  
me hizo medio desconfiar;  
pero, como en todo soy

incapaz de recular,  
largué mis dos petacones,  
y luego salí a pelar  
papeles en la vedera,  
sin conseguir acertar  
en alguno con letrero,  
que era el modo de ganar.

Como soy medio suertudo  
de nuevo volví a largar  
otro petacón y medio;  
pero, ¡qué Cristo!, al pelar  
saqué puro blanco y blanco...  
¡Mire qué infelicidá!

Dándome por trajinao  
cuasi empecé a renegar,  
y por no perderlo todo  
rejunté para pitar  
todos estos papelitos.  
¡Mire si es barbaridá,  
vender a medio cada uno!  
¡Vaya un modo de robar!

SIMÓN: Pero, amigo, ¿quién lo mete  
en juegos de la ciudad?  
¿No sabe que los puebleros  
son capaces de embrollar  
al gaucho más orgulloso?  
Valiente no maliciar.  
Velay, pite, y otro día  
no se deje trajinar.  
Con que, prosiga adelante.

JACINTO: Por fin, me iba a retirar  
después de la peladura,  
cuando empezaron a entrar  
las yuntas de danzarines,  
que venían a bailar  
sobre un tablao que sería  
del tamaño del corral.

Primero entraron a pie  
dos pandillas, luego atrás  
entraron los de a caballo,  
y en el instante a volar  
principió la cuhetería,  
culebriando hasta trepar  
allá por los infiernillos;  
y de arriba... ¡tra... ca... tra!,

lo mismo que maíz en la olla  
era un puro reventar.

Al rato los danzarines  
empezaron a marchar,  
moniando por el tablao  
y sin quererse largar.  
Así anduvieron rodiando,  
pero en cuanto entró a tocar  
la música el fandanguillo,  
se agacharon a bailar  
primorosísimamente.  
¡Ah, mozos de habilidá!,  
y luego tan currutacos,  
eso era temeridá;  
porque cada danzarín  
parecía un general:  
chaqueta y calzón de raso,  
toditos por el igual;  
luego en el pecho una cosa  
a manera de pretal  
de puro galón dorao.  
De ahí, ceñidor y puñal  
y unos bonetes cacones  
con sortijas de metal;  
y otra porción de primores  
que se veían relumbrar.  
Luego unos arcos floridos,  
cosa muy particular,  
con los que hacían mudanzas  
y figuras al bailar;  
hasta que al fin se cansaron,  
y le dieron el lugar  
a otra tropilla distinta  
que luego subió a danzar;  
y si bien lo hicieron unos,  
no se quedaron atrás  
los segundos, que bailando  
se pusieron a trenzar  
unas cintas de la patria  
con toda preciosidá.

Sujetaron un instante;  
y entonces vide trepar  
a un muchacho como un cielo,  
que principió a platicar  
a gritos con los mirones;  
y todos al escuchar  
las razones del mocito,  
en cuanto cesó de hablar



gritaron: ¡Viva la Patria!,  
y entraron a palmotiar  
de la plaza y los tejaos  
las gentes como maizal.  
A los gritos los danzantes  
se volvieron a agachar,  
y dele guasca... otra vez;  
bailando hasta destrenzar  
las cintas completamente.

En seguidita no más  
los que estaban a caballo  
se echaron a disparar,  
maniobrando de este lao,  
para luego irse a topar  
a fuerza de chuza y bala  
por el otro lao de allá;  
y otra vuelta a sable en mano  
se volvían a encontrar,  
y de revés se tiraban  
unos viages sin piedá:  
eso sí, todo chanciando,  
no era cosa de peliar.  
Pero, ¡ah, pingos belicosos!,  
se podía atropellar  
al diablo en cualquiera de ellos.  
Nunca he visto en la ciudá  
unos fletes más bizarros.

Al fin se empezó a nublar  
la tarde, y un aguacero  
se principió a descolgar;  
de suerte que me largué  
en derecha al corral  
del portugués que le dije,  
quien me salió a preguntar  
aónde me había entretenido.  
¡Ah, mozo de voluntá!  
Esa noche nos mamamos,  
y cuando no pude más,  
cojé y me acosté a dormir,  
y me vine a despertar  
al otro día a la tarde,  
que, sin comer ni matiar,  
cuanto vi el tiempo asentao,  
me fui a la plaza a golpiar,  
aonde las fiestas seguían  
con la misma majestá,  
y estaban los de a caballo  
prontitos para jugar

la sortija, que en un arco  
entraron a disputar  
quién la ensartaba primero;  
y echándose a disparar  
uno atrás de otro al galope  
ninguno pudo embocar.

Pero... ¡eh, pucha!, ¡ah, mozo diablo  
uno llamao Piquimán!,  
ojo al Cristo se venía  
a fuerza de rebenquiar,  
y cuando estaba cerquita  
comenzaba a sujetar,  
y así mesmo cabuliano  
no consiguió el acertar;  
hasta que un hombre en un zaino  
rompió, y después de embocar,  
le tocaron los clarines  
y sentó el pingo ahí no más.  
Pusieron otra sortija  
y comenzaron a entrar  
otras nuevas mojigangas,  
que era para reventar  
al verles la facha, amigo;  
y después de chacotiar  
a vueltas y cogotazos  
no sé aónde fueron a dar.

Tras de esto, las luminarias  
empezaron a alumbrar,  
y así que estuvo escurito  
mandó el alcalde quemar  
una porción de castillos  
primorosos a cual más.

Después de eso a las comedias  
la gente empezó a rumbiar,  
y yo atrás del bullarengo  
también entré a cabrestiar  
voluntario, de manera  
que cuando quise acordar  
estuve entre las comedias,  
aonde tuve que aflojar  
en la puerta cuatro riales,  
que tengo que lamentar  
mientras viva en este mundo;  
porque, después de pagar  
para ver las comediantas,  
nada conseguí el mirar,  
y allí entre unos callejones

cuasi me hacen reventar  
a encontrones; y así anduve  
dando güeltas sin cesar,  
hasta que en ese trajín  
me empezaron a sonar  
las tripas como organito:  
con que me mandé mudar,  
y en la primer pulpería  
que vi me entré a merendar  
pescao frito y vino seco,  
medio frasco o poco más;  
de suerte que me templé,  
y de allí me puse a cantar  
hasta las diez, cuando el hombre  
me dijo que iba a cerrar  
la pulpería; y de allí  
sin saber aónde rumbiar  
salí en pedo, y... ¡vea el diablo!,  
en cuanto salí no más,  
pasó frente a mí una moza  
y se empezó a zarandiar,  
como diciéndome: envido,  
de suerte que al costillar  
me le pegué y al instante  
la comencé a requebrar,  
y, como que me rascaba,  
la mosca le hice sonar;  
pero la hembra red repente  
al ñudo echó a disparar,  
y dando güelta ahí cerquita  
se trepó sin resollar  
por una escalera arriba;  
y yo me volví a topar  
otra vez en las comedias,  
aonde iban a fandanguiar.

Como ya había pagao,  
de nuevo quise entrar,  
y al tiempo que me colaba  
muy orondo y muy formal,  
red repente, ¡voto al diablo!,  
un pueblero gamonal  
me sujetó del cogote  
y me pegó el grito: -¡Atrás!  
Ahora no se entra de poncho.  
Salga, no sea animal.  
-Paisano, le contesté,  
usté puede dispensar,  
que siendo yo mozo pobre  
no me puedo presentar

de casaca como usted,  
que algún platudo será  
por lo guapo y vanidoso;  
y si es de menospreciar  
este poncho para usted,  
patrón, me voy a largar,  
permitiéndome tan sólo  
decirle con claridá,  
que entre un gaucho y un pueblerero  
no encuentro desigualdá,  
cuando el primero es honrao  
y se sabe comportar.

En esto un don Chutipea  
vestido de militar,  
agradao de mis razones,  
de la mano me hizo entrar,  
así no más, emponchao...  
¡Vaya un hombre liberal!

Luego adentro, por supuesto  
me traté de acomodar  
sentao como vide a muchos,  
y como al lao de enlazar  
viché un cajón boca arriba,  
de dos varas poco más,  
con muchas sillas adentro,  
ahí me entré a repatinguiar  
sobre la más bien dorada;  
y vi una temeridá  
de puebleros que a la sala  
pricipiaron a dentrar  
con unas mozas, amigo,  
lindas como una deidá.

A poco rato salieron  
dos madamas a bailar,  
de unas cinturas, ¡ah, Cristo!,  
si no hay cómo comparar  
la finura, porque a un soplo  
se les podía quebrar.  
Cada una con su cortejo  
hizo yunta, y a la par,  
haciéndose cortesías,  
entraron a recular,  
y cuanto hacía la dama  
lo mesmo hacía el galán.

De ahí bailaron otras cosas  
que yo no puedo explicar;

pero lo que me gustó  
fue, amigo, que al rematar  
se armó un cielito con bolsa,  
y ya se largó a cantar  
sin guitarra un mozo amargo  
de aquellos de la ciudá.  
¡Bien haiga el criollo ladino,  
cómo se supo quejar!  
Al fin se hizo un entrevero  
algo más de rigular;  
y yo al ver la cosa en punto  
me iba ya a desemponchar;  
pero, apurándome el sueño,  
comencé luego a vichar  
aónde poderme tender  
para medio dormir;  
y tantiando en un rincón,  
(mire qué casualidá),  
trompecé en una limeta  
tapada con alquitrán;  
luego le rompí el pescuezo  
y le empecé a menudiar,  
sin saber qué diablos era,  
que se colaba no más  
como dulce de aguardiente;  
pero con la suavidá  
tomé un pedo tan tremendo,  
que me tuve que anidar  
debajo de una escalera,  
aonde comencé a roncar  
sin saber más del fandango,  
porque volví a despertar  
al otro día a la tarde  
revolcao como animal;  
y así me largué a la plaza...  
Y al momento de llegar,  
de nuevo los bailarines  
empezaron a bajar;  
y otro vez la cuhetería  
y música sin cesar:  
gentío que no cabía,  
banderas cada vez más,  
rompecabezas, tucañas,  
y muchachos a montar  
en caballitos de palo,  
que hacían remolinar  
al lao de unos cochecitos,  
cosa muy particular.  
¿Y las mozas, aparcero?  
¡Jesucristo!, ¡qué beldá!,

se cruzaban en tropillas  
de a diez, de a doce y de a más;  
mojigangas como hormigas,  
soldados como trigal;  
Naciones como mosquitos,  
y en un puro lengüetiar;  
cajetillas, por supuesto,  
muchos, ¡con temeridá!,  
eso sí, currutacones  
todos ellos a cual más.

Finalmente, a la oración  
se principió a iluminar  
toda la farolería  
en la plaza y la ciudad;  
y prendieron los castillos...  
y acabados de quemar,  
las gentes a las comedias  
se volvieron a largar.

Al ratito yo también  
cansao me mandé mudar,  
porque estaba tan rendido  
que a gatas podía andar;  
de suerte que a un bodegón  
fui y me puse a merendar;  
y a las ánimas en punto  
fatigao me vine a echar.  
Dormí en lo del portugués,  
y en cuanto quiso aclarar  
me levanté, calenté agua,  
me senté a cimarrionar;  
de ahí pagué lo que debía,  
después me puse a ensillar;  
monté y me largué a mi pago,  
adonde espero llegar,  
si el Señor quiere y la Virgen,  
con toda felicidad.

Velay todo lo que he visto;  
no tengo más que contar.

SIMÓN: Dichoso de ustedé, aparceró,  
que ha sabido disfrutar  
funciones tan soberanas.  
¡Viva el Gobierno oriental!...  
Y el año que viene, amigo,  
si Dios nos deja llegar,  
y yo tengo cuatro pesos  
para poderlos gastar,

desde ahora ya le suplico  
que me venga a acompañar  
para que nos vamos juntos  
a la función a gauchar.

Después que el viejo Peñalva  
acabó de platicar,  
Jacinto ensilló un obero  
y Simón un alazán;  
se echaron un trago al pecho  
y salieron a la par:  
el uno cortó a su pago,  
y el otro se fue a campiar.

### **El Truquiflor**

Remitido de un soldado oriental del ejército del general don Fructuoso Rivera, para el número cuatro del periódico titulado El Gaucho en Campaña, el cual se publicaba en Montevideo en el año de 1839

*Campamento en marcha a 25 de octubre de 1839.*

Amigo relator de la Gaceta del Gaucho:

Ya que va a soltar su número 4, lárquelo a la fija, patroncito, como nosotros, velay ahora se lo hemos atracao a los Rocines de Echagüe ayer 24 en las puntas del arroyo de Mendoza; y nos han reculao fieramente, porque no es fácil resistir a un ¡vale cuatro!, el cual le ataja la orina al diablo.- Y si no, vea lo que ha sucedido entre nosotros y los invasores de Juan Manuel el porteñazo.

Pues, señor, oído a la cosa  
dende que los entrerrianos  
se vinieron a esta banda  
con las miras de atrasarnos,  
viene a ser casi lo mesmo  
que si vinieran jugando  
al truquiflor con nosotros  
un partido interesado,  
en el cual los orientales  
como por PRENDAS jugamos  
la libertá y la fama;  
y aquellos, por el contrario,  
arrejan la esclavitú  
y el sostén de esos tiranos  
Rosas, Echagua y Urquiza,  
que los están gobernando  
pior que como en Portugal  
se gobiernan los esclavos.

En fin, dende el Uruguay  
nos vinimos barajando,

y la jugada empezó  
del Uruguay a este lao.

Nos traiban una empalmada,  
y nosotros descuidaos  
cortábamos ande quiera,  
y así nos fueron tantiando  
creyendo ponerse en güenas  
hasta que dende el Durazno  
les conocimos el juego;  
de suerte que comenzamos  
a quererles a la fija,  
pues para eso aseguramos  
en todas manos el DOS.  
¡Don FRUTOS!, ¡háganse cargo,  
si flor que tiene ese triunfo  
puede retrucarla el diablo!

Por fin así nos vinimos  
nosotros siempre falsiando  
con un punto cualquierita,  
hasta que los igualamos,  
y acá por Santa Lucía  
ya nos pusimos a tantos.  
En esta disposición,  
de los dos lados cuajamos  
una flor rigularita,  
y ellos cuanto la orejieron  
al instante un contraflor  
vanidosos nos echaron.

Haciéndonos los petizos  
nosotros nos achicamos,  
para dejarlos venir  
y en el truco revolverlos,  
que es donde luce el poder.  
Por supuesto, nos jugaron  
carta grande en la primera;  
pero ahí no más la empardamos  
cantándoles ¡flor y truco!  
con todo el DOS, por si acaso...  
¡Retruco!... nos respondieron  
queriendo largar el guacho.  
¡Oigale a los embusteros!,  
les dijimos... ¡VALE CUATRO!,  
a que no aguantan maulones...  
y medio les amostramos  
la carta por la orillita.

¡Qué aguantar!, ¡ni por los diablos!



Se jugaron a la baraja  
al ver el DOS coloriendo,  
y han ido a dar al infierno;  
y se hallan tan atrasados  
que ahora... ¿cuándo nos alcanzan,  
si sólo nos falta un tanto?,  
y ese en el primer envite  
fijamente lo ganamos.

Con que así el amigo Echagüe  
ya se puede ir refalando  
el poncho, si es medio güeno;  
porque no hay duda, paisanos,  
los vamos a revolcar,  
de balde está valaquiando  
ese Rosas... ¡Ah, malhaya,  
si viniera!... pero, cuando  
arreja, ¡si es tan vilote!  
aunque hemos de ir a buscarlo  
hasta allá por Güenos Aires,  
y hemos de darle trabajo  
a ese gaucho quebrallón.  
¡Sí, maula!, ¿qué te has pensado,  
que hemos de perder las vacas  
y cuanto nos han robado  
esa punta de ladrones,  
que aquí se nos han soplado  
burlándose de la patria?,  
¿y que esto hemos de olvidarlo?  
¡Pues no, mi bien!, al instante...  
ya verán en acabando  
con toda esta sabandija,  
si de coplada nos vamos  
a pasiar por las estancias  
de Rosas el afamao,  
y repasarle los pingos  
y comer güenos asaos  
con el general Rivera.

Entonces por decontado,  
si lo topo yo algún día...  
pero, ¡no quiero asustarlo!  
¡Ahijuna!, aunque se me escuenda,  
allá tengo que rastriarlo.

### **Diálogo**

Diálogo que en la costa del arroyo de Canelones en la Banda oriental tuvieron los paisanos Norberto Flores y Ramón Guevara, el 29 de noviembre de 1839, época en que fue invadida aquella República por el ejército de Rosas al mando del general Echagüe

GUEVARA al recibir a Norberto en el palenque

GUEVARA: ¿Es usted, amigo Norberto?  
¡Dichoso de quien lo ve!  
¡Mire que se hace desiar!  
¡Ah, hijo de la... no sé qué!

FLORES: Yo soy, paisano Guevara:  
con salú lo guarde el cielo;  
tiempo hacía, le aseguro,  
que andaba desiando verlo.

GUEVARA: Pues, velay, acá me tiene  
a su mandao, aparcerero:  
déjese cair de una vez;  
desensille el azulejo,  
y vamos a la ramada  
a tomar un verde al fresco,  
o un churrasco, si le agrada.  
Como guste, compañero.

FLORES: Pues, señor, vamos allá.  
Con que, ¿cómo le va yendo?

GUEVARA: Rigularmente; ¿y a usted?

FLORES: A mí me va medio fiero;  
pero por fin, con salú,  
que es todo cuanto aprecéo,  
hoy que me hallo en el deber  
de pelear duro y parejo  
en donde quiera. ¿Y usted,  
qué tal se siente, aparcerero?

GUEVARA: La pregunta es excusada,  
porque nunca saco el cuerpo  
para defender mi tierra,  
y en el día mucho menos,  
al ver las atrocidades  
que por ahí vienen haciendo  
los guaicuruces de Rosas,  
que nos vienen invadiendo.

FLORES: ¿Ha visto? Esta madrugada  
me contó Perico Cielo,  
que en la Costa de Queguay,  
a lo del amigo Antero  
cargaron los guaicuruces,  
allá al rayar el lucero,  
y rodearon la tapera,

a la cuenta presumiendo  
que fuese una estancia rica;  
y después, apenas vieron  
los mojinetes al aire,  
para el ranchito embistieron  
como baguales al agua.  
Y ya usted sabe, aparcerero,  
que allí junto a la tapera  
está la casa de Antero,  
que es un rancho miserable  
que de mirarlo da sueño.

Con todo, los guaicuruces  
se dejaron caer al suelo  
y a la puerta atropellaron  
como a la carne los perros;  
y al primer arrempujón  
¡a las pu... ntas saltó el cuero!,  
y en seguida se colaron,  
y principió el manoteo.

La infeliz dueña de casa,  
que tenía el buche lleno  
y ya andaba por parir,  
del julepe soltó el güevo:  
y luego en la escuridá,  
dejando la cría adentro,  
apenas en una jerga  
se envolvió y salió juyendo,  
y a fin de salvar la vida  
se azotó en un pozo ciego,  
que está allí junto a las casas,  
por fortuna cuasi lleno  
de osamentas y basuras;  
y allí fueron los lamentos  
de la infeliz ña Severa,  
al sentir que estaba ardiendo  
por todas partes el rancho.  
Pues oiga, amigo, no es cuento  
lo que voy a relatarle:

Después de matar al viejo  
y robarse cuanto había,  
le atracaron mecha y fuego  
al rancho en las cuatro puntas:  
de conformidá que luego  
quedó la casa pareja  
con el piso del rodeo,  
y en medio de los tizones  
hecho chicharrón Antero

y el pobre recién nacido.  
Últimamente salieron,  
y entre gritos y alaridos  
apuntaron al chiquero,  
y mataron las ovejas  
lo mismo que a los carneros,  
y al fin hasta a las gallinas  
les quebraron el pescuezo.

Después de esas fechorías  
a media rienda rompieron;  
y luego seña Severa,  
al sentir el pago quieto,  
saliendo del pozo apenas  
y arrastrando por el suelo,  
se sentó junto al rescoldo  
y entró a llorar sin consuelo  
al ver su hijo chamuscao  
y a su marido lo mesmo;  
de suerte que la infeliz  
también allí hubiese muerto,  
si no es la casualidad  
que el mismo Perico Cielo  
llegó y la montó en las ancas  
y la trujo al campamento,  
aonde la vi antes de ayer...  
¡delgada que daba miedo!

GUEVARA: ¡Barbaridá! Ahí tiene, amigo,  
lo que hemos aventajado  
después de tantos afanes  
por hacer patria... ¡Barajo!,  
¡si seremos infelices!  
Pero... ¡por Cristo, paisano!,  
usté, que es más alvertido,  
no me dirá: ¿díaónde diablos  
nos salen los guaicuruces  
y los gauchos entrerrianos  
a traernos a nuestras tierras  
esta guerra, estos estragos?

FLORES Eso pregunteseló  
a nuestros propios paisanos,  
que es a quienes les debemos  
la situación en que estamos;  
particularmente a Oribe,  
y en seguida a cuatro diablos  
ambiciosos que pretienden  
mamar siempre del Estado,  
como si una vaca sola

diese leche para tantos.  
Luego estas calamidades  
también proceden, paisano,  
de nuestra credulidá  
en más de cuatro bellacos  
de esos alborotadores,  
que andan siempre zizañando  
y salen a las cuchillas  
y engatusan a los gauchos  
con mentiras y promesas;  
y que luego cabrestiamos,  
porque, como no entendemos  
sino de bolas y lazos,  
cualesquiera nos engaña  
cuanto nos pasa la mano.

GUEVARA: Cabal que sí: mesmamente,  
esa es la causa, está claro;  
pues, cuando cesó la guerra  
que en el Palmar rematamos,  
a nuestras casas en paz  
toditos nos retiramos,  
de tristes rivalidades  
completamente olvidados;  
y luego la paisanada  
volvió anhelosa al trabajo.

En esos días, recuerdo  
que anduve en varios fandangos,  
y también en las carreras  
con una porción de blancos  
que fueron en algún tiempo,  
y con ellos muy ufano  
me divertía a mi gusto  
sin mencionar un agravio;  
y red repente al botón  
cuatro ambiciosos cruzaron  
a la otra Banda, y allá  
con Rosas se concertaron;  
y a fin que el Restaurador  
lo repusiera en el mando  
a Oribe, éste le ofreció  
servirle como un esclavo,  
y que en la Banda oriental  
sería Rosas el amo.  
Por supuesto, el gaucho aquel  
cerró el quiero y dijo: «vamos;  
que si yo le ato las bolas...  
¡que se las desate el diablo!».  
Y en seguida les largó

de auxilio a los presidiarios,  
y a esa recua de malevos  
guaicuruces y entrerrianos,  
que vienen en la invasión  
a la obediencia o al mando  
del general Chaguané.

FLORES: ¡Qué Yaguané, ni qué Zaino,  
si el hombre se llama Echagua,  
Santafecino mentado!...  
Que fue aguatero en su tierra,  
y por eso le ha quedao  
el nombre de Echagua.

GUEVARA: Mesmo.  
Ese es el que viene al mando  
junto con un tal Chuquiza,  
que desde que soy cristiano  
no he oído de ese animal  
ni las mentas en mi pago.

FLORES: Pues, amigo, esa es la gente  
a quienes nuestros paisanos,  
Oribe y los que lo siguen  
de ruines se han humillado;  
y esos son los generales  
de Rosas el afamado,  
el tigre que en Buenos Aires  
ya se tiene dijuntados  
más de tres mil infelices;  
porque es gaucho desalmao  
y matador sin agüela.  
Así, no anda con reparos,  
y a su madre, si se ofrece,  
¡le atraca cuatro balazos!  
Ya ve si será una dicha  
que Rosas venga a mandarnos  
a los gauchos orientales,  
y que quiera sobajearnos  
del modo y conformidá  
que suele en el Otro Lado,  
cuando está de mal humor;  
ensillar a sus paisanos,  
ponerlos en cuatro pienes,  
y así con un fuelle inflarlos:  
de ahí echarles lavativas  
de ají... para refrescarlos;  
y por última calilla  
meterles velas... ¡y el diablo!  
¿Qué le parece el empeño?

¡La pu... janza, el porteñazo!

GUEVARA: ¿Qué me parece, decía?

Velay la contestación:

acá está mi garavina,  
mis bolas y mi latón,  
seis paquetes por lo pronto,  
y un rosillo volador;  
y últimamente en el alma  
completa resolución  
de atracarle bala al diablo,  
sin recular: crealó;  
que si en las guerras pasadas  
por no dentrar en faición  
anduve sacando el cuerpo  
sin meterme a peliador,  
en esta lucha, ¡lo juro,  
no tener contemplación  
con ningún malevo de esos  
que vienen en la invasión!

FLORES: Amigo, de un parecer  
nos encontramos los dos.

GUEVARA: Dejuramente, es preciso

forcejiar en la ocasión,  
porque peligra la patria,  
y debemos en unión  
defenderla a toda costa;  
pues morir será mejor  
encima de una cuchilla,  
que sufrir la humillación  
con que quiere someternos  
a ese tal Restaurador.  
Y al que piense lo contrario,  
como se lo alvierta yo,  
al menos le he de prender  
la mitá del alfajor;  
y luego, aunque me afusilen,  
muero a gusto: sí, señor.

FLORES: Me agrada; pero, entre tanto  
ya se va dentrando el sol,  
y yo debo reunirme  
esta noche a mi escuadrón.  
Si tiene algún pingo bueno,  
y demás, prestemeló:  
el mesmo que de mañana  
se lo mandaré...

GUEVARA: Pues no!  
Velay ese malacara;  
con franqueza ensilló,  
y dele como a pretao,  
que es caballo aguantador.  
Y, si llega por la Villa,  
quiero que me haga el favor  
de comprarme una devisa  
bordada, de lo mejor,  
con un letrero que diga:  
¡Viva la Custitución  
y los orientales libres!  
¡Muera Echagua el invasor!  
Guevara habló de esta suerte  
mientras Flores ensilló;  
y luego que al malacara  
de un salto se le afirmó,  
todavía allí Guevara  
al estribo le alcanzó  
una limeta con caña,  
a la cual se le durmió  
Flores, pegándole un beso;  
y luego que se templó  
gritando: ¡Viva Rivera!,  
dando güelta rebenquió,  
y enderezando al camino  
a media rienda salió,  
diciendo: ¡adiós, aparceró!

Amigo, vaya con Dios.

#### **ADVERTENCIA:**

Las décimas siguientes fueron compuestas por el señor don Gerónimo Galigniana, que residía emigrado en San Salvador, pueblo de campaña en la república de la Banda oriental, cuando tuvo lugar la batalla de Cagancha.

Al insertarla entre mis poesías, he tenido por objeto el hacer más explicativas las otras décimas que se leerán a continuación del parte de Echagüe, suponiéndose como la contestación del Restaurador de las Leyes, y cuya composición es mía.

H. A.

#### **Parte de Echagüe**

Al Ilustre Conculcador de las Leyes don Juan Manuel de Rosas, sobre su victoria en Cagancha, y contestación de éste: encontradas ambas en una balija que el Restaurador del desasosiego público de Entre Ríos dejó caer, disparando de unos cornetas del ejército del general Lavalle. Contienen detalles sumamente curiosos y cosas de hacer reír y llorar. Paso de los Higos, enero 1.º de 1840.



## I

¡Ay, Juan Manuel, qué te cuento!  
nuestro ejército afamado  
mandinga se lo ha llevado  
al infierno en un momento;  
yo disparé como un viento  
al Uruguay muy arriba,  
y he llegado sin saliva,  
recién al Paso del Higo.  
Así, no extrañes, amigo,  
que tan de prisa te escriba.

## II

Te contaré de ligero,  
pues me hallo bien afligido,  
que la batalla he perdido  
y la he perdido muy fiero.  
¡Cómo ha de ser, compañero,  
el pleito ya se acabó!  
Rivera nos trajo  
de diciembre el veintinueve;  
y, ya que escampa y no llueve,  
escucha lo que pasó.

## III

Sabiendo por un espía  
que estaban muy descuidados  
Rivera y sus colorados,  
juzgué la victoria mía.  
Mandé que la infantería  
sin que perdiera momentos,  
llevando todo a los tientos,  
montase al punto a caballo,  
y partiera como el rayo:  
yo iba de sangre sediento.

## IV

Cuando dispuse atacar,  
me dijo don Juan Antonio:  
-Mi compadre es el demonio,  
no se vaya a descuidar.  
-Conmigo no ha de chancar,  
respondí muy arrogante;  
yo cargaré por delante,  
y entonces sus escuadrones,  
sus infantes y cañones  
sucumbirán al instante.

## V

Yo, como jefe valiente,  
alegre mandé a la carga,  
cuando en esto una descarga  
nos sujetó de repente.  
Lleno de rabia y caliente,  
ataqué a la artillería,  
mas Pirán con grosería,  
perro unitario, canalla,  
nos recibió con metralla,  
que nos amoló ese día

## VI

Lavalleja derrotó  
los bueyes y las carretas,  
equipajes y maletas,  
y cuanto pudo atrapó:  
en esto bien se portó;  
pero, en un decir Jesús,  
rompió como el avestruz,  
y salió el pobre orejeando,  
del compadre disparando  
como el diablo de la cruz.

## VII

Mirando con poca tropa  
la izquierda del enemigo,  
pensé derrotarle, amigo,  
como tomarme una copa;  
al punto con viento en popa  
cantando los embestí;  
pero, ¡ay, infeliz de mí!,  
que Medina me topó,  
y sin piedad me sopló  
buenas jeringas de ají.

## VIII

Con tal golpe me postré  
en un profundo desmayo,  
y como herido de un rayo  
agonizando quedé.  
Apenas me recobré,  
disparo y pierdo la espada,  
dejando las caballadas,  
armamento y equipajes,  
municiones y bagajes,  
y mi casaca bordada.

## IX

Sufriendo todo el tormento  
de un general asustado,

al uno y al otro lado  
miraba con ojo atento;  
mas sintiendo en el momento  
a lo lejos un tropel,  
«esto ya huele a cordel»,  
les dije a mis compañeros;  
y rompí de los primeros:  
no lo dudes, Juan Manuel.

X

A la voz de ¡ya te alcanzo!,  
que en mis orejas sonaba,  
veinte leguas me tragaba  
volando cual cisne o ganso.  
Quise tomar un descanso  
al verme en senda más ancha:  
pero, al pensar en Cagancha,  
me le dormí al fletecillo,  
y corrí como el potrillo  
que reconoce su cancha.

XI

Gauchaje más desatento  
yo no espero ver jamás;  
me gritaban: ¡Satanás!,  
sin respeto y miramiento;  
y para mayor tormento,  
soltando las tercerolas,  
casi me prenden las bolas;  
de suerte que yo no sé  
cómo por fin me escapé  
con tanto diablo a la cola.

XII

Por todas partes, señor,  
lo mismo que unos borrachos,  
las mujeres y muchachos,  
detrás de mí con fervor,  
entonaban con primor  
en verso bien concertado:  
¡Viva ese Echagüe mentado,  
ese general badana,  
que vino buscando lana  
y ha salido trasquilado!

XIII

El amigo don Servando  
con Lavallega y los otros  
dispararon como potros,  
sin saber cómo ni cuándo.

Garzón se escapó arañando;  
Raña, muriendo en la acción,  
pagó su negra traición,  
y al cacique mi aparcerero  
lo tomaron prisionero;  
y se acabó la función.

XIV

De mi Urquiza no sé yo,  
con certidumbre, ni jota:  
dicen que en una pelota  
al Uruguay se azotó;  
cuentan que ya se juntó  
con Oribe y Mascarilla,  
y que soltó su tropilla,  
pues ya no quiere, ni espera,  
que los niños de Rivera  
le soplen otra calilla.

XV

Tú bien puedes, Juan Manuel,  
la tristeza divertir,  
haciendo luego emitir  
diez millones de papel,  
y sentado en un dosel  
diciendo con gravedad:  
«Antes que la libertad  
borre del pueblo las penas,  
horca, fusil y cadenas  
sostendrán mi autoridad».

XVI

Lo peor de todo será  
que pasando al otro lado,  
me salga medio enojado  
el vencedor del Yerúa;  
yo no sé como me irá,  
pues si Lavalle me pilla  
me cuelga como morcilla,  
o me deja con su espada  
en la primera topada  
sesteando en una cuchilla.

XVII

Ya me voy al Occidente,  
no quiero Banda oriental;  
y, si quieres que Pascual  
vuelva a pelear esta gente,  
me has de mandar prontamente  
dos o tres mil escuadrones,

mil y tantos batallones,  
diez carretas de dinero,  
catorce mil artilleros  
con novecientos cañones.

XVIII

Adiós, bravo general,  
adiós, gran Restaurador,  
ya me someto al rigor  
de mi destino fatal;  
y si a la Banda oriental  
piensas hacerme volver,  
con tiempo te hago saber  
que aquí los niños chiquitos  
han sacado un refrancito:  
«aflígete, que has de oler».

¡Viva la Federación!

**Buenos Aires, enero 20 de 1840.**

Año 1.º de los salvajes unitarios, que se me vienen encima, a causa del borrico unitario Pascual Echagüe, vendido al oro inmundo de los asquerosos, aunque perfumados, franceses, etc.

El Ilustre Restaurador, en su lenguaje, tal cual se lo permiten sus doloridas circunstancias, contesta al otro Restaurador sin lustre.

I

¡No te lo dije, Pascual,  
que la cosa no iba holgada,  
porque es maldita gauchada  
la de la Banda oriental!  
¿Has visto?... ¡Como a Bagual  
te han corrido!... ¡Pucha, digo!,  
que se me ha entrao el umbliigo  
del suspiro que he pegao,  
al ver el salto que has dao  
de CAGANCHA al Paso de Higo.

II

Bien me decía Batata:  
-Mire, señor, que a Pascual,  
si don Frutos le echa un pial,  
le ha de quebrar las dos patas;  
de balde va con bravatas.

Créame, por su difunta;  
se va a guasquiar en la punta,  
sin aguardar que RIVERA  
lo recueste a la manguera  
y le haga alguna pregunta.

### III

¿Con que creíste que Rivera  
se estaba chupando el dedo,  
porque un Tape vino en pedo  
a decirte una zonzera?  
¡Mirá qué NENE!, ¡friolera  
ha sido el arrempujón!  
El diablo es que en la función  
yo también caigo de pavo,  
pues se me ha encogido el rabo  
lo mesmo que chicharrón.

### IV

Porque al tiempo de atacar  
te dijo don Juan Antonio:  
«Mi compadre es el demonio  
no vaya a facilitar»,  
echastes a disparar  
para Entre Ríos que es pior.  
¡Cuidao, che, Restaurador!  
Mirá que HORNOS es travieso,  
no se te vaya el pescuezo  
y te atraque el alfajor.

### V

No niego que sos valiente;  
pero lo malo es aquello,  
que se te ataja el resuello,  
y te empacas de repente.  
Ya se ve, teniendo al frente  
tantísima artillería,  
yo también emplumaría,  
no digo de los cañones,  
el chaschás de los latones...  
¡quién sabe si aguantaría!

### VI

Hay hombres a la verdad  
que no les entra razón,  
ciegos de una presunción  
que toca en barbaridad  
tal es la tenacidad  
del compadre de Rivera;

si siempre que arma carrera  
se la ganan sin rebenque,  
a que es volver al palenque  
ni pasar por la tranquera.

## VII

¿Con que te salió a topar,  
y le juistes a Medina?,  
¡qué vileza tan cochina,  
no se puede soportar!  
¡Qué!, ¿no pudistes aguantar  
siquiera entre las carretas,  
haciendo algunas gambetas,  
y no disparar tan fiero,  
dejándole hasta el sombrero,  
la baraja y las maletas?

## VIII

Los de Rivera ese día,  
por supuesto, se han avíao  
porque hasta el pobre Palao  
largó la chafalonía;  
me hago cargo que sería  
la cosa muy ensilgada,  
pues perdistes la entorchada,  
el corbo, el poncho y la jerga;  
pero colgate una verga,  
y te servirá de espada.

## IX

Sufriendo un duro tormento  
estoy yo aquí en un rincón,  
por confiar en un collón  
como tú, que es lo que siento.  
¡Vaya que está lindo el cuento!  
¿Con que echaste a disparar?  
¡Qué más se puede esperar  
de un general de tu laya!  
Todo lo creo, cangalla;  
¡qué diablos he de dudar!

## X

Si te hubiera repuntao  
algún muchacho oriental,  
creo que un medio bozal  
por maula te hubiera echao.  
¿Pero quién?, si me han contaó  
que de atrás, lo que olfatiaste,  
ahí no más te acomodaste,  
y estabas... rompo, o no rompo;

y que al flete, como un trompo,  
diste vuelta, y te agachaste.

## XI

Los que sentías gritar  
eran unos alarifes,  
que iban atrás de tus chifles  
por hacértelos largar.  
¡Ah, Cristo!, ¡qué no topar,  
entre toda esa gauchada,  
uno que en la disparada  
te prendiera bien las bolas,  
y te hiciera hacer cabriolas  
con la casaca bordada!

## XII

Ya sé que en la dispersión  
salieron de las cocinas  
los muchachos y las chinas,  
ofreciéndote jabón;  
pero, ve si es juguetón  
Núñez que te ha traginao;  
porque me han asiguro  
que las chinas te soltó,  
y con ellas te corrió  
sin precisar ni un soldao.

## XIII

¡Qué me importa de Servando  
ni de naides de los otros,  
cuando aquí estamos nosotros  
con el julepe mosquiando!  
Yo el primero me ando, me ando,  
y a pesar que soy arisco,  
me hago el duro como risco;  
pero Batata es tan flojo,  
que de balde yo me enojo:  
no sale de San Francisco.

## XIV

Yo supe luego que Urquiza  
aunque anduvo balaquiando,  
al Uruguay disparando  
vino a lavar la camisa.  
Ese sí anduvo de prisa  
sin hacer tanta pirueta...  
Ya se ve, es otro trompeta  
como su gobernador,  
que de la yunta el mejor  
no sirve para corneta.



## XV

Calmaría mis pensiones,  
si te pudiera atrapar  
para hacerte resbalar  
con Usebio los calzones;  
yo mismo diez ocasiones  
te inflaría por morao:  
y después de estar soplao  
te haría echar una ayuda,  
con una vela morruda  
para dejarte fogueiao.

## XVI

Mirá, che, que no me gusta  
el que me hablen de Lavalle;  
y ójala te descangalle  
si presumes que me asusta.  
Aquí yo le tengo justa  
su cuentita; sin embargo,  
ya que se ofrece, te encargo  
me lo atajés por allá,  
porque si endereza acá...  
¡Ay, Pascual!, hacete cargo...

## XVII

Te puedes ir al infierno  
y ponerte en internada,  
que es tierra muy abrigada  
para pasar el invierno;  
que yo también ando tierno  
por largarme a los ingleses,  
y ya más de cuatro veces  
he querido atropellar;  
pero vuelvo a recular  
de miedo de los franceses.

## XVIII

Adiós, general badana,  
por fin has vuelto a tu tierra,  
y has venido de la guerra  
más pelado que una rana.  
Asigurá la picana,  
porque yo, más que me aflija,  
voy a largarle manija  
a LAVALLE, y esta vez  
tu refrán sale al revés:  
«ÉSE VA A OLER A LA FIJA».

**Cielito gaucho, compuesto en la ciudad de Montevideo en febrero 1843, a la salud del coronel don Melchor Pacheco y Obes, por el soldado José Crudo, de la división Medina**

Vaya un cielito rabioso,  
cosa linda en ciertos casos  
en que anda un hombre ganoso  
de divertirse a balazos.

¡Ay, cielo, cielo y más cielo!,  
este año por las cuchillas,  
a costa de la invasión  
hemos de comer morcillas.

Cierto es que los mashorqueros  
se nos vienen al pescuezo  
con asierra y alfajor,  
y ¿qué han de sacar con eso?

Digo, cielo, que el serrucho,  
no se usa en nuestra campaña;  
pero ya que lo hacen moda  
también nos daremos maña.

Llegado el caso, a la juerza  
hemos de andar muy contentos  
con lanza, latón y bolas,  
y a más, serrucho a los tientos.

Allá va cielo y más cielo,  
siendo pareja la guerra,  
lo mismo es tierno que blando,  
lo mesmo sierra que asierra.

Acá no somos muy pocos,  
allá diz que son más muchos;  
quiere decir, que nosotros  
menearemos más serrucho.

Cielito, cielo, eso sí:  
estamos en nuestra cancha,  
y hemos de desempeñarnos  
mucho mejor que en Cagancha.

Aunque en el Arroyo Grande  
perdimos una jugada,  
no ha sido cosa: la erramos  
de lleva en esa parada.

Digo, mi cielo, cielito,  
cielo de Martín Sorondo,  
acá verán si don Frutos  
les ha de cubrir el fondo.

¡Ea, rosines!, ¡a ver  
ese valor federal,  
si sujeta como quiera  
a la gauchada oriental!

Allá va, cielo y más cielo,  
¡qué Cristo han de sujetar!,  
si somos tan presumidos  
para esto de no aflojar.

Son de balde esas balacas,  
que han de tomar la ciudad:  
¿no ven que coger un zorro  
tiene su dificultad?

Cielito, cielo, bien saben,  
mientras viva don Frutuoso,  
llegar a Santa Lucía  
les ha de ser trabajoso.

Con una yegua bellaca  
y un cuero viejo a la cola,  
los hemos de entretener,  
y de ahí, que corra la bola.

Cielito, cielo y más cielo,  
cielito de las tres cruces,  
con esta sola maniobra  
han de montar avestruces.

En teniendo redomones  
y bolas como tenemos,  
y que nos mande don Frutos,  
ya ni chiripá queremos.

Digo, mi cielo, y si piensan  
que andamos muy desaviaos,  
ya verán cuando les llueva  
bala y corvo a todos laos.

¿Presumen que a infantería,  
nos han de medio pasar?,  
¡poquita es la morenada  
que les hemos de soltar!

¡Cielito, cielo y más cielo,  
cielito de la ciudá,  
que ha hecho cuatro mil infantes  
LA LEY DE LA LIBERTÁ!

¡Ah, cosa!, es verlos morenos  
bramando como novillos,  
preguntando a cada rato:  
«ondé e que etá esem branquillos».

Allá va, cielo y más cielo,  
cielito de Canelones,  
atiendan como se explican  
en todos los batallones:

«¡Líjalo no ma vinise  
a ese rosine tlompeta,  
que cuando le tlopellamo  
lon diablo que no sujeta!».

¡Ay, cielo, cielo y más cielo,  
cielito digo, eso sí;  
no hay duda, están los morenos  
más bravos que cumbarí!

¡Viva pues la infantería  
y los Guardias Nacionales,  
marinos y artillería,  
y todos los orientales!

Cielito, cielo, y más cielo,  
cielito de la despedida,  
muera Rosas y seremos  
libres por toda la vida!

**Noticias mashorqueras y de moquillo, que circularon en el campamento de Oribe el  
11 de junio de 1843**

Montevideo, junio 13 de 1843.

Ayer se vino un pasao  
soldao de caballería,  
que dice que allá servía  
con Montoro el Renegao  
y diz que le oyó decir  
que el general entrerriano,  
para fines del verano  
dejuero debe venir.

Y que si no ha caído ya,  
es porque fue a Maldonao,  
a pastoriar el ganao  
que trai con temeridá.

Que podemos aprontarnos,  
porque se dan mucha prisa  
Alderete con Urquiza  
para venir a tragarnos.

Ansí es que se han asustao  
toditos en la trinchera,  
con las noticias de ajuera  
dadas por el Renegao.

Y otros dicen que a don Justo  
se le fue la caballada,  
y que en esa disparada  
no ha tenido chico susto.

Y otros dicen de que no;  
pues RIVERA en San José,  
le salió, y no sé por qué  
los caballos le cobró.

Y otros ya cuentan primores,  
de una tendida que le hizo  
Urquiza, el ESPANTADIZO,  
viendo a don Venancio Flores.

Y otros dicen que Medina,  
Estibao y Centurión,  
lo echaron de un repujón  
al arroyo de la China.

Y otros dicen de que Luna  
y Báez lo arrear de atrás,  
para que no vuelva más  
a su tierra... ¡qué fortuna!

Pero dice el Briste Pake,  
que Urquiza está en el Cerrito,  
según carta que le ha escrito  
a Juan Manuel Estoraque.

Y otros dicen que Alderete  
fue a buscarlo y no lo halló;  
y caliente se volvió  
con la burra al Miguelete.

Y en tanto dime y direte,  
¿saben lo que digo yo?,  
es, que FLORES lo atrasó  
a Urquiza y le rompió...

el siete de agosto la cabeza, contra un pedegral, pues lo echó por sobre las orejas del pingo  
de un chuzazo, que lo hizo pericantar.

### **Saludo al valeroso coronel don Marcelino Sosa**

Montevideo. Julio 8 de 1843.

Mi coronel Marcelino,  
valeroso guerrillero,  
oriental pecho de acero  
y corazón diamantino:  
todo invasor asesino,  
todo traidor detestable,  
y el rosín más indomable  
rinde su vida ominosa,  
donde se presenta SOSA,  
¡y a los filos de su sable!

### **UN SOLDADO DE SU ESCUADRÓN.**

Indirecta, encaminada a cierto agente norteamericano que dijo en Montevideo, que, teniendo dudas sobre si Oribe tenía o no derecho para habilitar puertos y embargar en el Estado oriental todos los frutos del país, no podía resolverse a contestar de acuerdo con una circular que le pasó el gobierno de Montevideo a ese respecto, y concluyó (el agente) por entregarse a los consejos de un abogado oribista y rosista, quien (por supuesto) le aconsejó que contestara al Gobierno, de que Oribe tenía completo derecho como beligerante para establecer bloqueos, habilitar puertos, y robar a troche y moche.

¡Nunca falta un Güey Corneta!

Pues, sí, señor: de Alderete,  
presume el de los nutriales,  
que puede juntar sus riales  
robando en el Miguelete  
hasta cueros de bagüales.

Porque UNO en letra menuda  
dijo: «sí puede, ¡pues no!»,  
cuando el nutrial dijo: «Yo  
tengo en el derecho duda.  
Usté por mí espliqueló».

De suerte que en el Cerrito,  
está Oribe pataliando;  
y acá está UNO aconsejando  
que se le haga compadrito  
el nutrial, que está boyando.

Ansí mesmo, me confundo,  
y dudo que en la ocasión  
hombres que dicen que son  
los liberales del mundo,  
se recuesten a un ladrón.

Aunque cierto gaucho dijo,  
y acertó como profeta:  
«que no hay boyada perfeta»,  
porque mesmamente, fijo:  
¡nunca falta un Güey Corneta!

### **Al triunfo de los patriotas en el Cerro de Montevideo, sobre los soldados de Rosas en 1843.**

Media caña gaucha, para que la bailen los italianos armados en defensa de la libertad oriental y argentina

¡Oiganle a los rosines  
balaquiadores!  
¿Cómo dicen que son  
aguantadores?,  
y redepente  
en el cerro aflojaron  
tan fieramente.  
¡Ciriaco!, ¡triste Ciriaco!,  
Rivera te tiene flaco.  
Por delante y por detrás,  
¡qué suspiros pegarás!  
Ahora que la cosa  
se va enderezando,  
y que tus soldaos  
la van olfatiando...  
a desgranarse  
empieza tu mazorca  
hasta pelarse.

En el Cerro esa tarde,

de una coplada,  
¡cincuenta se vinieron!  
Y eso no es nada,  
que a la trinchera  
se pasan todo el día  
como chorrera.  
Van trescientos y cuarenta:  
en fin, no llevamos cuenta:  
diariamente de tu gente  
del Cerrito, Ciriquito...  
Se van escurriendo,  
y acá se nos vienen,  
y en esto demuestran  
la fe que le tienen...  
al Restaurador  
y Ciriaco Alderete,  
el degollador.

De PACHECO, Bausá,  
y su división,  
¡qué de quejas tendrá  
Barcena el ladrón!,  
que en la ladera  
del CERRO le soplaron  
la vela entera.  
¡A Barcena, pobre tuerto!,  
¿si del susto se habrá muerto?  
¡Qué escapada, qué mamada  
tomaría ese día!  
¡Qué jabón llevó  
hasta el Miguelete,  
y si no dispara  
le rompen el siete!  
¿Si será verdad  
que iba jediendo fiero?  
¡Qué temeridá!

Ya se van los puebleros  
medio amansando;  
vuélvanse mashorqueros,  
que fue chanciando  
la rebenquiada  
que en el Cerro les dieron  
por humorada.  
Y el juego tiene reveses,  
albur y gallo, y entreses,  
y se echa culo, y se echa suerte,  
y se reniega, y se divierte.  
A veces se pierde,  
a veces se gana,



y también sucede  
que uno va por lana,  
y trasquilao  
sale de la jugada  
por desdichao.

Vieran a los pasaos  
del otro día  
cómo andan de platudos,  
¡Virgen María!  
y voracean;  
a la cuenta hacen gala  
de que los vean.  
Se vinieron como alambres,  
comieron buenos matambres;  
ya están gordos y fortachos  
y salvajes, ¡ah, muchachos!,  
y ninguno quiere  
dejar de servir,  
hasta que al tirano  
lo hagan sucumbir;  
y están prendaos  
de nuestros oficiales  
y sus soldaos.

Tenemos acá un jefe  
sombbrero gacho,  
se llama GARRIBALDE,  
y los tiene ¡a macho!,  
y es mozo anfibio  
que en la tierra y el agua  
no les da alivio.  
¡Mansito es el italiano!  
¡Pu... cha!, ¡si pillá a Mariano!  
Sin tin tin, ni violín,  
redepente con su gente,  
se les cuele allá  
en el vericuete,  
y la refalosa  
le toca a Alderete.  
¡Abran el ojo,  
que el hombre no se quiere  
morir de antojo!  
Con que, vuelvan al Cerro  
con siguridá,  
que no les hacen nada  
los de la ciudá;  
y en cuatro viajes  
apuesto a que se vuelven  
todos salvajes.

Se vienen como a la miel,  
crealó, amigo Manuel:  
y si no, sueltelós,  
y al ratito busquelós.  
Verá si le escupen  
por la Figurita  
con bala, y que son  
de la gentecita;  
que lo han dejao,  
porque dicen que está  
agusanao.

**Carta de un jefe asustado del Restaurador Rosas, dándole cuenta de cierto funesto encuentro que tuvo con las fuerzas del general Rivera, en el Departamento de Maldonado en la Banda oriental**

Cerrito de Montevideo a 23 de julio de 1843.

Juan Manuel, a estos parajes,  
después de aventuras tiernas,  
con el rabo entre las piernas  
me han arriado los salvajes;  
es preciso que trabajes  
por auxiliarme lueguito,  
pronto, por Dios, hermanito,  
que estamos muy apuraos  
y todos apeñuscaos  
en la falda del Cerrito.

Confieso que disparé  
completamente asustao,  
y aunque todo desollao,  
por fin el bulto salvé:  
en otra vez trataré  
de comportarme mejor;  
pero en ésta, por favor,  
sacame de esta apretura  
donde el hambre nos apura,  
y los tapes, que es lo pior.

El diablo me hizo topar  
con Rivera el otro día,  
y por pocas ¡Virgen mía!,  
cuasi me hace desnucar:  
que si no echo a disparar  
más ligero que un venao  
ya me hubiera basuriao,  
pues cada tape es un moro,  
y son más bravos que toro

cuando está recién capao.

Bien podías arrear,  
vos que sos tan balaquero,  
verás si sois el primero  
que al infierno vas a dar:  
¡y que te ibas a escapar,  
sin sacarte un mamador!  
Animate por favor,  
y en la primera topada,  
¡a que te dejan hinchada  
la panza como un tambor!

¡Ah, salvajes!, figurate  
que juimos más de mil hombres,  
y ellos con cien ¡no te asombres!,  
cuasi nos rompen el mate.  
¡Ah, diablos!, imaginate,  
¡qué gauchos son los que tiene  
Rivera, que se nos viene  
haciéndonos corralito!  
para limpiarnos el pito,  
si el diablo no lo entretiene.

Luego, PAZ y la gringada,  
y el ejército pueblera,  
que nos tiene al retortero  
como un lobo a una majada.  
Después toda la inglesada,  
y en la punta el comodoro  
don Purvis que es otro toro,  
que nos quiere atropellar,  
y por vernos pataliar  
daría mil onzas de oro.

¡Ay!, si vieras qué cosquillas  
le hace este inglés a Ciriaco;  
¡infeliz!, que ya de flaco  
le relumbran las canillas;  
así es que hasta las costillas  
se le están por desgranar,  
y a todos nos va a pasar  
otro tanto en este invierno,  
porque está el pasto muy tierno  
y no hay cómo adelantar.

Y el ejército se va  
de una vez adelgazando,  
y de yapa resertando  
con mucha temeridá.

En fin, no sé qué será  
de todos los mashorqueros,  
tus cañones y morteros;  
pues no hay cómo disparar,  
y están por atropellar  
los de ajuera y los puebleros.

Si Mandevil se empeñara  
con el comodoro inglés,  
presumo yo que, tal vez,  
el hombre nos aliviara;  
o al menos si se embarcara  
el Briste Pake y viniera,  
puede ser que consiguiera  
pillarlo de buen humor;  
porque si no, el comodoro  
le hace pelar la cadera.

Por último te prevengo,  
como amigo de confianza,  
que no me queda esperanza  
sino en los barcos del Rengo;  
a Brun tan sólo me atengo,  
aunque el viejo desconfía  
que lo atrasen, ¡Virgen mía!  
Me cuelgo de una cumbrera,  
y concluye su carrera  
Tu amigo:  
¡JESÚS MARÍA!

### **Felicitación al cumpleaños del Presidente Legal don Ciriaco Alderete**

Agosto 8 de 1843.

#### **SAN CIRIACO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES**

Vean no más si esto es leche,  
cuento, mentira o cabriola;  
porque, ni parece bola  
de don Ciriaco Escabeche.

Allá van noticias ciertas,  
en puertas;  
que andan sonando por ahí:  
velay.  
No sé si será moquillo  
blanquillo,  
pero se dice que Urquiza,

¡qué risa!,  
ya viene por San José  
¡che, che!,  
arriando mucho ganao  
salao;  
y una inmensa caballada  
pintada:  
pues se ha guasquiao señó Justo  
por gusto,  
sólo a darle un convite  
muy currutaco,  
hoy viernes que es el día  
de don CIRIACO.  
¿Será verdad? Digamé  
quién sea más entendido;  
porque yo estoy persuadido  
que es moquillo: pero ¡qué!  
Si no tiene la noticia  
malicia,  
ni parece contra fuego,  
tan luego,  
ahora que está el COMODOR  
de humor  
de ir a pasiar al Cerrito  
prontito,  
y darle con sus ingleses  
entreses;  
pues el hombre anda en la güena,  
y suena,  
que no les cuenta ni dos,  
¡por Dios!,  
¡que en la primera  
ya le atraca a Ciriaco  
la Lujanera!

Con que ansí, siga la historia  
de Urquiza, porque han sabido  
que al COMODOR le ha escrebido  
primores doña VITORIA.

**Retruco a Rosas por una infame calumnia que publicó en Buenos Aires respecto al señor general don José María Paz**

Gaicho embustero, mentís  
brutalmente en cuanto hablás  
contra del general PAZ,  
y en lo demás que decís.  
Pues de balde te aflijís,

ya tu carta es conocida,  
y en todas partes sabida  
la aflicción en que te hallás;  
y para apurarte más  
yo te buscaré la vida.

**Juan de Dios Oliva y otros dos gauchos orientales platicando el día 11 de junio de 1843 en el campamento del general don Frutos Rivera**

JUAN DE DIOS: Conque, mi amigo Vicente,  
¿de adónde sale?, apiesé;  
venga al fuego, arrimesé:  
¿cómo le va?

VICENTE: Lindamente,  
ño Juan de Dios: ¿cómo está?

JUAN DE DIOS: Alentao, sin novedá,  
amigo, hasta la presente.

VICENTE ¡Mire el diablo!, y se corrieron  
de su salú malas mentas,  
pues, en resumidas cuentas,  
ha de saber que dijieron:  
«a ño Juan de Dios lo han muerto»,  
y yo creí que fuera cierto,  
porque como usted es mansito  
para las balas, luegoito  
se lo aseguré a Ludueña.

JUAN DE DIOS: ¡La gran p... ulida y risueña!,  
eso ya es mucho decir:  
¿si me andaré por morir?

Escuche, amigo Zamora,  
las mentas; porque una mora  
fría me sacó una achura  
me creen en la sepultura  
o en la cuchilla estirao,  
cuando estoy tan alentao  
y me siento tan güenazo.

¡Pero qué!, ¡quién hace caso!  
Yo nunca creo en visiones,  
ni excuso las ocasiones;  
porque nada me hace estorbo  
tratando de meniar corvo.

¡Qué Cristo!, he de forcejear  
y me he de hacer aujeriar  
una y diez veces, primero  
que ver mi Patria, aparcerero,  
esclava de un asesino,  
como ese vil argentino  
que nos quiere suyugar.  
¿No es esto muy rigular?

VICENTE: Sí, amigo, ¡pues no ha de ser!,  
y así los hemos de hacer  
c... ejar a esos saltiadores  
asesinos, forzadores,  
y muy pronto...

JUAN DE DIOS: Deje estar  
que luego hemos de acabar  
con toda esa sabandija,  
de seguro, y a la fija:  
y a ellos se les hace broma,  
pero si medio se asoma  
Pacheco por la cuchilla,  
frutos Rivera ni ensilla...  
y en pelos me lo desloma.  
De balde anda matreriendo;  
aquí lo andamos ronciando  
día y noche, ya lo ve.

Además, andan a pie:  
y así el viejo los apura;  
luego después la flacura,  
que ya los tiene a gatitas,  
y si no montan mulitas,  
montarán en osamentas  
o en rocines a la cuenta.

VICENTE: Así ha de ser: pero, ¿ha visto  
al tal Oribe? ¡Por Cristo!,  
amigo, ¿quién pensaría,  
que don Manuel nos traería  
tal guerra y calamidá?  
¡Un oriental!... ¡qué ruindá!,  
costiarse de la otra banda,  
porque ese Rosas lo manda  
a trairnos la guerra a muerte;  
¡ha visto cosa más fuerte!

JUAN DE DIOS: Mesmamente: ¡es cosa cruel!,  
pero el paisano Manuel,  
hace una máquina de años

que nos preparó estos daños  
y desgracias que recién  
en nuestra tierra se ven.

Doce años hacen cabales,  
a que nos armó estos males;  
y él solo por sinrazones  
que en tiempo de los barbones  
tuvo allá con don Frutos,  
ahora se viene furioso  
contra inocentes paisanos:  
que todos somos hermanos  
y no lo hemos ofendido.  
¿Qué causa, pues, ha tenido  
para que venga tan cruel  
unido a ese Juan Manuel,  
a matarnos sin piedá?,  
¿ha visto barbaridá  
de esta laya? Velay mate:  
y si quiere que relate  
la causa sin que me entibie,  
es menester que me alivie  
con un cigarro, si tiene.

VICENTE Amigo, al pelo le viene:  
tengo aquí, pero no es naco ,  
sino una hostia de tabaco  
que me dio un francés que masca;  
tome... pite, y dele guasca.  
Lárgueme a mí la caldera,  
yo cebaré mientras quiera  
cimarroniar; siga, amigo.  
Gracias a Dios que consigo  
el oírlo moralizar,  
y que me quiera explicar  
la causa de esta custión:  
a pesar que la razón,  
¿quién la tiene?...

JUAN DE DIOS: Le diré  
ciertamente, creamé:

En el año treinta y dos...  
¿por julio?, sí, Juan de Dios;  
estaba Frutos Rivera  
de presidente, y afuera  
por el Durazno se hallaba,  
y Oribe entonces estaba  
de comendante del puerto.  
¡Como hay Dios!, esto lo es cierto.



Vivíamos felizmente;  
¿se acuerda, amigo Vicente?,  
cuando por fatalidá  
armaron en la ciudá  
la primer revolución,  
origen de esta custión.

Fue en julio..., sí; el día tres:  
pues me acuerdo que esa vez  
se solevó un batallón  
con el coronel Garzón  
gritando: ¡muera Rivera!  
No hay duda que Oribe era  
figurón en el motín:  
pues todo se sabe al fin;  
y aunque no se puso al frente,  
he oído generalmente  
una porción de ocasiones,  
que los dos jefes Garzones,  
como los dos Lavallejas,  
de Oribe tenían quejas;  
porque en aquella ocasión,  
diz que les hizo traición  
y que los abandonó  
cuando él los comprometió  
y los metió hasta el cuadril.  
¡Mire si es partida vil  
en don Manuel! -Adelante.

Pues, señor, desde el instante  
en que se alzó la pueblada,  
luego le hicieron la armada,  
y a don Frutos se la echaron,  
y por fortuna le erraron.

Rivera estaba inorante  
que le iban a echar el guante  
con miras de asesinarlo;  
y derechito a matarlo  
fueron, ¿qué duda nos queda?,  
pues el capitán Ojeda  
lo atropelló con Santana;  
pero por una ventana  
el Viejo fue tan feliz,  
que se les hiso perdiz,  
y en cuanto saltó de allí  
cogió y se azotó en el Yi .

Yo no sé cómo está vivo

porque con un gomitivo  
de Larruá se echó en el río:  
si no es eso, ¡Cristo mío!,  
ahí lo atrasan fieramente,  
pero al fin llegó a su gente  
que estaba del otro lao,  
donde se puso alentao  
y formó su reunión.

Entre tanto, de mirón  
Oribe se dejó andar,  
y en cuanto vido flaquiar  
a sus amigos, salió  
y vino, y se recostó  
a don Frutos, por si acaso.

El Viejo que es tan güenazo,  
no se dio por entendido,  
y habiéndolo recibido  
con la mejor voluntá,  
le brindó con su amistá,  
que Oribe se la almitió  
y también se la juró.

Siguió la revolución  
flaquiando cada vez más,  
hasta que don Frutos... ¡tras!,  
le dio un golpe y la aplastó;  
y a todos los aventó  
a los quintos apuraos,  
pues salieron a dos laos  
en cuanto nos divisaron,  
y ahí no más se terminaron  
la guerra y las disensiones  
como en otras ocasiones.

Don Manuel a la ciudá  
cayó luego con Rivera  
que en cuanto llegó de afuera,  
en prueba de su amistá,  
con gusto y sinceridá  
lo hizo ministro de guerra,  
que es un cargo en esta tierra  
más grande que general;  
y naides lo tuvo a mal.

Lejos de eso, lo aplaudimos,  
y los paisanos dijimos:  
ya no habrá más anarquía,  
pues marchan en armonía

Oribe y Frutos Rivera;  
¡ah, tiempo!, ¡ojalá volviera!

En fin subió don Manuel  
a ministro, como he dicho;  
y como santo en un nicho  
don Frutos se veía en él.  
Siguió fingiéndose fiel  
don Manuel, en la apariencia,  
porque ya la presidencia  
de Rivera iba a cesar,  
que era todo su anhelar;  
desde que don JUAN ANTONIO  
salió llamando al demonio  
y renegando de Oribe.

En esto bien se percibe,  
que don Manuel, al dejarlo  
solo, trató de obligarlo  
a disparar al infierno,  
para subir al gobierno;  
porque sólo Lavalleja  
podría sacar la oreja  
a todo el que pretendiera  
mandar después de Rivera.

Y mesmo, así sucedió:  
Lavalleja disparó  
abriéndole la tranquera  
para que Oribe pudiera  
conseguir sus pretensiones.

Llegaron las elecciones,  
que es lo mesmo que apartar  
aquel que ha de gobernar:  
y se nombran capataces,  
o mozos todos capaces  
de elegir el más mejor,  
y Rivera por favor  
lo señaló a don Manuel,  
diciendo: que «sólo él  
debía montar el potro,  
y que después ningún otro  
sería buen presidente».  
Alvierta, amigo Vicente,  
no faltó en esa ocasión  
quién cruzara el mancarrón  
y le dijera a don Frutos:  
«¡Mire que muchos disgustos  
le va a causar don Manuel!

No se empeñe usted por él».

Entonces Frutos Rivera  
les contestó, que: «cualquiera  
hiciera la oposición;  
que era libre la opinión  
en ese particular;  
(y dijo): me he de empeñar  
para que Oribe gobierne,  
aunque a mí no me concierne  
meterme en el nombramiento»;  
y otro le dijo al momento:  
«pues yo me voy a oponer».

«Amigo, lo puede hacer,  
(contestó). No meta bulla;  
y si sale con la suya  
crea que lo sentiré».

Pues cabalmente así fue,  
que el hombre fiero se opuso;  
pero Rivera que es buzo  
y no se ahuga en los arroyos,  
le largó todos los rollos  
al lazo de su esperanza,  
y lo soltó en la confianza  
que al dar el Viejo un tirón,  
la más fuerte oposición  
él la haría sujetar,  
y el suelo vendría a dar  
ganando al fin la elección.

VICENTE Tome, amigo, un cimarrón,  
no se le seque el garguero.  
¡Ah, cosa linda, aparcero!,  
¡eh, pucha, que está ilustrao!  
en todo lo que ha pasao!

JUAN DE DIOS Pues, señor, que lo nombraron,  
y viera con qué alegría;  
salvas y musiquería,  
y también le repicaron:  
por las calles lo aclamaron  
las gentes de la ciudá,  
y fue con temeridá  
lo mucho que se alegraron.

Así lo engolosinaron  
en cuanto subió al poder,  
cosa que no es bueno hacer

jamás entre los paisanos.

Ese día, él dio las manos  
a todos al despedirse:  
y yo me acuerdo que al irse  
del Fuerte, allí en un salón,  
le dijo a la reunión  
con una voz muy contrita:  
«¡Compatriotas! Dios permita  
que esta pública alegría  
dure hasta el último día  
que yo descienda del mando»;  
y ya salió trompezando.

De esta manera legal  
largó el mando don Frutoso;  
y Oribe lo hizo gustoso  
comendante general.

Salió Rivera a campaña;  
y el diablo, amigo, quizás,  
cuando todo estaba en paz,  
vino a meter la zizaña  
aunque no fue cosa extraña  
la vuelta que Oribe dio,  
pues luego se le cambió  
al mirarse poderoso,  
faltándole a don Frutoso  
en todo a la buena fe.

Lo primero que hizo fue  
llamar a los emigraos  
que él mismo dejó ensartaos:  
y al momento de llegar,  
a todos los hizo armar.

Eso sólo fue un capricho  
de don Manuel; pues me han dicho,  
que don Frutos al salir  
no le dejó de pedir,  
y le rogó por su madre,  
que «en caso que a su compadre  
Lavalleja lo llamara,  
tan de pronto no lo armara,  
porque es viejito fogoso,  
y pudiera rencoroso  
guardarle un resentimiento  
y darle algún sentimiento.

«Que le avisara al llamarlo

para venir a amansarlo,  
y Rivera respondía:  
Que el compadre volvería  
a su rango y su valer,  
como al mismo tiempo a ser  
como de antes su aparcerero  
y su viejo compañero».

Pues, vea: Oribe solito  
lo hizo venir calladito,  
y le dio una división  
con su segunda intención,  
y los demás emigraos  
toditos fueron armaos,  
sin que don Frutos dijiera  
ni una palabra siquiera,  
porque no quiso hacer caso  
y le sufrió el chaguarazo.

Dígame, aparcerero, ahora:  
¿si acá el amigo Zamora  
ve que usted y yo nos tiramos,  
y de firme nos pegamos  
hasta ojalarnos el cuero,  
reparando el compañero  
que usted al fin de la disputa  
dispara hasta la gran p...  
renegando contra mía,  
y conmigo en armonía  
queda Zamora en mi rancho,  
y me hace después un gancho  
metiéndolo en mi cocina  
a usted con su garabina,  
sin avisarme «esto pasa»,  
viviendo en mi misma casa;  
si de Zamora me quejo,  
será una ofensa?...

VICENTE: ¡C... anejo!,  
eso sería chanchada.

JUAN DE DIOS: Pues así fue la jugada  
que a don Frutos le hizo Oribe.

En seguida, va y escribe  
unas cartas muy rabiosas,  
que Rivera entre otras cosas  
le aseguró por afuera,

y en todas decía que «era don Frutos un salteador»;  
y para hacerla mejor,  
por órdenes terminantes  
le quitó los comendantes  
de cada departamento:  
cosa que la hizo de intento,  
y el mandar matar a Osorio  
como es público y notorio  
por agraviar a Rivera,  
que andaba por la frontera  
sirviéndole a don Manuel,  
después que se vio con él  
y don Llambí en Cerro Largo,  
que tuvo su rato amargo  
por no mostrarse ofendido,  
que de no, ¿qué hubiera sido  
de Oribe en esa ocasión?,  
pues ya tenía razón  
don Frutos para amolarlo,  
y no hizo sino palmiarlo  
mostrándole buen agrado,  
para no verse obligado  
a dar lugar a otros males,  
ni armar guerra entre orientales;  
hasta que al fin reventó,  
porque Oribe lo hostigó;  
y al llegar del Cerro Largo,  
le mandó quitar el cargo,  
y que bajara luego  
para agarrarlo mansito.

Pero Rivera no es lerdo;  
pues todavía me acuerdo  
que allá le armó una ensilgada,  
y le largó esta empalmada.

Pues, señor, lo llamó a Luna  
que estaba allí por fortuna,  
y le dijo que ensillase  
y a la ciudad se largase,  
fingiendo que con don Frutos  
tenía grandes disgustos.

Para esto mandó quitarle  
una estancia, a fin de darle  
todo el valor al moquillo,  
y el viejo Luna que es pillo  
se le agachó y del tirón  
vino a dar hasta el Cordon,

y anduvo por ahí renguiando,  
y en voz alta renegando  
de Rivera, y qué sé yo.

Oribe se la tragó;  
porque lo mandó llamar,  
y, al empezarlo a tantiar,  
le ofreció que le daría  
el Fuerte y la Polecía.

Luna se mostró blandito,  
y entonces don Manuelito  
le hizo dar una partida,  
para que fuese en seguida  
y a don Frutos le prendiera  
de atrás, aunque más no fuera.

Salió Luna y del camino  
al Viejo se lo previno;  
y éste los hizo aguardar  
con su escolta, y al llegar  
les menió lata y estaño,  
y con este desengaño  
Rivera se resolvió  
en cuanto Luna volvió,  
porque no es zonzo ninguno  
tratando del número uno;  
y porque entonces no vino  
y se puso en el camino  
a dejarse trajinar,  
entró Oribe a alborotar:  
«¡El indio Frutos se ha alzaó!  
¡Es un malevo!, ¡un malvao!,  
¡que está haciendo reuniones!».

Velay tiene las razones  
porque al Viejo nos juntamos,  
y en seguida nos topamos  
allá en la Carpintería.

Yo no sé qué más quería  
don Manuel esa ocasión.  
Él era primer mandón;  
toditos le obedecían;  
las muchachas lo querían;  
y ÉL ¡que es tan aficionao!,  
que eso lo tiene atrasao.

En fin, ese es cuento aparte:  
sí, señor: por otra parte,



don Frutos no le faltaba,  
al contrario, lo halagaba;  
cuando en esto red repente,  
de incapaz y de imprudente  
con Rivera se trezó,  
y el Viejo lo castigó  
en Yucutujá, en el Yi,  
y en Palmar, ¿no es así?  
Entonces, dígame, amigo  
(fijese en lo que le digo)  
¿por qué venció don Frutos?,  
¿será por ser más buen mozo?  
Claro es que no: luego ha sido  
porque Rivera ha tenido  
siempre más linda opinión,  
y mejor disposición  
que don Manuel, siete veces;  
pues no precisa intereses,  
porque todos lo hemos visto  
que don Frutos sin un cristo  
anduvo por Portugal  
como una águila imperial.  
Cuando la traición de Raña;  
que bien la pagó, el lagaña,  
mientras que Oribe tenía  
todito cuanto quería:  
armas, moneda, soldaos  
y barcos por todos laos.  
Con todos estos avíos  
y los negros de Entre Ríos,  
tristemente lo vencimos  
cuatro gauchos que vinimos,  
y él dice que con porteños,  
con los cuales hizo empeños  
Rivera por desbancarlo.  
A ninguno fue a buscarlo  
don Frutos; y si vinieron,  
tan solamente lo hicieron  
muy pocos esa ocasión,  
y ¿sabe por qué razón?,  
por muchísimas diabluras  
que Oribe en sus calenturas  
mandó hacer en la ciudá,  
quitando la libertá  
para escrebir en la imprenta,  
y agarrando por su cuenta  
a una porción de argentinos,  
porque eran hombres ladinos  
y hablaban fiero de Rosas,  
a quien ante todas cosas

Oribe empezó a adular,  
queriéndoselo ganar  
por si acaso disparaba,  
para ir a donde él mandaba  
a someterse a ese güaso  
degollador, ladronazo,  
como lo hizo sin rubor.  
¡Eso, sí, es buscar favor  
de un porteño infame y ruin!  
¿No es así, amigo Martín?

MARTÍN: Cabal, amigo: pues no;  
y si Rivera almitió  
argentinos a su lao,  
fue uno que otro desgraciao,  
y cada uno conocido,  
pues todos habían sido  
compañeros en la guerra  
del Brasil, cuando esta tierra  
llegó a ser independiente;  
y no era como esa gente  
que viene con don Manuel,  
degolladores sin hiel,  
mashorqueros corrompidos  
y diablos desconocidos,  
coroneles, generales,  
de allá de los federales,  
y nada más que de allá.

JUAN DE DIOS: Eso es la pura verdá;  
Oribe se ha envilecido,  
desde que se ha reunido  
a esos viles saltiadores;  
y él es uno de los piores...

VICENTE Amigo, no se caliente,  
y lo pille el presidente  
Rosín -mashorqui- legal.  
Mire que es hombre formal,  
y dicen...

JUAN DE DIOS: Calle, no diga;  
que da dolor de barriga  
oírlo llamar presidente.

¿Se acuerda, amigo Vicente,

cuando después del Palmar  
los hicimos encerrar  
dentro de la ciudadela?,  
¿que esa vez casi se cuele  
don Frutos en la ciudad,  
y hace una barbaridá  
si lo pilla a don Manuel,  
que estaba con el cordel  
(como quien dice) al pescuezo?

VICENTE: ¿Y qué tenemos con eso?

JUAN DE DIOS: ¡Qué hemos de tener!, aguarde:  
pues, señor, en una tarde  
que yo caí del Peñarol  
antes de ponerse el sol,  
vi un coche en el campamento;  
ya andaba sonando el cuento,  
y eran ciertos los rumores,  
pues vinieron tratadores  
a hacer la paz con el Viejo,  
y estuvieron en consejo  
cuatro o cinco diputaos,  
que vinieron bien delgaos  
porque la carne escaseaba,  
con todo, le dieron taba  
al general, y por fin  
largaron un boletín  
en el que Oribe firmaba,  
«que hasta hoy no más aguantaba,  
pues como era inconveniente  
el que fuera él presidente  
para que la paz se hiciera,  
se hacía José de afuera,  
muy contento y muy ufano,  
escribiendo él de su mano  
aquella renunciación  
ante toda la nación»,  
y no sé qué más decía.

Pues, amigo, al otro día  
alzó moño a la otra Banda,  
y desde entonces ha que anda  
nombrándose Presidente  
a todo vicho viviente.  
Y como el Restaurador  
es gaucho de buen humor,  
en cuanto fue, le dio cuerda,

y después lo echó a la... mi... licia;  
y en esa misma ocasión  
mandó con la otra invasión  
al pobre Pascual Badana;  
y le reculó macana,  
al Presidente corrido,  
cuando éste debió haber sido  
el general esa vez.

Pero Rosas, al revés,  
lo mandó por los rincones,  
de Entre Ríos y Misiones,  
donde anduvo de ordenanza  
de López: esto no es chanza.

Se me hace que lo estoy viendo  
a don Manuel; que leyendo  
esta mi conversación,  
dice así: «tiene razón  
Juan de Dios: ¡si será el diablo!».  
También dirá don Juan Pablo  
el general: «es verdad»;  
porque ésta es la rialidá:  
créalo, amigo Martín,  
anduvo así, hasta que al fin  
Rosas lo mandó a esas tierras  
de para arriba, a las guerras,  
en donde le hizo servicios  
y mandó hacer sacrificios,  
piores que Poncio Pilatos,  
de incendios y asesinatos,  
robos y degolladuras,  
reyunadas y forzaduras,  
y agenció esos compañeros  
que ahora trae, los mashorqueros,  
con los que hizo esas hazañas;  
y todavía, ¡qué entrañas!,  
quiere su patria entregar,  
¡a Rosas!, por gobernar  
cuatro días a lo sumo,  
porque luego, como el humo,  
le quita el mando VIOLÓN,  
o cualquier otro ladrón  
de esos que vienen con él,  
y al presidente Manuel  
me le sacan el pellejo  
en cuanto chiste; eso es viejo.

¿O estará Oribe en la creencia  
que hoy juega Rosas el resto,

para después de todo esto  
largarle la presidencia?,  
y que para el Vuceleñcia  
nos llena nuestra campaña  
de mazorca, media caña,  
refalosa, moño, cinta,  
y sobre todo, la quinta  
esencia del ladronicio?  
Un hombre con tanto vicio,  
tan cruel y tan ambicioso,  
tan vil y tan revoltoso  
como ese Restaurador,  
que ha llenado de terror,  
¡trece años, como un rabioso!  
¡A propósito es el mozo!

VICENTE: No, amigo, ya don Manuel  
quisiera zafarse de él,  
sacándose la manea.  
Créalo, que tal desea:  
pero está muy apretao,  
abatido y ultrajao;  
porque ya sin disimulo  
le dicen, que es hombre nulo,  
entre esos mismos rosines,  
tal son de bajos y ruines;  
y ¿qué ha de hacer?, se sostiene,  
pues más remedio no tiene.

ZAMORA ¿Por qué de ellos no se aleja,  
como lo hizo Lavallega,  
y como lo ha hecho Garzón?  
También esos hombres son  
enemigos de don Frutos:  
y por eso, ¿como brutos  
han de venir contra nuestra?  
En esto bien se demuestra  
que sólo Oribe es malvao:  
así se ve abandonao  
aun de sus mismos amigos,  
que hoy están siendo testigos  
de la triste situación,  
miseria y desolación  
en que su tierra ha sumido,  
y ahí lo contemplan metido  
entre taperas quemadas  
y de cabezas cortadas,  
lleno de peste y flacura,

enfermo de calentura  
y rodeado de asesinos,  
que los pueblos argentinos  
y que la Banda oriental  
han cercenado a puñal  
por orden de don Ciriaco,  
que así se llama ahora el Flaco.  
Y el apellido también  
se lo ha puesto, ¡ah, cosa fiera!  
Alderete... ¡Si supiera  
de a dónde lo fue a campiar!  
Oiga, le voy a contar,  
como Curro me ha contaó,  
que no es andaluz negao.

Cuando las primeras guerras,  
que apenas por estas tierras  
indios había y chimangos,  
cayeron los maturrangos,  
al mando de un tal Cortés,  
que el rey de España esa vez  
a Méjico lo mandó  
y fue quien lo conquistó.

Ahí vino de habilitao  
un Alderete mentao  
y más ladrón que Turpín  
porque a un tal Guatimocín  
que era el Rey de aquellos pagos,  
cuentan de que le hizo estragos  
porque Alderete era moro,  
y, por soliviarle el oro  
al indio, lo atormentó  
fiero y lo descoyuntó,  
y cuando lo hizo cecina,  
hasta le robó la china.

Mire que bien ha elegido  
de Alderete el apellido.  
Con que así, amigo Vicente,  
vea si estará caliente.

VICENTE: Debe estar, porque sin duda  
se le ha puesto peliaguda  
la custión en esta vez,  
y es preciso ver lo que es  
ese ejército pueblero.  
¡Qué soldados, aparceró,  
esos Guardías Nacionales!,

¡qué gefes, y qué oficiales!,  
¡y esos siete batallones  
de morenos que son liones!  
¡Ese Marcelino Sosa !,  
¡que canta la pegajosa  
con su escuadrón todo el día!,  
y lo que es pior todavía,  
todita esa francesada  
que al sentir la rosinada  
se juntan como aguaciles,  
atraviesan los fusiles  
y a bayoneta calada  
atropellan de coplada  
cuando gritan: ¡Al adelante!,  
llevándose por delante  
cercos, zanjas y palenque,  
y los sacan a rebenque  
a los rosines... ¡barajo!,  
¡gente que les da trabajo!

Luego de ahí, la italianada,  
también gente desalmada:  
¡eh, pucha, pero si viera!,  
se topan con los de afuera;  
y al grito de... ¡Sacramento!,  
les atajan el aliento  
a fuerza de bala y tiza;  
y siempre muertos de risa.  
Vea pues lo que ha ganao  
Oribe cuando ha dejao  
de ser paisano oriental  
por ser rosín federal.

JUAN DE DIOS: Como ya lo es, y se explica  
desde que a todo le aplica:  
¡Viva la Federación!,  
que es decir en conclusión  
Viva la Mashorca y Rosas.  
¿A qué vienen esas cosas?,  
si acá somos orientales,  
gauchos todos liberales,  
¿por qué nos pretende uñir  
y que nos haga morir  
en el yugo ese tirano?

No, amigo Ciriaco, en vano  
son sus viles pretensiones:  
arruine las poblaciones,  
degüelle, saque manecas,

de su cuero las correas  
han de salir algún día.  
Ya ve que la gauchería  
del viejo Frutos Rivera  
le viene haciendo manguera.

Ande vivo, le aconsejo,  
que ya para zonzo es viejo.

Mire si está la estribera  
sigura, porque pudiera  
que se le corte un estribo,  
y yo no he de andar esquivo  
si lo pillo medio a pie,  
pues la refalosa...

ZAMORA: ¡Che!  
Esa será la infinita  
que le toquemos... ¡Ah, hijita!  
En fin, vamos a ensillar,  
que ya empiezan a tocar  
los clarines.

JUAN DE DIOS: ¡Ah, rosines!  
Siquiera fuese a la carga;  
porque esa ha de ser amarga  
y prontito... ¿No se le hace?

ZAMORA: Amigo, quizás no pase  
de quince días lo más.  
Ya lo ve, como Aguarás  
anda don Frutos vichando.  
Mírelo; ahí viene bajando  
por la cuchilla...

VICENTE: ¡Qué pingo!  
¡Como de día domingo!

JUAN DE DIOS: Amigo, así están toditos  
delgados... y parejitos,  
como para una pregunta  
y agachársele en la punta,  
mañana si Dios quisiera,  
gritando, ¡viva Rivera  
y el Gobierno Nacional!



ZAMORA: ¡Viva!, ¡y nuestro general  
Aguiar, y viva Medina,  
que es amargo como quina!

VICENTE: Y ¡vivan los coroneles  
siempre patriotas y fieles,  
Silva, Blanco y Estivao;  
Viñas, Flores, y el mentao  
Luna, y Báez, Cuadra, Camacho,  
y Olavarría!...

JUAN DE DIOS: ¡Qué cacho  
es, amigo, ese oficial!,  
es buen mozo y ternejal  
de lo lindo lo mejor.  
¡Que viva el Rubio-valor!,  
así lo hemos de llamar.

VICENTE: ¿Y a PAZ?

JUAN DE DIOS: El manco de amar  
de todos los orientales;  
y a Pacheco, el Rubio..., males  
de Rosas y los Ciriacos,  
porque a todos los trai flacos.

VICENTE: Y ¿a ese coronel mentao  
del sombrero arremangao  
que le llaman GARIBALDE?

JUAN DE DIOS: Ese, amigo, ni de balde  
se puede chanciar con él.  
Es más bravo que un infiel,  
y patriota el italiano:  
ahí le tengo un rabicano  
para dárselo cuando entre,  
donde quiera que lo encuentre.

VICENTE: Pues yo, amigo, al comodoro  
inglés le guardo mi moro,  
que es lo más que puedo hacer,  
porque como a mi mujer

lo apreceo, esto es verdá,  
pero es de mi voluntá  
que él lo miente, si le agrada.  
Siendo así... no he dicho nada.

JUAN DE DIOS: Con que, será hasta la vista,  
que ya me voy a la lista.

Esto dijo Juan de Dios  
del modo más agradable;  
y luego se prendió el sable  
montó a caballo y trotó.  
Martín también se largó  
para su escuadrón lueguito,  
y Vicente al galopito  
campo ajuera enderezó.

### **El gaucho Jacinto Cielo**

Con este título apareció un periódico en Montevideo, y en su primer número publicado el 14 de julio de 1843 les dirigió las saluciones siguientes al público y a todos los periódicos que en aquellos días se publicaban en la plaza sitiada

#### **AL PÚBLICO**

Pueblo de todo mi afeto,  
allá va Jacinto Cielo  
echándose por el suelo  
en prueba de su respeto:  
que aunque rudo y gaucho neto,  
venera a la sociedad;  
de suerte y conformidá,  
que si comete un error  
al largarse de escritor,  
no será de voluntá.

#### **AL NACIONAL**

Un gaucho sin más caudal  
que las bolas y el apero,  
hoy sale de gacetero  
paisano del Nacional:  
como a viejo ternejal  
y amigo de los paisanos,  
le besa el gaucho las manos,  
y le promete ayudar  
a escrebir y proclamar  
la ley contra los tiranos.

## AL CUSTITUCIONAL

Amigazo y compañero,  
si me permite llamarlo:  
dispense que al saludarlo  
lo haiga dejao el tercero.  
Un cariño verdadero  
lo ofrezco con amistá,  
pues me gusta su lealtá,  
y respeto su saber  
para hablar y defender  
la Patria y la Libertá.

## AL PATRIOTA FRANCÉS

Aunque usted no es oriental,  
señor patriota francés,  
los gauchos sabemos que es  
un patriota liberal,  
y como es accidental  
ser francés o americano,  
lo estimo como a paisano,  
porque dice quien lo entiende,  
que usted muy lindo defiende  
la causa contra el Tirano.

## AL BRITANIA

Señor Britania: un tesoro  
es su modo de escrebir,  
pues lo he oído trasducir,  
y me ha parecido de oro  
su pico; así es que lo adoro  
por ser el primer inglés  
que, clarito y sin doblez,  
le ha dicho a don Mendevil  
que fieramente servil  
se ha mostrado de esta vez.

A principios de julio de 1843 se hallaba el ejército sitiador de Montevideo tan hostilizado a retaguardia por las fuerzas orientales del GENERAL RIVERA, que el titulado Presidente Legal don Manuel Oribe tuvo que despachar con una fuerte división de caballería al general Núñez, encargándole muy especialmente, que del Departamento de la Colonia le remitiera tropas de ganado para abastecer al ejército, y también algunas yeguas y potros para amansar, pero como el general Núñez anduvo muy lerdo para tales remesas, en un día apuradísimo, el Presidente legal le escribió la súplica siguiente, a la cual Núñez contestó con el parte de su derrota, que va a continuación.

**Al señor general don Ángel Núñez**

Cerrito de la Victoria a 16 de julio de 1843.

Núñez: ¡por Dios, Angelito!  
¡Mandame ganao!, ¡ganao!,  
porque estoy esperanzao  
tan sólo en vos, hermanito.  
Mandá ganao, te repito:  
toros, novillos o vacas;  
aunque se caigan de flacas  
lo que yo quiero es ganao;  
pues sino, desesperao,  
me comeré las petacas.

**MANUEL ORIBE.**

Lastimosísimo parte oficial, que desde la Colonia del Sacramento, le dirige el traidor general Núñez a su Presidente legal don Manuel Oribe, dándole cuenta de haber sido derrotado por el valiente coronel oriental don Venancio Flores en la Horqueta del Rosario el 18 de julio de 1843, día del aniversario de la Constitución de aquella República

Al excelentísimo señor Presidente legal de la República oriental del Uruguay, Brigadier General don Manuel Oribe y «Alderete».

¡Viva la Federación!  
¡Muera el salvaje unitario  
manco Paz!, ¡y el incendiario  
anarquista Pardejón!

En la Horqueta del Rosario;  
día del Universario  
de nuestra Constitución,  
¡nos han tocado el violón!

Mi estimado Presidente;  
participo a Vuecelencia,  
que el día de nuestra ausiencia  
se me acabó el aguardiente,  
pues se largó mi asistente  
aonde se hallaba Estibao  
y lo impuso de contao  
de toda mi expedición,  
resultando en conclusión  
que el diablo se la ha llevao.

Yo empecé a juntar potrada,

y toros, y algunas yeguas,  
pero no me daban treguas  
para remitirle nada;  
pues toda la Salvajada  
se alborotó a mi salida,  
y me han tenido en seguida  
tan sumamente apretao,  
que nunca, nunca he pasao  
susto más grande en la vida.

Hasta que hoy de trasnochada  
FLORES se me apareció,  
y a Estibao se reunió  
para darme una sabliada.  
Yo aguardé la atropellada;  
pero como no soy ñato,  
en cuanto tomé el olfato  
a pura gente resuelta,  
ahí no más me les di güelta  
haciendo ¡fus! como el gato.

Crea, señor, que disparo  
no por cobarde, sino  
porque claramente yo  
veo los bueyes con que aro:  
pues entre su gente es raro  
el hombre que medio aguante;  
así fue que en el instante  
que los salvajes cargaron,  
mis rosines me llevaron  
como a bagual por delante.

Después de eso, disparamos  
todos tan en confusión,  
que soltamos el montón  
de hacienda que rejuntamos;  
pero por fin escapamos  
yo y cuatro hombres, a lo sumo,  
los demás se hicieron humo,  
y me queda el sentimiento  
que han ido a llevar el cuento...  
¡a los infiernos!, presumo.  
Con que ansí, tenga paciencia,  
mi querido general,  
y si me he portado mal  
dispénseme Vucelencia.  
Siento no hacer diligencia  
ahora mesmo por ganao,  
pero allá con bacalao  
medio se puede aguantar,

porque yo de disparar  
me siento muy escaldao.

ÁNGEL NÚÑEZ el guasquiao.

**¡No se rían! Atención y ensebarse que hoy es el último plazo**

Trincheras, a 25 de agosto de 1843.

Sabrán, paisanos, al fin,  
que hoy veinticinco sin falta,  
Alderete nos asalta,  
y nos mete el espadín.  
Ahí vendrá Maza violín,  
y esto no queda en amago,  
¡luego verán el estrago  
que nos hace don Ciriaco!  
¡Ah, general currutaco!,  
no lo pean, que es del pago.

Ésta es la última amenaza,  
hoy mesmo se colarán.  
cola alzada, los verán  
sin mosquiar hasta la plaza.  
Todos vienen de coraza,  
y don Turpín con serrucho:  
¡cuidao!, que ese barbarucho  
es militar muy foguiao;  
¡ya verán mozo alentao!  
No lo pean, que es matucho .

Por supuesto, en el Cerrito  
hoy naides come porotos,  
para evitar alborotos  
y hasta el más leve ruidito.  
Así ordenó don Panchito,  
y ese es como la Isidora  
de bravo, y si se acalora,  
¡el diablo que le resuelle!,  
siendo así lo que atropelle...  
no lo pean, que es manflora.

Luego, desde la Estanzuela,  
mandará veinte escuadrones  
a enlazarnos los cañones  
el general don Pajuela,  
que no hay duda, se nos cuela

sin falta, esta tardecita:  
¿o piensan que es mariquita?,  
ya lo verán, si atropella  
lo mesmo que una centella.  
No lo pean a Vidita.

Falta lo más peliagudo  
y lastimoso del lance,  
que se ha de ver cuando avance  
¡don Violón el corajudo!  
A ese lo espero, y no dudo  
que sin falta, a la oración,  
nos pega el atropellón.  
con más gente que langosta:  
ya verán si es poca bosta...  
no lo pean a Violón.

JACINTO CIELO.

### **La Refalosa**

Amenaza de un mashorquero y degollador de los sitiadores de Montevideo dirigida al gaucho JACINTO CIELO, gacetero y soldado de la Legión argentina, defensora de aquella plaza

Mirá, gaucho salvajón,  
que no pierdo la esperanza,  
y no es chanza,  
de hacerte probar qué cosa  
es Tin tin y Refalosa.  
Ahora te diré cómo es:  
escuchá y no te asustés;  
que para ustedes es canto  
más triste que un Viernes Santo.

Unitario que agarramos  
lo estiramos;  
o paradito no más,  
por atrás,  
lo amarran los compañeros  
por supuesto, mashorqueros,  
y ligao  
con un maniador doblao,  
ya queda codo con codo  
y desnudito ante todo.  
¡Salvajón!  
Aquí empieza su aflicción.

Luego después, a los pieses

un sobeo en tres dobleces  
se le atraca,  
y queda como una estaca  
lindamente asiguro,  
y parao  
lo tenemos clamoriando;  
y como medio chanciando  
lo pinchamos,  
y lo que grita, cantamos  
la refalosa y tin tin,  
sin violín.

Pero seguimos el son  
en la vaina del latón,  
que asentamos.  
el cuchillo, y le tantiamos  
con las uñas el cogote.  
¡Brinca el salvaje vilote  
que da risa!  
Cuando algunos en camisa  
se empiezan a revolcar,  
y a llorar,  
que es lo que más nos divierte;  
de igual suerte  
que al Presidente le agrada,  
y larga la carcajada  
de alegría,  
al oír la musiquería  
y la broma que le damos  
al salvaje que amarramos.

Finalmente,  
cuando creemos conveniente,  
después que nos divertimos  
grandemente, decidimos  
que al salvaje  
el resuello se le ataje;  
y a derechas  
lo agarra uno de las mechas,  
mientras otro  
lo sujeta como a potro  
de las patas,  
que si se mueve es a gatas.

Entre tanto,  
nos clama por cuanto santo  
tiene el cielo;  
pero hay no más por consuelo  
a su queja:  
abajito de la oreja,



con un puñal bien templao  
y afilao,  
que se llama el quita penas,  
le atravesamos las venas  
del pescuezo.  
¿Y qué se le hace con eso?,  
larga sangre que es un gusto,  
y del susto  
entra a revolver los ojos.

¡Ah, hombres flojos!,  
hemos visto algunos de estos  
que se muerden y hacen gestos,  
y visajes  
que se pelan los salvajes,  
largando tamaña lengua;  
y entre nosotros no es mengua  
el besarlo,  
para medio contentarlo.

¡Qué jarana!,  
nos reímos de buena gana  
y muy mucho,  
de ver que hasta les da chucho;  
y entonces lo desatamos  
y soltamos;  
¡y lo sabemos parar  
para verlo REFALAR  
en la sangre!,  
hasta que le da un calambre  
y se cai a patalea,  
y a temblar  
muy fiero, hasta que se estira  
el salvaje: y, lo que espira,  
le sacamos  
una lonja que apreciamos  
el sobarla,  
y de manea gustarla.

De ahí se le cortan orejas,  
barba, patilla y cejas;  
y pelao  
lo dejamos arrumbao,  
para que engorde algún chancho,  
O carancho.

Con que ya ves, Salvajón;  
nadita te ha de pasar  
después de hacerte gritar:  
¡Viva la Federación!

**ADVERTENCIA**

La composición siguiente me fue exigida en Montevideo por mi respetable amigo el doctor don Florencio Varela, quien a su costa la mandó imprimir con profusión para mandarla como un obsequio al Ejército argentino libertador que en esos días invadió al Entre Ríos a las órdenes del valeroso general Juan Lavalle.

También con esta composición celebré la espléndida victoria obtenida por las tropas orientales al mando del señor general don Fructuoso Rivera, sobre el ejército de don Juan Manuel Rosas, que invadió a la República oriental a las órdenes del general don Pascual Echagüe, el cual fue completamente vencido en la batalla de Cagancha el 29 de diciembre de 1839.

Media Caña del campo para los libres

Al potro que en diez años  
naides lo ensilló,  
don Frutos en Cagancha  
se le acomodó,  
y en el repaso  
le ha pegado un rigor  
superiorazo.  
Quere los mi vida -a los orientales,  
que son domadores -sin dificultades.  
¡Que viva Rivera!, ¡que viva Lavalle!  
Tenemeló a Rosas... que no se desmaye.  
Media caña,  
a campaña.  
Caña entera,  
como quiera.  
Vamos a Entre Ríos, que allá está Badana,  
a ver si bailamos esta Media Caña:  
que allá está Lavalle tocando el violín,  
y don Frutos quiere seguirla hasta el fin.  
Los de Cagancha  
se le afirman al diablo  
en cualquier cancha.

A ese Rosas mentao  
tenemos gana  
de ver si lo sobamos  
como a Badana;  
porque es la gala  
de un oriental tirarse  
con gente mala.  
Desde el Entre Ríos vamos a toriarlo;

pues Lavalle sólo quiere basurarlo.  
Dejénselo al Rubio, que es de su ensillar,  
y aunque muerda el freno, lo ha de sujetar.  
Caña entera,  
no lo espera  
media caña,  
es su maña.  
Y ahora que a Macana, que fue haciendo bulla,  
la jaca lancera le metió la pulla,  
y ahora que a Badana y al morao Urquiza  
la Correntinada les saca la frisa...  
¡que viva Ferré,  
que ha jurao a la Patria  
morir o vencer!

Frente de la Bajada  
está Lavalle,  
con toda la mozada  
de Güenos Aires.  
Y Mascarilla,  
dicen que está muy flaco  
para morcilla.  
Ea, mascarita, veremos a ver  
si sos cualquier cosa, o has de endurecer:  
allá va Badana, juntate con él,  
que es de los más crudos de don Juan Manuel.  
Caña aguada,  
¡qué mamada!  
Caña pura,  
es más dura.  
Dale china, dale al Restaurador,  
que chupe y se ponga de más buen humor.  
Mirá que ya el hombre entra a desconfiar,  
que los propios suyos lo han de tragar.  
Vuelta redonda...  
Allá van con Lavalle  
los de Coronda.  
Dejen no más que griten  
los mashorqueros;  
que quizás faciliten  
de los primeros.  
No los apuren;  
que puede que al ilustre,  
me lo aseguren.  
Esa es buena gente -para una voltiada,  
y en habiendo mosca -no se para en nada.  
Vaya pues, ingratos -no anden reculando,  
al Restaurador -váyanlo amarrando.  
Media caña,  
¡qué lagaña!

Como gusten,  
no se asusten.  
Aten a ese gaucho -los convidaremos;  
que por lo demás -nos arreglaremos.  
Ya ven que la cosa -está muy ñublada,  
ya ven que Lavalle -se va a la charquiada;  
y de esta suerte  
les haremos sin duda  
pitar del juerte.

Tucumán y la Rioja  
y Catamarca,  
se han puesto la divisa  
celeste y blanca.

Miren qué dolor,  
que La-Madrid ha voliao  
al Restaurador.  
¡Ay, Felipe, Felipe Batata!  
Mirá que la cosa se pone muy ñata:  
subite a la torre, mirá al horizonte,  
verás que se arriman los de guardamonte.  
Caña larga,  
que descarga.  
Caña corta,  
qué te importa.  
Tocá tu cencerro y a los tucumanos,  
llamales devotos, deciles hermanos;  
hermanos, vení, vení con piedá,  
que yo soy batata de vuestra hermandá.  
También los bravos  
salteños ya no quieren  
ser más esclavos.

Las muchachas porteñas  
en la Campaña,  
bailarán este invierno  
la media caña...  
con la mozada  
que les lleva Lavalle  
de la Bajada.  
Que vengan, que vengan los de barba larga,  
los que a los esclavos se van a la carga;  
dicen las porteñas hasta en la ciudad:  
«¡Qué lindo es un gaucho de la libertad!».

No se tarden,  
vida mía,  
¡qué contento,  
qué alegría!

¡Que viva Lavalle y los correntinos;  
y los orientales y los argentinos!  
¡Jesús, cómo tardan!, ¡cuándo los veremos  
con esas divisas que tanto queremos!  
Vuelta postrera.  
¡Viva la libertá!  
¡Rosas... que muera!

Carta del sargento Miranda al gaucho Jacinto Cielo, que le contestó con las décimas que se leerán después de éstas

Acampamento en el medio de la Línea, a 3 de agosto.

### **SEÑOR DIRETOR DEL GAUCHO**

#### **I**

Amigo Jacinto Cielo,  
empriésteme su gaceta,  
que yo también soy pueta  
y en coplear tengo consuelo;  
soy su amigazo Marcelo,  
Miranda por apellido,  
en San Salvador nacido,  
domador de profesión,  
y patriota de opinión  
todita la vida he sido.

#### **II**

Cuando vide su papel,  
me alegré como era justo,  
¡y si viera con qué gusto  
lo lemos en el cuartel!  
Basta que platique en él  
de nuestra guerra presente  
y en nuestra lengua, que hay gente  
que ya no nos tiene en menos,  
porque ve que semos güenos  
pa escrebir tan lindamente.

#### **III**

De esos otros gacetones  
que salen tuitos los días,  
hablando de extranjerías,  
no entendemos dos renglones:  
los hacen los señorones  
tan sólo pa la ciudá,  
y nadita se les da  
que nosotros no sepamos

por qué a veces nos matamos,  
que es una barbaridá.

IV

Ansina es, amigo Cielo,  
que el gauchage se ha alegrao,  
porque ve que le han hablao  
clarito, que es un consuelo:  
todo vicho en este suelo  
entiende lo que usté dice,  
pues es claro que maldice  
a Juan Manuel el tirano,  
y usté puede estar ufano  
que el gauchage lo bendice.

V

Platique, amigo, clarito,  
del modo que va diciendo:  
yo también voy escribiendo  
un trabacuí y un cielito,  
para que lo entienda al grito  
la gente de chiripá  
y calzonzillos, que está  
contenta con sus gacetitas,  
y Alderetes y Alderetas  
rabeán en la ciudá.

VI

Con que, si me da licencia,  
en un lao de su papel,  
echaré coplas en él,  
y excuse la impertinencia;  
usté es mozo de experiencia,  
y sabe que hacer favor  
nunca ha sido deshonor;  
y ya que aparceros semos  
si está de humor, payaremos  
sobre guerra o sobre amor.

[Fin de la Carta del sargento Miranda Jacinto Cielo]

### **EL SARGENTO MARCELO MIRANDA.**

Contestación del gaucho a su amigazo y compañero el sargento Marcelo Miranda, ternejal  
y payador del pago de San Salvador

[Contestación del gaucho Jacinto a Miranda]

## I

Recebí, amigo Marcelo,  
su carta tan apreciada,  
que empieza con la versada:  
«Amigo Jacinto Cielo».  
Al fin no es chico consuelo  
que usté me haya saludao,  
como el que yo haiga prendao  
a un patriota y payador,  
gaucho de San Salvador  
dejuramente alentao.

## II

Me dice más atrasito  
de que han leído mi papel  
muy a gusto en el cuartel,  
porque se explica clarito:  
¡Qué quiere, compañerito,  
si así se usa entre el gauchage!,  
deje que allá el dotorage  
se pronuncie en lo profundo,  
que los gauchos en el mundo  
tenemos nuestro lenguaje.

## III

Mesmamente en la ciudá,  
esas gacetas a macho  
largan cada terminacho,  
que ya es con temeridá;  
pero, aplíquese y verá,  
si no las lé de tropel,  
que tiran por nuestro aquel  
siempre con güenas razones;  
y le hablan en ocasiones  
muy al alma a Juan Manuel.

## IV

Yo siempre soy muy clarito:  
y ¿a qué he de andar con rodeo  
para explicar mi deseo?  
¿No es así, compañerito?  
Mi papel es peticito,  
pero es gaucho, y han de ver  
que al Diablo le ha de correr  
en cuanto a decir verdades;  
porque no hay dificultades  
que me puedan encoger.

## V

Siendo así, yo he de rumbiar

por la senda que empecé,  
sin ladiarme, pues ya sé  
aonde debo enderezar.  
Si llevo a desagradar  
no ha de ser a la gauchada,  
por lo demás ¡no sé nada!,  
deje que rabien no más,  
que redemente de atrás  
les arrimo una guasquiada.

VI

Ahí tiene, pues, mi papel  
disponga, compañerazo,  
porque me dará un gustazo  
al soltar coplas en él.  
Allá iré por su cuartel  
un día y platicaremos,  
y entonces lamentaremos  
las desdichas de esta tierra,  
y bien de amor o de guerra...  
como guste, payaremos.

Su amigo, JACINTO CIELO.

**Carta clamorosa del mashorquero Salomón, a su aparcerero Mariano Maza; la cual me la ha mandado su asistente a Montevideo por dos yuntas de chorizos. ¡Qué hambre!**

Buenos Aires. Agosto 8 de 1846.

Querido Maza Violón:  
Extrañando tu silencio,  
te escribo con Juan Asensio,  
y es la tercera ocasión.  
Sabrás que está como león  
don Juan Manuel de enojao,  
pues ya se ha desengañao  
de que tu amigo Alderete,  
ni sale del Miguelete,  
ni vuelve más a este lao.

¡Qué diablos hacen, por Cristo!  
¿Oliendo a Montevideo,  
y del Cerrito al Buseo,  
y del Buseo al Cerrito?,  
¡pues, sabés que está bonito,  
que en lugar de atropellar,  
se alisten para emplumar,  
los ternes, los valaqueros,



y esos bravos mashorqueros  
que se han metido a cuerear!

Mirá que el Restaurador  
está de una vez cortao,  
porque ya no le ha quedao  
ni carne en el asador:  
pues la parada mejor  
que ha jugao en esta vida,  
la considera perdida  
allá por el Miguelete,  
aonde dejará Alderete  
a la Mashorca fundida.

Sobre todo, a Mistre Yon  
lo vemos muy agachao;  
no sé si tiene entripao,  
o porque anda tan tristón;  
pero él muestra su jabón,  
pues con el Restaurador  
se ponen de mal humor,  
porque han sabido que el cojo  
ya le anda clavando el ojo  
don PURVIS el Comodor.

Ansí es que la mashorcada  
medio-medio malicea;  
y por supuesto, orejea,  
y anda medio atribulada.  
En ancas, la salvajada  
se ha alborotao en la Rioja;  
tan luego ahora se le antoja  
alzar el poncho al gauchaje:  
¡ah, gente es esta salvaje,  
ni por los diablos afloja!

Ya de Núñez ¡volavero!,  
otra vez lo han trajinao,  
y solito se ha escapao  
lo mismo que terutero.  
Urquiza, aunque es tan matrero,  
también se encuentra apurao,  
pues suena que lo ha apretao  
Rivera en una voltiada,  
de suerte que en la jugada  
queda Alderete pelao

Últimamente, Mariano,  
¡cuidao que algún oriental,  
no te eche MEDIO BOZAL

y que te asiente la mano!,  
porque siendo lomo sano  
muchos te han de cudicear;  
y por sacarte el hijar,  
o bien por redomonearte,  
se han de empeñar en voliarte;  
¡no te vas a descuidar!

Recebirás expresiones  
de tu compadre Juan Bolas,  
que ahí te manda esas pistolas,  
cada una de ocho cañones.  
Dice, «que a los salvajones  
no les reculés cañita»,  
lo mesmo que Manuelita  
dice, que no la olvidés,  
mandándole de un francés  
una lonja sobadita.  
Tu aparcerero, SALOMÓN.

Publicación alegrona hecha en el sitio grande de Montevideo por el gaucho Jacinto, el 24 de agosto de 1843, víspera del día para el cual Oribe anunció desde el Cerrito que asaltaría a la ciudad indispensablemente; amenazando a los sitiados con ofrecerles, que para el día del ataque desplegaría al frente de las trincheras de la plaza ¡diez y ocho mil soldados y cuarenta piezas de artillería!

Con tan terrible amenaza se asustaron todos los sitiados; y el gaucho más asustado que ninguno, apenas atinó a cantar los versos siguientes que le dedicó al presidente legal, antes del ataque. ¡Y qué atacaba!

**Cuatro coplas a la salud del generalazo don Manuel Ciriaco Oribe y Alderete el proclamador, amenazador y atacador. Sí, señor**

Línea de Montevideo a 24 de agosto de 1843.

AL MESMÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE ROSÍN

Pero, amigo don Ciriaco,  
usté solo se ha guasquiao,  
pues naides le ha preguntao  
si está en carnes o está flaco.  
Con diez y ocho mil y el naco  
de los cuarenta cañones  
nos sacan a pescozones:  
¡qué diablos se anda empacando!,  
¿o sigue siempre esperando

el verano y los melones?

Con seis mil de gente infante,  
toda tropa violinista ,  
¡el demonio que resista,  
y la burra que lo aguante!  
Atropelle y al instante  
verá aónde vamos a dar:  
¿a qué nos quiere asustar?,  
¿no es mejor de que mansitos,  
nos agarre a todititos,  
y nos mande aserruchar?

Luego, doce mil caballos  
sin contar la bagualada;  
¡no fue tan grande la Armada  
del tiempo de don Ceballos!  
Cuentelos como zapallos,  
no se vaya a equivocar,  
porque ha de necesitar,  
aunque acá somos poquitos,  
largarnos medio muchitos  
si nos piensa tragar.

Aunque, usté, amigo Alderete,  
siempre juega a punto errao;  
y siendo así, es excusao  
que nos cante treinta y siete.  
No nos venga con falsete,  
queriéndonos retrucar,  
si al fin ha de reular  
al grito de ¡CUATRO VALE!  
O veremos cómo sale,  
si piensa medio aguantar.

### **Cielito del Curandero**

A la salud del señor comodoro Purvis.

Voy a cantar un Cielito  
a salud del COMODOR,  
que tiene noticias lindas  
y está de muy güen humor.

Cielito, porque ya ve,  
que no sube a la cucaña  
el ministro Mandevil

que engañó a la Gran Bretaña.

Al fin el Gobierno inglés  
ha descubierto la embrolla;  
y a Rosas, y al Pastelero,  
les manda sumir la boya.

Cielito, cielo, mi cielo,  
cielito en el Miguelete,  
¿qué dirá de estas noticias  
nuestro paisano Alderete?

Ahora que el tal Mandevil  
le dice por fuerza a Brun ,  
que se largue y desensille,  
porque ya suena el rum-rum...

Cielito, que don Purvis  
nos regaló su Morcillo;  
y que a Rosas por soberbio  
piensa atracarle el lomillo.

Pues tiene a un rocín inglés  
enfermo de la vejiga,  
y piensa ir a Buenos Aires  
a pegarle en la barriga.

Digo, cielito, y así  
lo hará orinar a la fija,  
en cuanto le dé un galope  
y le golpié la verija.

Yo le aconsejo, señor,  
que si lo pilla alunao,  
le queme las carretillas  
con un fierro bien caldiao.

Cielito, cielo, velay,  
cómo curan los paisanos  
a los rocines con luna,  
que luego quedan sanos.

Cierto es que de la vejiga,  
hay animales muy viles;  
pero con cualquier paisano  
le hará orinar los cuadriles.

¡Ay, cielo!, y más abajito  
mande que le hagan cosquillas,  
y que le corten luego

el pelo de las ranillas.

Luego que lo cure así,  
y le haga apretar la cincha,  
móntelo, dele un rigor,  
lo verá cómo relincha.

Cielito, cielo, y después  
puede echarlo a Ingalaterra,  
que animales de esa laya  
no sirven en nuestra tierra.

Con que, señor comodó,  
yo soy suyo, mandemé,  
que en servirlo al pensamiento  
feliz me contemplaré.

¡Ay, cielo!, y por despedida,  
tan sólo le pediré  
que a Oribe le arrime bochas,  
¡sí acaso TIENE CON QUÉ!

### **Los payadores**

Sentados en rueda a la orilla de un fogón y al pie de las trincheras de Montevideo, cantando las trovas siguientes, se lamentaban tres mozos argentinos y payadores, en el mismo día en que, abandonando las filas del ejército rosín y sitiador a las órdenes del general Oribe (alias Alderete), se pasaron a las de los Defensores de la Plaza

ENTRERRIANO: ¡Ay!, ¡en el nombre del Señor!...  
a cantar va un entrerriano,  
ea, lengua no te turbes,  
en lance tan soberano-  
-en lance tan soberano;  
al tirano abandoné,  
ya estoy con los orientales,  
ya gaucho libre seré.

PORTEÑO: ¡Virgen mía de Luján!...,  
ayudá mi entendimiento  
y que el corazón se explique  
en este puro momento-  
-en este puro momento,  
y en esta conformidá  
ya vuelve un gaucho porteño  
a gozar la libertá-

CORRENTINO: A gozar la libertá...  
también vuelve un correntino.  
Atención pido, señores,  
al relatar mi destino-  
-al relatar mi destino  
en la Provincia oriental  
se acabaron mis desdichas,  
volvió mi felicidadá.

ENTRERRIANO: ¡Ay!, con el general Rivera...  
nos vemos en la ocasión  
libres de la tiranía;  
y de la infausta opresión  
-y de la infausta opresión  
nuestra patria libraremos,  
y hasta acabar los tiranos  
no lo desampararemos-

PORTEÑO: No lo desampararemos:  
me cautiva la afición,  
y al compás de un instrumento  
se lo digo en la ocasión-  
-se lo digo en la ocasión,  
soy gaucho fiel y porteño,  
y hasta ver la patria libre  
no he de salir del empeño-

CORRENTINO: No he de salir del empeño...  
hasta que no llegue el día  
de vengar mis padeceres;  
si Dios me presta la vida-  
-si Dios me presta la vida,  
y el arcángel San Miguel,  
voy a buscar a Lavalle  
para juntarme con él-

ENTRERRIANO: Ay!, para juntarme con él...  
Me aprisionó don Pascual  
trayéndome riguroso  
para esta Banda oriental-  
para esta Banda oriental  
nos ha traído ese mandón,  
de la suerte en que nos vemos  
en la presente ocasión-

PORTEÑO: ¡Ay!, en la presente ocasión...  
suelto al viento mis pesares,  
yo también vengo infeliz  
dende allá de Güenos Aires-  
-dende allá de Güenos Aires;  
yo era mozo acomodao,  
pero ahora por el tirano  
me miro tan desgraciao-

ENTRERRIANO: ¡Ay!, me miro tan desgraciao...  
Canta un triste correntino  
arrastrado de su tierra  
para seguir un destino-  
-para seguir un destino  
en contra de la opinión,  
para ponernos al fin  
en la triste situación-

ENTRERRIANO: ¡Ay!, en la triste situación...  
Entrando a considerar  
las desdichas de mi tierra,  
no me quisiera acordar-  
-no me quisiera acordar,  
pero es una sinrazón  
porque ya mi patria es libre  
y feliz en la ocasión-

PORTEÑO: Y feliz en la ocasión...  
La libertá de Corrientes  
muy clara se deja ver  
y lo publican las gentes-  
-y lo publican las gentes.  
¡Ea, lengua, no desmayes!,  
para cantar las vitorias  
del libertador LAVALLE-

CORRENTINO: ¡Ay!, del libertador LAVALLE  
suena el clarín de su fama;  
ansí al pronunciar su nombre  
el pecho se me hace llama-  
-el pecho se me hace llama;  
perdón pido al auditorio  
soy súdito de Lavalle,  
soy argentino notorio-

ENTRERRIANO: ¡Ay!, soy argentino notorio...  
Aquí entran los gustos míos;  
yo soy José Santos Vera,  
payador del Entre Ríos-  
-payador del Entre Ríos,  
que presumo en la ocasión  
presentármele a Lavalle  
general de la nación-

PORTEÑO: General de la nación...  
¡Viva don Frutos Rivera!,  
muera Rosas el tirano,  
Echagüe y Urquiza mueran-  
-Echagüe y Urquiza mueran,  
lo dice Pancho Morales  
porteño de los pasaos;  
y en las filas orientales-

CORRENTINO: Y en las filas orientales,  
¡vivan todos los franceses!,  
compañeros en la causa,  
liberales sin dobleces-  
-liberales sin dobleces,  
y sin más aspiración  
que hacer sucumbir a Rosas  
tirano, injusto y ladrón.

**Carta gauchi-refalosa escrita a ¡las últimas! por el mashorquero invernao, a su  
compadre y paisano el coronel mordedor Mariano Maza Violón**

¡Viva la Federación!  
¡Mueran los salvajes  
gringos!  
Buenos Aires, julio a  
20,  
del año cuarenta y  
cinco.

Al coronel mordedor Mariano Maza Violón.

Querido compadre amao;  
me alegraré que al recibo  
de la presente, ande vivo  
y no lo pillen turbao;  
yo no ando muy alentao,



ni su comadre tampoco;  
y así mesmo entro de poco  
tendremos que rebenquiar,  
y al quinto infierno iré a dar  
si acaso no me equivoco.

Digo al quinto, la verdá,  
porque los cuatro anteriores,  
que son sin duda los piores,  
están en esta ciudá:  
¡ni qué otro infierno tendrá  
más diablos que los que aquí  
tenemos con DOFODÍ,  
ULEY y un tal BORBOLÓN,  
y en ancas la INTERVICIÓN!  
¡Vea, pues, qué camuatí!

¡Ay, compadre!, ¡en qué pantano  
han caído hasta la encimera  
la Mashorca, la LEONERA,  
y el Sistema Americano!  
Ya pataliamos en vano:  
por un palo enjabonao  
se viene despatarrao,  
contra el suelo, Juan Manuel,  
como ha de caer atrás de él  
la mashorca, de contaó.

¡Ya sabrá de la morcilla  
tan tremenda y horrorosa  
de violín y refalosa  
que nos ha hecho Mascarilla!,  
y cuasi, cuasi lo pilla  
en ella al pobre BADANA:  
por fortuna en la jarana  
diz que Pascual se asustó,  
y al Paraná se azotó  
de un salto como una rana.

Allá en Entre Ríos, Paz,  
diz que lo topó a Garzón,  
y al primer arrempujón  
que lo redotó ahí no más:  
a Lagos también de atrás  
le salió la salvajada,  
y le han hecho una voltiada  
tan sumamente completa  
que allí ha estirado la geta  
todita la rosinada.

Todo es porque Juan Manuel,  
ser la América ha querido  
él solo, y se ha presumido  
que no hay más patriota que él.  
Veremos quién es aquel  
que al ilustre defensor  
lo cuartea por favor:  
o si al Gran Americano  
le pasa el manco la mano,  
y le atraca... ¡de mi flor!

Justamente el CORDOVÉS  
diz que anda bravo y alzaio,  
y que a rebenque doblao  
se nos viene de esta vez:  
y ¿sabe, amigo, quién es  
quien va a toparlo?... Mansilla.  
Adónde irá esa polilla,  
y hágase cargo ¿qué hará?,  
¡cuando día y noche va  
con el ojo a la tropilla!

Mientras que la montonera  
de Santa Fe y de Corrientes  
viene crujiendo los dientes  
por tirarse a la LEONERA,  
vea si se ha puesto fiera  
la custión en la presente:  
quiera Dios que no reviente  
con este tirón el lazo,  
y le hagan dar un culazo  
al héroe del Continente.

Pues si la carcamanada  
no afloja en la Intervición,  
y le dan un manotón  
al cojo viejo y su armada,  
o si la correntinada  
no se ahuga en el Paraná,  
y si ustedes los de allá  
no entran en Montevideo,  
Juan Manuel rueda, y no creo  
que lo alce la Caridá.

¿No ve a los cipotenciaros  
de Francia y de Inglaterra,  
echándola en esta tierra  
de salvajes unitarios?  
Vea no más lo contrarios  
que nos son los UROPEOS,

y al fin con sus lengüeteos  
como nos han traginao,  
por no haberlos desangrao  
asigún nuestros deseos...

Velay el inglés ULEY  
si es lerdo; y cuando se apió  
a muchos les pareció  
que era lo mesmo que güey:  
y ¿qué dice de la ley  
del francés MUSIOFODÍ?  
¡Ahijuna!, si es como ají,  
y tocante a Juan Manuel  
y a sungarlo en un cordel...  
a todo responde: güí.

Anda el infeliz Batatas  
atrás de esos ministriles,  
que se le caen los cuadriles  
y se le dueblan las patas:  
ansí mesmo, él sigue a gatas,  
pero es afanarse al ñudo,  
porque, amigo, ni el PELUDO  
tiene más concha y dureza  
que mala sangre y firmeza  
MUSIOFODÍ: ¡ah, hombre crudo!

Y en ancas musió LANÉS  
dende allá lo picanea,  
¡ah, diablo!... Maldito sea,  
ese salvaje francés:  
y ese otro almirante inglés  
que se llama don Inglicés.  
¡Ah, Cristo!... ¡qué par de chifles  
de dos cabezas hiciera,  
si entre mis uñas cogiera  
las dos de esos ALARIFES!

¡Oh!, quién pudiera enlazarlos  
siquiera por el cogote,  
y por un barrial al trote  
a la cincha revolcarlos,  
desnudos, y al aujerearlos,  
pisarles el costillar,  
y hacerles relampaguiar  
los ojos, como un novillo,  
cuando le atracan cuchillo  
que comienza a tiritar.

¿Y esa Legión italiana?

¡Ah, hijos de una gran!... Amigo,  
créame que los maldigo  
de la noche a la mañana;  
daría de buena gana  
todo cuanto he manotiao  
por pillarlos de este lao,  
y a uno por uno lonjiarlos  
vivos, y después echarlos  
de cabeza en el Salao.

¿Y a esos gauchos orientales  
y toda esa morenada?,  
¡quién la viese degollada  
como quien mira costales!  
¿Y a esos guardias nacionales?,  
¡quién los pudiera atrapar  
para hacerlos talariar  
en rueda la REFALOSA!,  
y luego atrás, ¡qué cosa!,  
¡entrarlos a desnucar!

Con los franceses, no sé  
lo que haría, mesmamente:  
porque, compadre, esa gente  
merece, quién sabe qué,  
pero, ¡por Dios!, creamé  
que un san Luis que había en casa,  
lo zampé en la olla de grasa,  
lo freí a mi gusto, y luego  
lo colgué y le pegué fuego  
delante de Nicolasa.

En fin, yo estoy aturdido,  
yo no sé lo que he de hacer  
desde que hasta mi mujer  
asustada ha mal parido.  
No hay mashorquero estreñado,  
no sé si es por la calor  
de Santa Fe y del VAPOR,  
porque al mesmo Juan Manuel  
los que platican con él  
le toman muy fiero olor.

Con que, será hasta otra vez,  
si Dios nos saca con vida  
de esta fatal embestida  
de LÓPEZ y el CORDOVÉS,  
a Bruno y a Juan Andrés  
y a su aparcero el pelao,  
réceles, que han espichao

al rigor de los salvajes,  
y ordene en estos parajes  
a su cumpa-

EL INVERNAO.

PODATA.

¿Sabe el refrán que anda aquí  
traído por la INTERVINCIÓN?,  
lo diré, con su perdón:  
«¡Vas a morder TONGORÍ!».

Los misterios del Paraná o la descripción del combate de Obligado

Bajada del Paraná. Diciembre 25 de 1545.

Mi querida Estanislada:  
he llevao un gran sustazo,  
pero, a Dios gracia, buenazo  
hoy me encuentro en la Bajada;  
aonde veo muy ñublada  
la causa de nuestro aquel,  
pues ya viene de tropel  
toda la correntinada  
y atrás la paraguayada  
a tragarse a Juan Manuel.

Ya ves, lo van apurando  
muy fiero al Restaurador,  
y sin duda a lo mejor  
lo han de sacar apagando:  
ve quien le viene apuntando,  
¡PAZ!, que con el Paraguay  
ha hecho una vaca, y la trai  
tan sumamente preñada,  
que a la hora menos pensada  
nos largan el vacaray.

¿Quién será ese paraguay  
que la echa de Presidente,  
y al héroe del Continente  
le ha atravesao el caballo?  
¡Ah, hijito!... ¡si será gallo!,  
Mesmo, ha de ser algún crudo  
que no echa panes al ñudo,  
y ha de traer un camuatí  
de más gauchos que maní:  
por eso es tan corajudo.

En ancas la extranjerada  
de estos malditos naciones,  
también tiene sus razones  
para andar endemoniada:  
y al lao de la salvajada  
se han recostao, de manera  
que nos tienen la tranquera  
tapada con barquería,  
y hasta Rosas desconfía  
de caer en la tapadera.  
¡Infeliz!, y nos decía:  
«si dentran al Paraná  
»van a morder: ¡Ja, ja, ja!,  
¡tramojos de batería!».  
¡Ah, gaucho!, ¡qué fantasía!,  
y tan morao, que de flojo  
no ha ido a ver, ni por antojo,  
sus castillos de Obligao,  
que los barcos le han dejao  
polviando como rastrojo.

El día que aparecieron,  
en cuanto los descubrimos  
de balde les sacudimos,  
mansitos se nos vinieron:  
y aguas arriba embistieron  
con la velería inflada,  
ocultando la güevada,  
redepente... ¡Virgen mía!,  
abrieron la aujurería  
y mostraron la nidada.

Traen en cada costillar,  
del pecho al cuarto trasero,  
de trecho en trecho un ahujero  
que parece palomar:  
¿Quién diablos iba a pensar  
que allí traiban los cañones?,  
y ahí mesmito en dos tirones  
los cargan y ¡bra... ca... tán!,  
¡Virgen mía de Luján!  
¡Que aguanten los cimarrones!

¡Ah, día amargo y fatal  
tuvimos en Obligao!  
Los gauchos, por de contao,  
peleamos a lo animal;  
y al fin hasta al general  
Mansilla lo machucaron,

porque hasta nos atracaron  
con metralla embotijada;  
así de la paisanada  
la mitá nos dijuntieron.

¡Ahijuna, gringos de ley,  
y diestros en los cañones,  
para largar botijones  
como cabezas de güey!,  
al primer bulto yo creí,  
¡como hay Dios!, que era un zapallo,  
pero bochó en un caballo...  
¡la pujanza... y reventó,  
y hecho tiras lo aventó  
a las pu... ntas de Ramayo!

¡Y qué barcazos! ¡Che! ¡Che!,  
tan morrudos nunca he visto;  
si había algunos, por Cristo,  
como de aquí a Santa Fe.  
¡Y tan muchos!, ya se ve,  
como en Uropa hay manadas,  
no andan con habas contadas,  
sino en puntas a la guerra  
de Francia y de Inglaterra  
los echan como yegudas.

Tres barcos ñatos venían,  
muy cosa extraña su laya,  
con ruedas y con hornalla,  
¡barajo!... ¡y qué estrago hacían!,  
no sé que diablos tenían  
arriba del espinazo,  
que hasta nos dieron humazo,  
y de yapa ¡Cristo mío!,  
chapaliando por el río  
nos largaban el bochazo.

Hubo hombre tan acosao  
de esos brutos, de manera  
que ganó una vizcachera  
por creerse más resguardao.  
¡Pero qué!, si era excusao  
andarse haciendo chiquito;  
así es que ahí mesmo, luego,  
vino un triunfo y reventó;  
y hasta el pelo lo tapó,  
después de limpiarle el pito...

Últimamente emplumamos,

porque era cosa insufrible  
la desventaja terrible  
con que ese día peleamos.  
Ni yo sé como aguantamos  
que Rosas así nos meta,  
y al botón se comprometa  
a pelear con los naciones,  
que de cuatro manotones  
lo han de aplastar por trompeta.

Si él hiciera un arrejón  
algún día, fuera bueno,  
pero siempre al cuero ageno  
se atiene ese baladrón,  
y ya ves en el montón  
de guerras que se ha empeñado,  
y que al cohete ha desafiado,  
al Brasil, al Uruguay,  
a Bolivia, al Paraguay  
y a Uropa por decontao.

Presume de ternejal,  
y no es más que presumido,  
que en siete años no ha podido  
ni con la Banda oriental;  
y eso, que de Portugal  
(dicen), y muy bien pudiera,  
que de miedo ¡ah, cosa fiera!,  
lo palanquean, y tal...  
porque puede cada cual  
tener el miedo que quiera.

Y como se ha titulao  
el héroe del Continente,  
¿quién sabe, allá cierta gente  
si de esto no se ha asustao?,  
y a la cuenta han opinao  
que al continente de allá  
la mashorca le entrará,  
y ésta al diablo lo acobarda,  
aunque ande con espingarda  
y con faca. ¿No es verdad?

Con todo eso, Estanslada,  
y como te iba diciendo,  
la custión se va poniendo  
para Rosas muy ñublada.  
Y mirá que destapada  
acá mesmo me ha hecho el Cura,  
que no es lerdo, y me asegura



que antes de entrar el otoño,  
si el Ilustre no alza moño  
le dan en la matadura...

¡Vieras al cura caliente  
rascuñando la sotana,  
hablar fiero esa mañana  
de Rosas únicamente!  
Me dijo a gritos: -«Vicente,  
demasiados desengaños  
hemos sufrido en quince años  
que ese diablo ha gobernao,  
y a su antojo ha degollao  
los suyos y los extraños.

»Ya es preciso abandonar  
la causa inicua de Rosas,  
y estas guerras desastrosas  
con él deben terminar:  
¡hasta cuándo hemos de andar  
matándonos entre hermanos,  
por caprichos inhumanos  
de ese tigre carnicero,  
que odea a todo extranjero  
y extermina a los paisanos!

»Por esto la Intervención  
lo quiere, y lo ha de apretar:  
no vos viene a conquistar...  
miente ese loco ladrón,  
sólo enfrenar su ambición  
es la razón que la trai;  
viendo que hasta al Paraguay  
quiere manotiarlo ya  
cerrándole el Paraná  
que le han abierto... ¡Velay!

»¿Ni por qué a un barco extranjero,  
le han de privar dende allá  
que ande por el Paraná?  
¿O es el río su potrero?  
Se engaña el gaucho muy fiero:  
las aguas del Paraná  
son también de propiedá  
de los pueblos costaneros,  
de balde los mashorqueros  
niegan esta realidá.

»Y estos pueblos, a la vez,  
por más que Rosas se aflija,

se le han de alzar a la fija  
colijiendo su interés.  
Luego, a estos puertos verés,  
que de Uropa en derechura  
se vienen con su fatura  
las gentes y barquería,  
y correrá pesería  
como haberá baratura.

»Pues cada ciudá a su duana  
sus reglamientos le hará,  
y sus derechos pondrá  
como le dé gusto y gana:  
y si hoy no vendemos lana  
ni a doce riales quintal,  
es cosa muy natural  
que habiendo mucho tragín  
se venda tanta, que al fin  
nos den por la libra un rial.

»De consiguiente vendrán  
a levantar poblaciones  
gentes de todas naciones,  
que sus familias trairán,  
y se desparramarán  
por los campos y ciudades;  
y hasta en las inmensidades  
de costas del Paraná  
dentro de poco no habrá  
desiertos ni soledades.

»¡Verás miles de artesanos,  
cuántas fábricas pondrán!,  
y en ellas enseñarán  
a nuestros hijos o hermanos:  
y en lugar de ejercitarnos  
en destruirnos cual lo hacemos,  
a trabajar nos pondremos  
para curar tantas ruinas;  
y sables y garabinas,  
¡al infierno arrojaremos!

»Y los gauchos en su hogar  
vivirán como unos reyes,  
al abrigo de otras leyes  
que entonces se han de formar:  
leyes que han de terminar  
la anarquía en que nos vemos,  
y a las cuales juraremos  
obedecer ciegamente.

Entonces, todos, Vicente,  
¡qué felices viviremos!

»Vos mismo, pongo por caso,  
topando en algún camino  
a un emigrao argentino,  
le has de soltar un abrazo,  
y has de decirle: ¡amigazo!,  
vámonos a divertir;  
y a la par han de salir  
a las yerras y carreras,  
aonde semanas enteras  
podrán los gauchos lucir.

»Pues los barcos de vapor  
y multitud de otras clases,  
traerán a estos Paranases  
prendas lindas de mi flor,  
y lo más fino y mejor  
en paño, lienzo y zaraza,  
que en cambio por sebo y grasa,  
nos darán más que de prisa:  
¡y hoy comprar una camisa  
mirá cuánto nos atrasa!

»Además, un barco de esos,  
para un flete o para un viage,  
por lejos que esté el paraje  
te lleva por cuatro pesos:  
porque no tiene trompiezos  
río arriba o río abajo;  
y sin tener más trabajo  
que echar humo y chapaliar,  
empezando a disparar,  
¡ni el diablo les pone atajo!».

¡Bien haiga el padre ladino  
y profundo en su razón!,  
atendé por conclusión  
con qué prosa se me vino:  
pues ponderando el camino  
de esos barcos, y la historia  
de la ventaja notoria  
que nos traí la intervinción,  
me largó esta relación  
que conservo en la memoria.

«Estos barcos concluirán  
(dijo) la obra de Cornejo

subiendo por el Bermejo  
desde el Paraguay a Orán;  
de allí a Salta anunciarán  
por los ecos del cañón,  
que por primera ocasión  
saludan a esas riberas  
las naves y las banderas  
de la... ci... vi... liza... yción!».

¡Voto al diablo!, ¡ahí me enredé  
en un terminacho al fin!,  
porque tiene un retintín  
que me cuesta ¡ya se ve!,  
pero te lo explicaré  
sigún yo lo he comprendido.  
El cura sólo ha querido  
decirme en esa expresión  
que va a llegar la ocasión  
en que no haiga hombre tupido.

De manera, Estanislada,  
que como al cura le creo,  
hoy mesmito me guasqueo  
a campiar la salvajada.  
Ya no quiero saber nada  
de Rosas ni de esa gente;  
pues deseo solamente  
vicharle a PAZ una oreja,  
verás qué cuento le deja  
a Juan Manuel..

TU VICENTE.

### **Cuentecito dirigido al regimiento de tiradores de nueva creación**

Mi coronel Gomenzor:  
el domingo muy contento  
lo vide a su regimiento  
que ha salido... ¡de mi flor!  
Maniobraron con primor,  
y se portó la mozada.  
¡Ah, cosa! ¿Y la oficialada?,  
esa es como ñandubay,  
y ya los verán por ahí  
si se ofrece una sabliada.

Con todo, se descuidó

ese día una mitá;  
y en cierta dificultá  
medio-medio... qué sé yo.  
En fin, eso ya pasó:  
no hay que trabarse, ¡cuidao!,  
ni mirar de medio lao  
por reparar a las mozas;  
¡miren que por esas cosas  
muchos hombres se han turbao!

¿O se hacen en la ocasión  
los que no saben marchar,  
como queriendo extrañar  
la garabina y latón?...  
Cuando hay en cada escuadrón  
de ustedes más veteranos  
que terneros orejanos  
hay desde acá hasta Corrientes;  
y se hacen los inocentes...  
¡No echen pelos, pues, paisanos!

Larguen no más el valor,  
porque saliendo a campaña,  
si la vista no me engaña  
tienen que entrar en calor:  
pues dice don Gomenzor,  
que pronto van a marchar,  
y entonces los va a mandar  
el coronel don Savedra;  
¿si dará fuego esa piedra?...  
¡Cuándo se ha de entreverar!

### **Media Caña salvaje del Río Negro**

Vámonos arrimando  
al Miguelete,  
que anda una bagualada  
con Alderete.  
Y aunque es rosina,  
como está muy hambrienta  
es muy dañina.  
Allá va don FRUTOS, con güena pionada,  
toda ¡de mi flor! para una voltiada.  
Tin tin por la Aguada,  
tin tin o el Cordón,  
señora Santa Ana,  
abuela de Dios.  
Ponémelo a tiro... a Maza Violón,

que lo pongo a parto al primer tirón.  
No me lo aflijas,  
que se le irá la cincha  
a las verijas.  
Hasta el viejo Frutoso  
viene resuelto  
a echarle un pial al Flaco  
de codo vuelto...  
Que lo quiere hacer  
en cuanto se le afirme  
revolcar y... per-  
...mita Cristo que no me le afloje;  
verán si lo quiebra aonde se le antoje.  
Tin tin de la Aguada,  
tin tin del Cordón,  
señor, no lo apure,  
que está delgadón.  
Prendale a la burra que es lo mesmo que a él  
y es como sacarle la panza y la hiel:  
pues se ha hecho mamón  
con tanta calentura  
en esta invasión.  
Golpiando las caronas  
viene Medina,  
recostando a los Blancos  
de garabina:  
Y sin compasión  
se los trai a rebenque  
desde San Ramón.  
Ahí viene Servando y el terne Melgar  
que a gatas de susto consiguió enfrenar.  
Tin tin de la Aguada,  
tin tin del Cordón:  
dicen que Melgar  
en esa ocasión,  
a pesar de ser tan degollador,  
se asustó tan fiero que daba temor...  
Y sin saliva,  
de susto, metió el freno  
patas arriba.

Cuando de acá de ajuera  
los apuremos,  
repúntenlos de adentro  
y nos reiremos.  
Que luego en montón  
nos voltiamos a toda  
la Federación.  
¡Ay, rubio del alma, Mariano Violón,  
a quien le tenemos tamaña afición!

Tin tin de la Aguada,  
tin tin del Cerrito,  
que no se te frunza,  
por Dios, Marianito.  
De balde presumes de tan yesquerudo,  
puede que te vuelvas medio tartamudo,  
llegado el día  
que te suelte los perros  
OLAVARRÍA.  
Encima del Cerrito  
que hicistes salva,  
ahí te quiere don Frutos  
pelar la nalga.  
Ya nos veremos,  
de aquí a unos pocos días  
platicaremos.  
¡Ánima bendita del dijunto Raña,  
háceme topar con ese lagaña!  
Tin tin de la Aguada,  
tin tin del Cordón,  
no importa que sea  
rosín ariscón.  
Con los tres-mariás lo he de sujetar  
y ahí no más luego... lo hago pataliar:  
eso a la fija,  
cuanto suelte las bolas  
de la manija.

¡Aguiar, Silva, Estibao,  
Flores y Luna;  
Olavarría, y Blanco  
el sin fortuna!...  
Vienen ganosos  
de ver si son los blancos  
tan rigurosos.  
A la refalosa de los federales  
traen la pegajosa estos orientales.  
Tin tin del Cerrito,  
tin tin al Cordón,  
hay unos pantanos  
que da compasión;  
y al fin del invierno se han de componer  
con tanta osamenta que tiene que haber  
de los rosines,  
que vamos a cueriar  
flacos y ruines.

Cuando Badana vino  
la vez pasada,  
y en Cagancha le dimos

una guasquiada,  
creo que apenas  
le quedó a Juan Manuel  
sangre en las venas.  
Pero de esta vez sucumbe Ciriaco,  
y le va a fundir todo su tabaco.  
Tin tin del Cerrito,  
tin tin de la Aguada,  
Oribe es la sota  
en esta jugada:  
y el Restaurador jugando, esta sota,  
juega contra el dos y queda en pelota,  
porque don Frutos  
se lo ha de echar en puertas  
fijo y sin sustos.

Hay cosas desgraciadas  
como esta invasión,  
que hasta la extranjerada  
le tiene aprensión...  
Pues en la ciudad  
se han armado naciones  
con temeridá:  
y ésta es buena gente-  
...porque como copla  
donde el uno apunta-  
...el resto se sopla.  
Tin tin de la Aguada  
tin tin del Cordón,  
los puebleros andan  
con mala intención:  
y si los morenos y los nacionales  
me los atropellan a los federales,  
¡Jesús te valga!,  
cuando Paz y la güeba  
del pueblo salga.

El rosín que se aparte  
de la manada,  
ese sale seguro  
a la carniada:  
Que en la presente  
nos vamos al pescuezo,  
muy suavemente.  
Peregil y chauchas-rábanos y choclos,  
zapallo, batatas-habas y porotos.  
Tin tin de la Aguada  
tin tin del Cordón,  
ya no hay más alivio  
que toro flacón.



Con que así rosines-  
...pónganse a sembrar,  
mientras los de afuera-  
...les damos lugar.  
Que ya las vacas  
las espantó Alderete  
con sus balacas.  
Vaya la despedida,  
que está lloviendo  
y se va la invasión  
humedeciendo.  
Y en este invierno  
ha caído en un barrial  
hasta el infierno,  
sable, tercerola, lanza y alfajor:  
y dele memorias al Restaurador.  
Tin tin que en la Aguada,  
tin tin y el Cordón,  
tiene empantanada  
la Federación.  
Amigo Alderete, la cosa está fiera,  
mire que lo pillá don Frutos Rivera;  
y en esta zurra,  
dicen que lo ha de hacer  
montar su burra.

Solicitud de Lucero a los señores que formaban en Montevideo la Comisión de Equipo, con la cual el gaucho debía entenderse para que le pagaran cierta cantidad que le adeudaba el Gobierno, quien recomendaba a Paulino para que fuera atendido por dicha Comisión

#### **A LOS SEÑORES COMISIONEROS.**

Caballeros los nombraos,  
Portal, Bustamante y Costa,  
de la Comisión angosta  
principales titulaos:  
ya que andan de aficionaos  
voraceando al parecer,  
¡qué Cristo!, vamos a ver  
si auxilian a un guacho flaco;  
pobre, infeliz, sin tabaco,  
ni cangallas que vender.

Yo sé que en la situación  
los que pueden aliviarme  
como también traginarme,  
solamente ustedes son:  
pues ya la gobernación

está bien enternecida,  
y a servirme decidida  
con la mejor voluntá,  
pero al mismo tiempo está  
enteramente fundida.

También sé de que en la hacienda  
el Ministro hoy los rejunta,  
y yo me largo en la punta  
a esperar en la trastienda:  
allí aguardo la tremenda,  
mesmito, y si salgo mal,  
de allí atropello al corral  
del Juerte, y sin alboroto  
voy de cabeza y me azoto  
en el pozo de Vidal.

P. LUCERO.

La primer montada a caballo que hizo Jacinto Cielo saliendo del Hospital

### **HOY YA ME LE ACOMODÉ**

Sabrán que el viejo FRUTOSO,  
que nunca se muestra ingrato,  
le dio para mí este flete  
al coronel Fortunato.

Por supuesto, es prenda mía,  
¡cuando el viejo me lo cobra!,  
y para boliar rosines  
tengo caballo de sobra.

¡Eh p... ucha, el pingo que está  
soberbio con la soltura!,  
pues como recién lo muento,  
un rayo se me afigura.  
Aflojarle es una gloria:  
ya ven, lo voy recogiendo,  
pues presumo que a Violón  
cerquita le voy midiendo.

¡Dos pares le he de prender,  
a un tiempo a ese baladrón!,  
y he de llevar a los tientos  
para Barcena otros dos.

Déjenlo que me aventaje  
ese mashorquero viejo;  
que ¿aónde diablos se me va  
si le aflojo al azulejo?

¡Y que se me iba con bolas!,  
¡y que aguantaba el sogazo!,  
¡y que al primer chaguarazo  
no sale haciendo cabriolas!

En fin, ya tengo salú  
y un pingo ¡superiorazo!  
¡Ya verán esas dos liendres  
si han de morir a este brazo!

Aprobación de Jacinto al nombramiento de sargento primero de una reunión de caballeros tertulianos del Revesino, en la cual el referido sargento era el jugador más aventajado en saber, como el más precaucional para llevar el caballo; mientras que el dueño de casa lo jugaba regularmente mal puesto, y así lo perdía, y luego se desagradaba en los términos que dicen los versos siguientes

### **SEÑORES REVEINSEROS.**

Aprobando el nombramiento  
de que es tan merecedor  
por diablo y por mosquiador  
el titulado sargento,  
afirmo con sentimiento  
que es ¡un gran camandulero!,  
y un jugador picotero,  
porque se araña y se muerde  
¡la gran pucha!, y cuando pierde  
grita más que un terutero.  
Sin embargo, lo aventaja  
alegando a lo cotorra  
otro que hace mazamorra  
revolviendo la baraja.  
Veremos si ahora se ataja  
y dice que no es verdá:  
pero, no lo negará,  
pues sabe la reunión  
que en comenzando el patrón  
rezonga a lo mangagá.

### **La extremaunción**

Patrón don  
Palemón,  
como es tiempo  
de fusión,  
creo que la  
repetición  
de esa  
antigualla composición  
vendrá muy al  
pelo en la situación.

La Extremaunción.

Montevideo. Agosto 6 de 1846.

Querido primo Ramón;  
no te cause admiración  
el tremendo notición  
que te doy de sopetón;  
y aunque su confirmación  
todavía está en embrión,  
no es cuento, ni es ilusión  
que, como una exhalación  
ha venido de Londón  
un vapor como el Gorgón,  
llamado Desvastación  
«dicen» que con la misión  
de concluir esta cuestión  
mediante una transacción;  
y que es fijo y de cajón  
que se acaba del tirón  
la guerra y la desunión.  
de hombres de toda opinión  
celeste, blanca o punzón.  
Yo, primo del corazón,  
siento tal satisfacción,  
que nunca tuve alegrón  
como éste, y por precisión  
creo que de esta ocasión  
concluirá la destrucción,  
la miseria y la aflicción  
de toda la población:  
y también la aspiración  
de cualquier bando o fación;  
si hacemos la reflexión,  
que nuestra infeliz Nación  
al concluir el pericón  
se halla sin ponderación

más pelada que un pelón,  
sin un solo patacón,  
por la sencilla razón  
que en esta revolución  
le han dado sin compasión  
¡tantísimo manotón!...  
los que tienen afición  
al suelo y al borbollón,  
y hoy echan tragos de ron  
a costa de una porción  
de hombres de mi condición,  
que soy paisano lerdón;  
y que en esta confusión,  
de pelearnos con tesón  
he tenido un apretón,  
y he vendido hasta el facón  
por yerba, pan o jabón:  
y que al fin en un rincón,  
con el suelo por colchón  
estoy sin medio y flacón,  
rotoso, sucio y barbón,  
contemplando un familión  
macilento y delgadón,  
y lamentando tristón  
¡tanta vaca y mancarrón  
que me han hecho humo al botón!  
Pero... pase el nubarrón.  
Vena la paz y la unión.  
Y, por San Pascual Bailón,  
y la Pura Concepción  
santos de mi devoción,  
que echo al infierno el latón  
y me afirmo a un azadón,  
gritando de corazón:  
¡viva, viva la fusión,  
y viva la constitución,  
y viva la intervención,  
y viva la Devastación!,  
que es ¡la última!, che Ramón,  
pues solo a su aparición  
y piadosa intercesión  
vamos a deber el don  
de la tranquilización...  
Aunque, ando con aprensión  
que antes de la conclusión,  
de balde estoy ariscón,  
después de tanto arrejón,  
que algún chumbo o perdigón  
me estire en un albardón,  
y patitieso y panzón

de ahí me tiren a un zanjón,  
como han tirado a un montón  
de criollos, que siempre son  
los pavos de la función,  
y espichan como un ratón  
sin paternóster ni Kirieleisón.  
Tu primo-José Hilarión.

Prevenición del periodista Jacinto, para recoger la suscripción de las primeras diez gacetas que publicó en Montevideo; advirtiéndose que debía cobrar al repartir el n.º 10, y que en el n.º 9 dijo al público, que desensillaría su caballo y no haría más gacetas, si no le pagaban corrientemente la primer suscripción.

### **Proclama de Paulino Lucero a sus suscritores**

Montevideo, a 25 de agosto de 1843.

Caballeros: -¿El decir  
diez y tarja, es afirmar  
que yo iba a desensillar?  
¡Valiente no colegir  
que tarjé para juntar!

Pero, los que no colijan,  
dirán: -¿Rejuntar el qué?,  
pues, señor, se lo diré:  
Aflojen, y no se aflijan,  
¡diez realitos!... ¡Oiganlé!

No aguanto más suscripción  
cinco pares de gacetas  
les he de largar completas,  
y en tocando a reunión  
lárguenme cinco pesetas.

Con que así, guarden la paja,  
y vénganse con el trigo,  
porque, clarito les digo,  
que me les voy a baraja  
si andan con güeltas conmigo.

Por lo demás, no hay cuidao,  
tengo más que escribaniar,  
que hay rosines que boliar  
dende aquí hasta el Otro lao,  
si los dejamos llegar.

Pues estando arremangao  
cualquier gaucho decidido,  
en la vida ha sucedido  
que eche al suelo su recaio  
sin montar lo que ha querido.

Súplica gaucha dirigida al ilustrado redactor del Comercio del Plata doctor don Florencio Varela, pidiéndole anunciara la publicación que se iba a efectuar del poema Paulino Lucero

### **SEÑOR RELATOR DEL COMERCIO DEL PLATA.**

Montevideo. Noviembre 14-1846.

Muy señor mío:  
Velay le mando, señor,  
a que lea mi argumento,  
que en este puro momento  
ha soltao el imprentor.  
Hágame pues el favor,  
usté que es hombre maestrizo,  
de pegármele un vistazo,  
y verá un pial de volcao,  
en que a Rosas le he largao  
la armada de todo el lazo.

Y si por felicidad  
le agradase mi versada,  
en su gaceta mentada  
avísele a la ciudá  
del modo y conformidá  
que el gaucho saldrá luego;  
ya que usté es el primerito  
a quien le largo este envite,  
a fin de que me acredite,  
si es su gusto, patroncito.

PAULINO LUCERO.

### **ADVERTENCIA**

En la siguiente composición Paulino Lucero es un gaucho correntino enemigo acérrimo de la tiranía de Rosas, que acompañó constantemente al general Lavalle, en clase de soldado, y fue uno de los bravos que salvaron el cadáver de su general de las impías manos del feroz don Manuel Oribe que, cual chacal hambriento y rabioso, escarbaba los sepulcros buscando la cabeza descarnada de aquel valiente infortunado. Después que sus fieles y esforzados compañeros pudieron, en tierra extranjera, darle la cristiana sepultura que le

negaron los tiranos de su patria, aquel puñado de héroes escapados del puñal de los verdugos de Rosas, se dispersó buscando su salvación en los países limítrofes. Lucero se refugió al fin en los campos del Cuaró, donde vivía a monte, siempre con la esperanza de que amaneciese un día de libertad para su patria. Así que supo que el general Urquiza había levantado su espada contra los tiranos, voló a la Provincia de Entre Ríos a ofrecerle sus servicios. En estas circunstancias es cuando se encuentra con su antiguo amigo Martín Sayago. La primera edición de este diálogo se hizo en Montevideo el año de 1846. En la segunda, publicada en 1851, salió enteramente refundido y aumentado; y ahora se reproduce así corregido.

### **Martín Sayago recibiendo en el palenque de su casa a su amigo Paulino Lucero**

MARTÍN: ¡AMIGO! De aquella loma  
que atrás del monte se ve,  
apenas lo devisé,  
dije: aquel mozo que asoma  
se me hace por la presencia  
ser el paisano Lucero;  
felizmente, aparcero,  
me ha salido...

LUCERO: A la evidencia:  
porque como nunca juyo  
de esta causa en el afán;  
y como dice un refrán,  
en un pie a tu tierra, grullo,  
cuanto el general Urquiza  
(a quien lo conserve Dios)  
pegó el grito: «vamonós  
contra Rosas», a la prisa,  
como es justa la contienda,  
por lo justo, al grito yo,  
decidido, del Cuaró  
me vine a tirar la rienda  
frente de Gualaguaychú,  
y al Uruguay me azoté  
y luego me largué,  
a saber de su salud.  
¿Y mi aparcera?

MARTÍN: Buenaza.  
siempre mentándolo a usted.  
Vaya, aparcero, apiesé;  
ya sabe que está en su casa,  
y no precisa...



LUCERO: Al momento  
velay refalo el recaio  
y me pongo a su mandao.

MARTÍN: Adelante: tome asiento.

LUCERO: Pues, mire, amigo Sayago,  
yo al venir me presumía  
que no me conocería  
al volver por este pago.  
Pero si usté a la fortuna  
es igual en la memoria,  
ya puede hacer vanagloria  
de conecedor: ¡ahijuna!

MARTÍN: Lo que yo estoy conociendo  
es que usté viene templao  
y como siempre alentao.  
Con que, váyame diciendo:  
¿diadónde sale?

LUCERO: ¡Chancita!  
De lejas tierras, cuñao,  
después de haberme troteao  
media América enterita:  
de suerte que de mulita  
ya nada tengo, ¡qué Cristo!,  
pues con las cosas que he visto  
en tanto como he andao,  
de todo estoy enterao  
y para todo estoy listo.

Pero, paisano Martín,  
yo creiba que su amistá  
con mi larga ausiencia ya  
hubiese aflojao al fin.  
Ya ve que ¡siete años largos  
sin vernos hemos pasao!,  
¡y cómo estoy de arrugao  
por tantos ratos amargos!...  
Así, yo hubiera apostao  
a que me desconocía,  
y que ni mentas haría  
de mí.

MARTÍN: Se había equivocado:  
y lejos de eso, aparcerero,  
tan presente lo he tenido  
que lo hubiera distinguido  
en el mayor entrevero.

Digo esto, en la persuasión  
que usted en la otra tremolina  
habrá andao de garabina,  
por supuesto, y de latón;  
sobre el pingo noche y día  
pegiando al divino ñudo,  
medio en pelota o desnudo  
y con la panza vacía.

Pero ya por estos pagos,  
lo mesmo que por su tierra,  
se anda por concluir la guerra  
y las matanzas y estragos:  
bajo la suposición  
de que no corcoviará  
Rosas, y se allanará  
a organizar la nación  
por el ORDEN FEDERAL,  
que Entre Ríos y Corrientes  
han proclamado valientes,  
y han de sostener... ¿qué tal?

LUCERO: ¡Muy lindo!... pero... veremos;  
porque ese Rosas, amigo,  
¡es tan diablo... pucha, digo!,  
¡cuántos males le debemos!  
Y aunque usted haiga forcejeao  
en otro tiempo por él,  
éste no es el tiempo aquel,  
y se habrá desengañao...

MARTÍN: ¿Forcejeao, dijo? Se engaña:  
por un deber he seguido,  
siempre medio persuadido  
que Rosas es un lagaña.

LUCERO: ¿Medio no más, aparcerero?,  
¿o se le hace rana el sapo?,  
¿a que si se lo destapo,  
se persuade por entero?

¡Es un tigre hasta morir,  
con unas garras que asusta!,  
y a ese respeto, si gusta,  
le explicaré mi sentir.

MARTÍN: ¡Pues no!, amigo: desde luego  
prosiga, y dele por ahí:  
y arme un cigarro, velahí,  
también voy a darle fuego.

LUCERO: No... deje estar... ¡Voto a bríos!  
¡Maldito sea el rocín!  
¡Por Cristo!, amigo Martín,  
he perdido los avíos.  
¡Ah, bruto!, ¡si ha corcoviao  
hasta cortarme la cincha,  
y todavía relincha;  
y mire, se ha revolcao!

MARTÍN: Tiene laya de buenazo  
y bellaco...

LUCERO: Sin piedá,  
pero de conformidá,  
que luego es ¡superiorazo!

Hoy cuasi me descompuso,  
porque en pelos me dejó,  
y ya también se volió,  
pero salí ¡como un huso!

MARTÍN: ¡Ah, gaucho!... Vení, Ramón;  
velay, agarrá ese overo,  
y acolláralo ligero  
al zaino viejo rabón.  
¿No será algún pescuecero  
su redomón, ño Paulino,  
que saque por el camino  
a la rastra a mi aguatero ?  
No le hace: andá y del tirón  
traite el mate y la caldera;  
vaya, hijito, y de carrera  
cébanos un cimarrón.

LUCERO: Pues, yo creí que usted viviera  
siempre en la otra población,  
y hoy al darle el madrugón  
me encontré con la tapera.  
Luego me pude informar  
de su salud y paradero,  
y en la cruzada al overo  
se le antojó retozar.

MARTÍN: ¡Voto-alante!, en fin ya ve,  
después de tanto rodar,  
me he conseguido afirmar  
siempre en la costa del Clé,  
donde en otro tiempo, amigo,  
cuanto rancho he levantao,  
lueguito me lo han quemao,  
como si fuera castigo:  
hasta hoy que como la rosa  
vivo y puedo trabajar  
con miras de adelantar,  
si Dios no manda otra cosa.  
Pues acá de varios modos,  
siendo los hombres honraos,  
todos viven sosegaos  
y ganan su vida todos,  
mediante la protección  
que el gobernador Urquiza  
al pobre que la precisa  
le presta de corazón.

Así, el hombre es bendecido,  
como bajado del cielo,  
después de tanto desvelo  
y atraso que hemos sufrido.

LUCERO: Que dure es lo menester,  
y pronto, amigo, verá  
que esta provincia será  
feliz como debe ser:  
porque la naturaleza  
y Dios mismo se ha esmerao  
en darle como le ha dao  
en el suelo su riqueza,  
corriendo la agua a raudales  
por sus ríos caudalosos,  
y de ahí sus montes frondosos,  
sus campos y pastizales.

Luego sus puertos y haciendas  
su trajín y producciones...  
¿No valen más estos dones,  
que ejércitos y contiendas  
sin término?, ¿y para qué?,  
para que al fin el tirano  
llegue a ser el soberano  
de estos pagos.

MARTÍN: Riasé  
del Supremo y de su antojo,  
pues para tal pretender,  
Rosas no debía ser  
tan ruin, tan malo, y tan flojo;  
ni debía ese asesino  
apoyarse en el terror,  
ni ser tan manotador  
como tacaño y mezquino.  
Así condición ninguna  
tiene, sino fantasía;  
pero, ya se allega el día  
de que se le acabe, ¡ahijuna!...

¡Qué distinto proceder  
tiene acá el gobernador,  
a quien el restaurador  
le debe todo su ser!

Usté lo verá, paisano;  
por supuesto, lo verá,  
y si ha visto (me dirá)  
hombre más liso y más llano.

Y verá con el empeño  
que protege al hombre honrao,  
sin fijarse en lo pasao,  
ni en si es de Uropa o porteño.

Porque su único sistema  
es perseguir los ladrones,  
pero que por opiniones  
ya ningún hombre le tema.

También verá el adelanto  
de nuestra provincia entera,  
y al cruzar por aonde quiera  
le parecerá un encanto:

Ver la porción de edificios  
que se alzan en todas partes  
para proteger las artes  
y diferentes oficios.

Luego en los campos verá  
las escuelas que sostiene  
la Patria, en las cuales tiene  
a hombres de capacidad:

Enseñando satisfechos  
y con esmeros prolijos  
a que aprendran nuestros hijos  
a defender sus derechos.

Y últimamente, paisano,  
si hay gobiernos bienhechores,  
quizá uno de los mejores  
es el Gobierno entrerriano.

LUCERO: ¡Qué primor! Así debía  
proceder todo gobierno  
veríamos que al infierno  
iba a parar la anarquía.  
Pero, desgraciadamente  
Rosas es tan envidioso,  
y tan diablo y revoltoso,  
que ya pretende al presente  
largarnos un buscapié  
para hacernos chamuscar,  
porque no le ha de agradar  
esta quietú; creamé.  
Pues la Libertá y la paz  
son dos cosas que aborrece,  
a punto que se estremece  
de oírlas nombrar nada más.  
A bien que le he prometido  
destapárselo enterito,  
y voy a hacerlo luego;  
¿quiere atender?...

MARTÍN: Decidido  
le prometo mi atención:  
que un hombre de su razón  
merece ser atendido.

LUCERO: Pues bien, amigo Sayago,

debajo de una amistad  
oirá con la claridá  
y la franqueza que lo hago.

No hablo como lastimao;  
menos como correntino:  
hablaré como argentino,  
patriota y acreditao,  
que nunca ha diferenciao  
a porteños de entrerrianos,  
ni a vallistas de puntanos,  
porque todos para mí,  
desde este pago a Jujuí,  
son mis queridos paisanos.

Y en el rancho de Paulino  
puede con toda franqueza  
disponer de la pobreza  
cualquier paisano argentino;  
pues nunca ha sido mezquino,  
y a gala tiene Lucero,  
el que cualquier forastero  
llegue a golpiarle la puerta,  
siguro de hallarla abierta  
con agrado verdadero.

Sólo aborrezco a un audaz  
que piensa que la nación  
es él solo en conclusión,  
y su familia, a lo más:  
y ese malevo tenaz,  
matador, morao y ruin,  
que ha promovido un sin fin  
de guerras calamitosas,  
no es una rana... ¡ése es Rosas!  
mesmito, amigo Martín,

que grita ¡federación!  
y degüello a la unidá,  
mientras que a su voluntá  
manotea a la nación;  
y en veinte años de tesón  
que mata y grita audazmente  
¡federación!, que nos cuente,  
¿qué provincia ha prosperao  
o al menos se ha gobernao  
de por sí federalmente?

Ninguna, amigo: al contrario,  
hoy miran su destrucción

y que en la Federación  
Rosas se ha alzado unitario,  
porque, a lo rey arbitrario,  
desde San José de Flores  
fusila gobernadores,  
niñas preñadas y curas,  
y comete en sus locuras  
otra máquina de horrores.

¡Vea qué Federación  
tan gaucha!, y yo le respondo  
que aunque soy medio redondo  
conozco su explicación,  
que consiste en mi opinión,  
en que los pueblos unidos  
vivan, y no sometidos  
a tal provincia o caudillo  
que les atraque cuchillo  
y los tenga envilecidos...

MARTÍN: ¡Ahijuna!...

LUCERO: No se caliente:  
deje estar que le relate.

MARTÍN: Siga, amigo: velay mate;  
velay también aguardiente.  
¡Barajo!... ¡qué relación!  
¡Ah, Rosas, si en este instante  
te topara por delante!,  
si hasta me da comezón...

LUCERO: ¡Viera, aparcerero Sayago,  
por esos pueblos de arriba,  
como he visto yo cuando iba,  
redotao por esos pagos!,  
¡qué mortandades, qué estragos!,  
¡cuánta familia inocente  
hasta hoy llora amargamente  
la miseria y viudedá  
que deben a la crueldá  
de Rosas únicamente!

Luego, el encarnizamiento  
con que a los hombres persigue,  
y los rastrea, y los sigue



lo mismo que tigre hambriento.  
Así es que he visto un sin cuento  
de infelices desterraos,  
y hombres que han sido hacendaos  
rodando en tierras ajenas  
y viviendo a duras penas  
pobres y desesperaos.

¡Y así pretende el tirano  
que el país esté sosegao,  
habiéndolo desangrao  
de un modo tan inhumano?  
Ahora, dígame, paisano:  
si a usted también lo saquiara,  
lo persiguiese y rastriara  
así con un odio eterno,  
usted desde el quinto infierno  
¿con Rosas no se estrellara?

MARTÍN: Seguro, hasta el fin del mundo  
como a pleito lo seguía,  
y hasta lo perseguiría  
de la mar en lo profundo.

Y a la prueba me remito  
en la presente patriada,  
yendo a darle una sableada  
allá en Palermo mesmito.

Y siendo tan revoltoso  
el paisano Juan Manuel,  
preciso es librarnos de él  
lo mismo que de un rabioso;  
y entre todos sin reposo  
dejándonos de pelear,  
lo debemos corretear,  
que dispare a lo ñandú  
y se vaya a la gran-pu  
y nos deje sosegar.

LUCERO: Y que deje de amolarnos  
con tanta guerra al botón  
que arma allá ese baladrón  
con miras de esterminarnos.  
Que acá para gobernarnos  
federal y lindamente,  
sin hacer matar la gente,  
pero haciendo prosperar

la patria, no han de faltar  
gobiernos como el presente.

MARTÍN: ¡Ah, gaucho sabio y ladino!,  
si es la ciencia consumada,  
y patriota más que nada;  
eche un trago, ño Paulino.

LUCERO: Vaya, amigo, ¡a la salud  
de sus pagos y los míos,  
y el GOBIERNO DE ENTRE RÍOS  
que nos ha de dar quietú!,  
¡y por la FEDERACIÓN!

MARTÍN: ¿La gaucha?...

LUCERO: No: ¡la entrerriana!,  
la linda, la veterana,  
que hará feliz la nación,  
hoy que su proclamación  
alza el general URQUIZA,  
diciendo: «¡Aquí finaliza  
todo el poder de un tirano,  
que el ejército entrerriano,  
va a reducir a ceniza!».

MARTÍN: Amigo, ahí tengo un changango  
que pasa de rigular,  
y ahora mesmo hemos de armar  
para esta noche un fandango.

Aunque ya no me acordaba  
que ayer, cuando iba al arroyo,  
mi Juana Rosa en un hoyo  
medio se sacó una taba.

Y hoy de mañana salió  
con la Nicasia en las ancas,  
y en aquellas casas blancas  
debe estar, presumo yo,  
haciéndose acomodar  
la pata que se le ha hinchao:  
pero así mesmo, cuñao,  
esta noche ha de bailar.

¡Y usted templando el changango  
saquémele hasta la frisa,  
a salud de don Urquiza  
federal lindo y de rango!

LUCERO: Lo haré por él, lo prometo;  
pues, si antes fui su enemigo,  
ahora de veras le digo,  
me ha cautivao el afeto,  
viendo el empeño completo  
con que llama a los paisanos  
para que se den las manos  
y se dejen de matar:  
así es que lo han de apreciar  
todos los americanos.

Y así, yo de corazón  
rendiré la vida a gusto  
en las filas de don Justo,  
sosteniendo su opinión  
de organizar la nación,  
hoy que el caso se presenta,  
para ajustarle la cuenta  
a ese tirano ambicioso,  
causal de tanto destrozo  
que nuestra patria lamenta.

Y a quien el mismo Entre Ríos  
le debe tantos atrasos,  
por las trabas y embarazos  
que antes le puso a estos ríos;  
creyendo en sus desvaríos  
Juan Manuel, que el Paraná  
era de su propiedad:  
y cuando le daba gana  
no entraba ni una chalana.  
¡Mire qué barbaridá!

Y a todo barco atajaba,  
sin más razón ni derecho  
que sacarle hasta el afrecho  
en tributos que cobraba:  
de otro modo no largaba  
a ningún barco jamás,  
y sólo a San Nicolás  
cuando más podían dir,  
pues sí querían subir  
los hacía echar atrás.

¡Qué diferencia hoy en día  
es recostarse a estos puertos,  
y verlos siempre cubiertos  
de purita barquería!,  
con tanta banderería  
y tanta gente platuda,  
que al criollo que Dios lo ayuda  
se arma rico redepente;  
lo que antes cuasi la gente  
andaba medio desnuda.  
Luego, en ganar amistades,  
¿acaso se pierde nada?...  
¿y con gente bien portada  
que nos trae comodidades,  
cayendo de esas ciudades  
de Uropa tantos naciones,  
a levantar poblaciones  
en nuestros campos disiertos,  
que antes estaban cubiertos  
de tigres y cimarrones ?

¿O debemos ahuyentar  
la gente que habla en la lengua?  
No, amigo, porque no hay mengua  
en que vengan a poblar;  
pues nos pueden enseñar  
muchas cosas que inoramos  
de toda laya: ¿a qué andamos  
con que naides necesita,  
si hay tanto y tanto mulita  
entre los que más pintamos?

Dicen que «la extranjerada  
(algunos no dicen todos)  
nos ha de comer los codos».  
¿Qué nos han de comer? -¡Nada!,  
podrán comer carne asada,  
cuando apriendan a enlazar;  
y no se puede negar  
que son muy aficionaos  
a echar un pial, y alentaos  
si se ofrece trabajar.

Allá en mi pago tenemos  
un nacioncito bozal,  
muchacho muy liberal  
con quien nos entretenemos;  
y al lazo le conocemos  
mucha afición de una vez.  
Y, ni sé qué nación es;

pero cuando entre otras cosas  
le grito: «piálame a Rosas»,  
se alegra y responde: ¡yes!

MARTÍN: Será el diablo! Pues aquí  
anda otro carcamancito  
que contesta a lo chanchito,  
y a todo dice: «güi, güi»,  
y ayer peló un bisturí  
de dos cuartas, afilao,  
y yo que estaba a su lao  
le dije: «¿para qué es eso?»,  
y él señalando el pescuezo  
nombró a Rosas, retobao.

LUCERO: ¡Pero, si es temeridá  
lo que el hombre es malquerido  
y putiao y maldecido  
en todo pago y ciudad!

Ya le dije, yo he corrido  
muchas tierras, y embarcao  
desde la mar del Callao  
hasta la Esquina he venido;  
y en Bolivia he conocido  
a hombres que no morirán  
de antojo, y le pegarán  
al Supremo una sumida,  
si Dios le presta la vida  
al general Ballivián.

Éste anda por Chuquisaca,  
y allá en Lima anda un Castilla,  
general, que si lo pilla  
a Rosas le arrima estaca;  
porque es liberal de a placa  
ese general limeño;  
y a todo gaucho abajeño  
que anda infeliz por allá  
en cualquier necesidá  
lo protege con empeño.

Así, yo vine prenda  
de otro general Torrijo.  
¡Ah, mozo!, un día me dijo,  
viéndome medio atrasao.  
«¿Muchacho, sos emigrao?».  
Sí, señor, le respondí.

«Pues tomá», y le recibí;  
y como quien no da nada  
ahí me largó una gatiada  
que luego la redetí.

Después en Chile, paisano,  
también me puse las botas,  
con muchos mozos patriotas  
que detestan al tirano;  
y el gobierno es tan humano,  
que a todos nos compadece,  
y dice que no merece  
Buenos Aires esa suerte,  
en que hoy se mira, y de muerte  
a Juan Manuel lo aborrece.

¿Y el general Virasoro?,  
¿y el ejército que manda?,  
¡por Dios!, le aseguro que anda  
contra Rosas, como un toro;  
y antes en manos de un moro  
caiga ese bruto asesino,  
que no en las de un correntino.  
Así, que ande Rosas listo,  
pues si lo pillan, ¡ah, Cristo!,  
¡infeliz de su destino!

Luego, en colmo de sus males,  
al Presidente su aliao  
ya lo tienen apretao  
veintidós mil imperiales,  
todos mozos ternejales  
que lo han de sacar muriendo,  
y todos, estoy creyendo  
como una cosa segura  
que por sacarle una achura  
a Rosas se andan lambiendo.  
Y en todo el género humano,  
no crea, ni le parezca  
que hay hombre que no aborrezca  
a Juan Manuel por tirano.  
¿Y en el Paraguay, paisano?,  
¡viera a los paraguayitos  
todavía mamoncitos  
que apenas andan gatiando,  
y ya se largan gritando:  
«¡que muera Rosas!»...

MARTÍN: ¡Ah, hijitos!

Ya además el Presidente  
es un quiebra, según veo,  
pues le ha pedido rodeo  
al héroe del Continente.

LUCERO: Sí, amigo, muy suavemente  
al principio lo ha palmeao,  
y ya lo ha redomoneao,  
hasta el verano que viene,  
que puede ser que lo enfrene  
y lo haga de su recajo.

MARTÍN: ¡Ah, cosa! Dios lo bendiga,  
y le dé su santa gracia.  
¡Che!, mire: ahí viene Nicasia  
con mi china. Pero, diga:  
¿se acuerda de Sandoval  
el payador?

LUCERO: ¡Cómo no!

MARTÍN: Un chumbo lo desnucó.

LUCERO: ¿Dónde?...

MARTÍN: En la Banda oriental:  
donde también por mi mal  
andando por esa tierra,  
cuando la maldita guerra  
en que Rosas nos metió,  
cuasi, cuasi, quedé yo  
estirao en una sierra.

LUCERO: Velay otra guerra, amigo,  
que hace Rosas al botón,  
de cuya desolación  
usted habrá sido testigo:  
y ¿qué oriental enemigo  
tiene Entre Ríos?, pregunto.  
¿A qué cargas, a qué asunto  
mandó allá a la paisanada?  
¿Sabe a qué, aparcerero? A nada;  
a peliar por él, por junto.

Cierto es que Frutos Rivero  
vino acá la vez pasada,  
porque allá la entrerrianada  
a él lo atropelló primero  
con don Pascual, que altanero  
se guasquió a Santa Lucía,  
pues de terne presumía,  
hasta que en una mañana  
le zurraron la badana:  
y que vuelva, ¡y qué volvía!

Y de ahí, Rosas se ha propuesto  
destruir la Banda oriental,  
que no le ha hecho ningún mal,  
¡mire si es hombre funesto!,  
y no alega otro pretexto  
que mudarle presidente:  
¿qué le importa que Vicente,  
o Pedro, o Juan o Tadeo  
gobierne en Montevideo?,  
¿no digo bien?

MARTÍN: Mesmamente.

LUCERO: Pues ya ve a los orientales  
matándose con horror,  
lo que es, amigo, un dolor,  
¡porque son tan liberales!,  
y hay mozos tan racionales  
entre uno y otro partido,  
que si ya no se han unido  
no es por rencor, creamé,  
es solamente porqué  
ahí anda Rosas metido.

Lo que antes, los orientales  
se daban cuatro sabliadas,  
y al tiro de camaradas  
quedaban todos iguales:  
mas hoy, con los federales  
quo Rosas les ha ingertao  
tan fiero los ha trenzao,  
que algunos ya lo coligen,  
y Dios permita y la Virgen  
que le hagan el cuerpo a un lao.

Dios lo permita, repito,



que se abracen como hermanos;  
porque, sin ser mis paisanos  
los aprecoo infinito;  
pues ya sabe, aparcerito,  
que yo me crié por allá,  
y así es con temeridá  
lo que esa gente me agrada,  
y esas hembras más que nada,  
porque son una deidá.

MARTÍN: ¡Oiganlé al cantor Lucero  
cómo se explica y se amaña!  
Pues bien, una media caña  
conciérteme, compañero.

Toda de amor enterita,  
que se alborote el hembraje  
con las coplas, y le faje  
hasta la madrugadita.

LUCERO: Media caña y cielo junto,  
será más lindo, aparcerero,  
y que yo duerma primero,  
porque... ya me siento en punto...

MARTÍN Echese, aunque Juana Rosa  
venía y se ha entretenido,  
y si lo pilla dormido  
quizá se muestre quejosa.

Pero ya que está templao,  
no hay que hacer caso, echese,  
que yo lo despertaré  
con un buen cordero asao...

Aunque, amigo, la patrona  
lo ha de querer agradar:  
déjeme, voy a carnar  
con cuero una vaquillona.

Y ya enderezó Martín  
rumbiando para el rodeo;  
y Paulino a su deseo,  
hizo estas coplas por fin.

Coplas de Cielito y Pericón que concertó Lucero para el fandango que armó esa noche Sayago

**A LA SALÚ DEL EJÉRCITO ENTRERRIANO Y CORRENTINO.**

Vaya para Rosas solo  
este cielo y pericón,  
pues a los demás rosines  
les toca de refilón.  
¡Ay, cielo de la Victoria!,  
cielito del Paraná...  
¡Oído! que ya la corneta  
tocó un punto alto en Cala.  
¡Atención!... En el campo  
tocan a montar.  
¡A caballo, soldados  
de la libertad!  
¡Guerra al tirano!  
Garabina a la espalda,  
sable a la mano.  
Ya brillan los corvos y las tercerolas:  
y lucen las lanzas... lindas banderolas  
de los valientes  
patriotas entrerrianos  
y de Corrientes.

Vamos a ver en Palermo  
si es garbosa la persona  
de ese general Vejiga,  
Juan Manuel Rosas Corona.

¡Cielito de la tristura!...  
con que se dice al remate  
que ese bruto es general  
por las campañas de ñate.

Cuando va al tranco esa maula,  
la panza le hace: ¡cla!, ¡cla!  
de aguachado, de bichoco  
y de barrigón que está.

¡Cielito!... y de precisión  
tenemos que adelgazarlo,  
para lo que vamos todos  
dispuestos a galopiarlo.

Él piensa de Tucumán,  
Salta, Córdoba y la Rioja,  
San Juan, Mendoza y San Luis,  
seguir con la cincha floja.

¡Cielito!... y por desengaño,  
pronto, tirano, has de ver,  
que entre todos, de un tirón,  
dos barrigas te han de hacer.

Y si nos facilita  
un tal Badana  
para cruzar el río  
cualquier chalana:

No hay necesidad  
de hacernos capiguaras  
en el Paraná.

Ya verás, ingrato, cuando la embestida,  
dónde aparecemos de una zambullida.

Y después de eso,  
¿no te da comezón  
en el pescuezo?

También quiero prevenirte  
de que el general Garzón  
va de un galope al Cerrito  
a echarle un ¡truco! a Violón.

¡Ay, cielo mío!... y después,  
si no te parece mal,  
le piensa pasar la mano  
al titulado Legal.

De balde te vas poniendo  
tan cumplido y tan blandón,  
tratando de hacer compadres  
a los de la Entreinención

¡Cielito de la sordera!  
Salí, Supremo lagaña,  
¿no ves que los Uropeos  
ya te conocen la maña?

Pues si el general Urquiza  
no te hubiese abandonao,  
atenido a él estarías  
mordedor y endemoniao.

¡Cielito!... porque en lo guapo  
sos enteramente igual  
a un perro bayo que tiene

en la estancia el general.

Dicen que en Buenos Aires,  
en la situación,  
se ha puesto redepente  
muy caro el jabón.

¡Qué calamidá!,  
¡cuando el Jefe Supremo  
tan jediondo está!

Dormite, morrongo, dormite, mi amor;  
dormítele Urquiza al Restaurador,  
y la pichona  
que pretende su parte  
en la corona.

Si Rosas mata al botón,  
le juega mi general  
a cuál de los dos resulta  
con más charque en el tendal.

¡Ay, cielo, y de la mashorca,  
si endurece la pandilla,  
lo que ha de tener de sobra  
Juan Manuel... será morcilla!

Y si Corona presume  
de un ejército infinito,  
el que de acá le larguemos  
no ha de ser muy peticito.

¡Cielito!... y ya los rosines  
deben saber que no es broma,  
que el ejército entrerriano  
como se las dan las toma.

También saben que no usamos  
echar de lejos balacas,  
ni peliar con los matrerros,  
ni robar pingos y vacas.

¡Ay, cielo!... pero si alguno  
medio a forcejear nos sale  
por sostener al tirano,  
¡a qué te cuento, más vale!

El diablo es que anda sonando...  
¡Cristo!, ¿si será verdá?,  
que el ejército rosín

lo debe mandar Biguá.

¡Ay, cielo!... de la barriga  
cómo vendrá el pobrecito,  
después que lo largue Rosas  
soplao hasta lo infinito.

¡Jesús nos favorezca,  
si viene Biguá!,  
y nos larga la inflada,  
¡qué barbaridá!

¡Cuando atropelle  
y que nos desenvaine  
tamaño fuelle!

Y traiga a los tientos las armas de Rosas  
fuelles y jeringas, vergas y otras cosas,  
con que en Palermo  
se divierte el Ilustre  
cuando está enfermo.

Velay, el sol aparece,  
y al escurecer la luna,  
¡miren cómo resplandece  
de los libres la coluna!

¡Ay, cielo!... digan conmigo:  
¡viva la Federación!,  
¡viva Urquiza y Virasoro!,  
¡y también viva Garzón!  
Con que, ¡diosito, paisanas!,  
que aquí concluye el cielito;  
y ya para mi escuadrón  
también me largo luego.

Cielito, y por conclusión,  
la más linda moza diga,  
si no me hace algún encargue  
para el general Vejiga.

Esta versada cantaron  
en el baile de Sayago,  
y al cantor de trago en trago  
esa noche lo apedaron;  
y, como lo calentaron,  
a lo mejor del bureo  
ahí les largó un bordoneo  
para llamar la atención,  
y las mozas con razón

le hicieron un palmoteo.

Luego, sacó a su aparcera  
la Juana Rosa a bailar,  
y entraron a menudiar  
media caña y caña entera.  
¡Ah, china!, ¡si la cadera  
del cuerpo se le cortaba!,  
pues tanto lo mezquinaba  
en cada dengue que hacía,  
que medio se le perdía  
cuando Lucero le entraba.

En fin, allá al aclarar  
se tocó la despedida,  
porque la gente rendida  
ya se comenzó a raliar.

¡Qué divertirse esa gente!,  
¡qué beber y qué bailar!,  
eso fue hasta rematar  
en el patio últimamente.

Y fue un fandango de humor,  
donde acudieron con ganas  
lindas mozas entrerrianas,  
que las hay ¡como una flor!

Luego Paulino y Sayago  
a la cocina surquiaron,  
en donde cimarronearon  
sin dejar de echar un trago,  
y en ese mismo momento  
Martín le dijo a Lucero:

-No se vaya a ir, aparcero,  
sin hacerme otro argumento  
como ese de la ramada,  
que fue cosa superior,  
aun cuando el Restaurador  
nos eche alguna putiada.

-¿Qué me importa que se enoje?,  
contestó el gaucho Paulino,  
si él sabe que correntino  
no hay ninguno que le afloje;  
con que así, monte, cuñao,  
vaya no más a campiar,  
que al volver me ha de encontrar  
pronto y listo a su mandao.

Relación, que del embarque, del viaje, y del fin trágico de la Arroyera, le fue remitida desde el campamento de Oribe al gacetero Jacinto Cielo, por su amigo Anastasio el Chileno, el cual andaba de bombero de los patriotas entre los sitiadores de Montevideo.

### **Isidora la federala y mashorquera**

#### **1.ª PARTE**

La Isidora regordeta  
se va a embarcar al Buseo:  
¡vieron con qué zarandeo  
va arrastrando una chancleta!

Que lleva un pie desocao  
de resultas de un fandango,  
en que le rompió el changango  
en la cabeza a un soldao.

Y en esa noche con Brun  
bailando la refalosa,  
anduvo poco mañosa  
queriendo hacerle el betún.

Sabrán que esta moza al fin,  
no es porteña, es arroyera,  
pitadora y guitarrera  
y cantora del Tin tin.

Que vino de la otra banda  
junto con los invasores,  
y que sabe hacer primores  
por todas partes donde anda.

Y que hace mucho papel  
como güena federala,  
pues su refriega en su sala  
con la hija de Juan Manuel.

En fin, dicen que esta dama  
del Miguelete se aleja,  
y a mis paisanas les deja  
los recuerdos de su fama.

También dicen de que al borde  
ha estado de perecer,  
y se quiere reponer  
porque ha perdido el engorde.

Pues no le asientan los pastos,  
y luego con la escasez  
que hay por ajuera, esta vez  
se ha fundido en hacer gastos.

Así es que bien trasijada  
se retira la infeliz,  
echando por la nariz  
como suero de cuajada.

Un ojo le lagrimea,  
del aire, dice Garvizo  
que para él es un hechizo  
otro que le centellea.

El andaluz se hace almiba  
por agradar a Isidora,  
que es muchacha seguidora  
y nunca se muestra esquiva.

Así es que a la despedida  
la acompaña una patrulla,  
marchando sin hacer bulla  
como gente dolorida.

Pero la Isidora marcha  
sin demostrar sentimiento,  
con un semblante contento  
y más fresca que la escarcha.

Lleva el rebozo terciado,  
airoso, a lo mashorquera,  
y en la frente de testera  
luce un moño colorao.

Marcha con aire gitano,  
y una mano en la cadera,  
que sacude sandunguera  
con un garbo soberano.

Para lucir los encajes,  
viste a media pantorrilla  
un vestido de lanilla  
colorao y sin follages.

Ella no gasta bolsita  
como gasta una pueblera;  
pero carga una jueguera  
y también su barajita.



Todo el cortejo se empeña  
en complacerla al partir,  
pero ella se quiere dir  
y a todo vicho desdeña.

Casi se cai de barriga  
el cirujano, en mala hora  
se le cayó a la Isidora.  
el cuchillo de la liga...

Que lo levanta el galán  
trompezando, y cariñoso  
se lo presenta gustoso  
a la prenda de su afán.

La Isidora lo recibe,  
y exclama: -¡Cristo me valga!,  
antes perdiera una nalga  
que no esta prenda de Oribe.

Con la cual he de volver  
y a todas las unitaria,  
de balde han de ser plegarias,  
yo las he de componer.

¿Ha visto, dotor tuertero,  
estas zonzas de orientalas,  
que a todas las federalas  
nos tratan como a carnero?

Esas mismas que ahí están  
faroliando en el Cerrito,  
y haciéndole asco al moñito,  
no sé lo que pensarán.

Pues mire, ¡a fe de Isidora,  
me voy con sangre en el ojo!,  
y he de volver por antojo  
con mi comadre Melchora.

Y a toda la que se piensa  
que me ha de andar con diretes,  
le he de cruzar los cachetes  
y le he de cortar la trenza.

¡Moño grande! que se vea,  
se han de poner a la juerza:  
y a la que medio se tuerza  
se lo he de pegar con brea.

¡Caray!, si me da una rabia  
el ver que a mí, ¡a la Isidora!,  
quieran ganarle a señora  
porque tienen mejor labia.

¡Y porque gastan corsé,  
y gorras a la francesa,  
ni levantan la cabeza  
a saludar! -Ya se ve...

Aún no están acostumbradas  
a la mashorca y tin tin,  
pero de todas, al fin,  
me he de reír a carcajadas.

Deje no más que entre Oribe  
y tome a Montevideo,  
que hemos de tener bureo  
como Rosas me lo escribe.

Con que ansina, dotorcito,  
a todas digamelés,  
que he de volver otra vez,  
¡que me anden con cuidadito!

En esta conversación  
hasta la playa llegaron,  
y en el momento mandaron  
los rosines un lanchón.

Era preciso llevarla  
cargada para embarcarse,  
por no dejarla mojarse,  
que eso podía resfriarla.

Entonces de la cadera  
se la prendió el andaluz,  
y ella le gritó: ¡Jesús!  
¡No me ruempa la pollera!

Con todo, se la echó al hombro,  
y hasta el lanchón la llevó;  
y al dejarla suspiró  
el tal Garvizo, ¡qué asombro!

Con que ansina desde ahora  
es bueno que se prevengan,  
y las orientalas tengan  
¡cuidado con la Isidora!

**2.<sup>a</sup> PARTE**

Por un duende que ha venido  
y que estuvo en lo de Rosas,  
esta y otras muchas cosas  
diz que Anastasio ha sabido.

Porque me escribe el chileno,  
con respeto a la Isidora,  
de que tuvo la señora  
un viage pronto y muy güeno.

Pues la tarde del embarque  
alzó moño la Palmar,  
y a Güenos Aires fue a dar  
con la Arroyera y su charque.

Y con viento rigular  
amaneció la Boleta,  
frente de la Recoleta  
aonde empezó a sujetar.

Por supuesto, en la cruzada,  
la muchacha se almareó,  
y cuasi, cuasi largó  
la panza y la riñonada.

Pero le dieron giniebra,  
que cura la indigestión;  
y diz que sopló el porrón,  
y se lo limpió de una hebra.

Luego lo ofrecieron té;  
pero ella dijo: -No quiero  
ningún remedio extranjero,  
como no sea el culé...

¡O mate de manzanilla  
junto con flor de mosqueta,  
que cuando estoy indijesta  
me asienta a la maravilla!

Quién sabe al fin si tomó  
a bordo esa medicina;  
pero luego en la cocina  
de golpe se amejoró:

Comiéndose allí una tripa  
que le brindó el cocinero,

con más de medio carnero  
y de galleta una tipa.

Últimamente llegaron  
hasta dentro con el barco,  
y en lo más hondo del charco  
a sogá larga lo ataron.

Y al echar un bote al río  
le dijeron a Isidora:  
Venga a embarcarse, señora,  
con su petaca y su avío.

Mesmamente la embarcaron  
en la culata del bote,  
y más ligero que al trote  
hasta la orilla llegaron.

De allí la montó a babucha  
un marinero fornido,  
que llegó a tierra rendido  
y soltó a la camilucha.

Cuando llegó un adecán  
flauchoncito y muy viejazo,  
que al soltarle ella un abrazo,  
le dijo: ¡Che, Corbalán!

¿Cómo estás?, ¿y Juan Manuel?,  
¿siempre con salud? Contamé,  
o más bien acompañamé,  
voy a platicar con él.

¡Isidora de mi vida!,  
díjole el viejo moquiando;  
¡pues no!, vamos disparando  
y que seas bien venida.

Y ya también la sacó  
de bracete acollarada;  
que salió medio trabada  
desde el punto en que partió.

¡Qué de noticias traerás  
(le dijo) de esos parajes!  
Y ¿se aguantan los salvajes  
Rivera y el manco Paz?

Nada te puedo contar  
ahora, dijo la Arroyera,

pues se me anda la vedera  
y ya me voy por echar.

Apurate por favor:  
vamos ligero, viejito,  
y lleguemos, hermanito,  
a lo del Restaurador.

Llegó la yunta, y adentro,  
en la puerta de la sala  
ya tuvo la Federala  
su primer feliz encuentro.

Pues salió la Manuelita,  
y en cuanto la devisó,  
luego vino y se abrazó  
de firme con su amiguita.

Queriéndosela comer  
con los besos que le dio,  
hasta que le preguntó:  
-¿De dónde salís, mujer?

¡Mirá que sos una ingrata!,  
pues ni de mí te acordás  
queriéndote mucho más  
que lo que me quiere tata.

-Salí, porteña pintora,  
federala zalamera;  
que si yo no te quisiera,  
velay, (dijo la Isidora)...

No te trujera esta lonja  
que le he sacao a un francés,  
para vos, ahí la tenés:  
esto es querer, no lisonja.

Así es que me acuerdo yo,  
tomá, y dejate de quejas;  
júntala con las orejas  
que Oribe te regaló.

-Ya no las tengo, hermanita,  
le respondió la pichona,  
pues como eran cosa mona  
se las regalé a tatita.

Ahora mesmo las verás  
en su cuarto, adonde tiene

todo lo que lo entretiene:  
vení, mujer, te reirás.

Entonces se despidió  
Corbalán de Isidorita:  
que a un tirón de Manuelita  
para el cuarto cabrestió.

Se colaron, ¡Virgen Santa!,  
en ese cuarto que espanta  
de pensar que vive en él  
el tirano Juan Manuel,  
restaurador de las leyes,  
entre geringas y fuelles,  
puñales, vergas, limetas;  
armas, serruchos, gacetas,  
bolas, lazos maniadores  
y otra porción de primores;  
pues lo primero que vio  
Isidora en cuanto entró,  
fue un cartel,  
con grandes letras sobre él,  
y una manea colgada  
de una lonja bien granada:  
y el letrero  
decía así: «¡Ésta es del cuero  
del traidor BERÓN DE ASTRADA!,  
¡lonja que le fue sacada  
por unitario salvaje,  
en el paraje  
del Pago Largo afamado,  
donde fue descuartizado!  
-Con razón:  
por malvao y salvajón,  
dijo la recién venida.  
Y en seguida,  
miró encima de una mesa,  
y entre un nicho, una cabeza  
cortada,  
y con la lengua apretada  
mordida,  
y la vista ennegrecida  
y con rastros de llorosa.

Al pie tenía una losa  
escrita, y decía así:  
«¡Zelarrayán!  
Los salvajes temblarán  
cuando se acuerden de ti».  
-¿Pues no?,

la Arroyera dijo, y vio  
ahí no más, en seguidita,  
colgada en una estaquita  
una cola o cabellera,  
y al preguntar de quién era  
pudo ver sobre un papel  
esta letra: «¡De Maciel!».  
Ésta es la barba y bigote,  
que con lonja del cogote,  
le manda al Restaurador:  
Oribe, su servidor.  
-¡Qué bonito,  
dijo Isidora, el versito!

Y agarró  
un puñal, que reparó  
en diez o doce que había,  
que sobre el cabo tenía  
en la chapa este letrero:  
«Yo soy el verdadero  
recuerdo, en homenaje  
del infame salvaje  
Manuel Vicente Maza.  
Si salgo de esta casa,  
¡tiemble algún presidente  
que no sea obediente,  
y altanero se opongá  
cuando Rosas disponga!».  
-Qué receta para Oribe,  
dijo Isidora, que vive  
sirviéndole a Juan Manuel,  
y queriendo hacer papel  
de Presidente legal,  
cuando en la Banda oriental  
tan sólo el Restaurador  
debe ser amo y señor,  
aunque el diablo se sacuda  
las OREJAS... ¡Ah, mujer!,  
haceme al momento ver  
las de Borda: ¿dónde están?,  
¿qué sequitas no estarán?  
Entonces la Manuelita  
las sacó de una cajita,  
y cuando se las mostró,  
la gaucha las escupió,  
y pensó hacer otras cosas,  
pero en esto dentró Rosas  
en camisa y calzoncillos  
golpiándose los tobillos,  
con la cabeza amarrada,

una cara endemoniada,  
y en la cintura una verga.  
Tendió en el suelo una jerga,  
puso al lado una botella,  
y se acostó cerca de ella  
sin soltar una expresión...  
y cuál fue la confusión  
de Isidora y Manuelita  
al sentir que su tatita  
redemente dio un bramido  
como tigre enfurecido,  
y echando espuma se alzó,  
y estas palabras soltó:  
¡En la Horqueta del Rosario!  
¡Flores... salvaje unitario!  
¡Núñez, salvaje traidor...!  
Entonces le dio un temblor,  
y rechinando los dientes,  
y con gestos diferentes:  
¡asesino!, le gritó  
a Isidora; y la mandó  
degollar con sus soldaos,  
que acudieron asustaos.  
Cayó entonces desmayada  
la Arroyera, y arrastrada  
fue por dos indios; y al rato  
degollada como un pato.  
Cuando la iban a matar,  
Manuela se echó a llorar  
a los pies de Juan Manuel,  
suplicándole; pero él  
dijo: «¡Muera la ovejona!,  
pues, si no, sale y pregona,  
que ya tengo convulsiones,  
de ver que los salvajones  
se lo limpian a Alderete;  
y después, que lo sujete  
el demonio al Pardejón,  
que viene, y en un cañón  
de taco me hace meter,  
y ahí no más lo hace prender;  
cosa que en cuanto reviente  
¡a los infiernos me avenge,  
donde con vergas y fuelles  
vaya a restaurar las leyes!...».  
Luego pidió una botella  
de bebida, y se arrimó  
a Isidora; la miró,  
y de ahí se sentó sobre ella.  
¡Fría estaba y desagrada!,



pero Rosas, con todo eso,  
se agachó, le pegó un beso,  
y largó una carcajada.  
Luego acabó de beber  
muy ufano, y se paró,  
y a los indios les gritó:  
«Saquen de aquí esta mujer;  
llévenla a la sepultura;  
vamos, prontito, al instante,  
y que venga y la levante  
el carro de la basura».  
Así la triste Arroyera  
un fin funesto ha tenido,  
sin valerle el haber sido  
FEDERALA Y MASHORQUERA.

Anastasio el Chileno.

Agachada o cuchufleta satírica de un gaucho salvaje, dirigida a un almirante que les ofreció garantías de completa seguridad a los argentinos que se sometieran a Rosas

Estos versos a la paz,  
los larga un gaucho voraz.

A decir cuatro verdades  
va un miliciano oriental:  
que cuando es pura y cabal,  
no tiene dificultades  
ningún gaucho liberal.

Es ruindá que en la contienda  
de Rosas y el almirante,  
pierda el francés el aguante,  
pues sin tirarle la rienda  
lo han sujetao al instante.

A la cuenta don Macó  
será mozo asustadizo;  
pues Batata como quiso  
la mashorca le atracó  
cuando lo vio espantadizo.

Pues mire... los orientales,  
a pesar de sus trataos  
no andamos muy asustaos;  
aunque usted y los federales  
se vengan acollaraos.

Ya verá que sin vapores,  
el Viejo Frutos Rivera

no deja ni polvadera  
de los dos Restauradores,  
sin hacer tanta humadera.

¡Ah, hijo de... Dios!, ¡quién diría!  
que el almirante Macó  
de Uropa se nos apió  
a poner carbonería,  
y Rosas se la fundió.

Así es que la francesada  
patriota y de calidá,  
al ver tamaña ruindá,  
está toda endemoniada,  
y habla con temeridá.

Y dicen que si Macó  
tan fiero pudo ladiarse  
y a Rosas arrecostarse,  
los demás franceses no  
son capaces de humillarse.

Bien puede un ruín capataz  
hacer cuerear la manada,  
será de él la cochinada;  
sin que deba ser jamás  
descrédito a la pionada.

En fin, el Restaurador  
ahora andará más holgao,  
pues dicen que ha retozao  
a su gusto en un vapor  
que el Barón le ha regalao.

¡Qué Cristo!, de aquí a unos días,  
por diciembre, cuando más,  
le hemos de salir de atrás  
cobrando las galantías  
que nos promete en la paz.

Pero el diablo es que LAVALLE  
se ha de querer empacar:  
a bien que lo va a buscar  
Batata, y adonde lo halle;  
diz que lo va a desarmar.

¡Valientes americanos,  
paisanos de toda laya!,  
antes que Macó se vaya,  
le haremos ver que un tirano

a ningún libre avasalla.

¡Vencedores de Cagancha!,  
¡valerosos del Yerúa!  
Rosas nos aguarda allá,  
pues presume que en su cancha  
medio nos aguantará.

¡A las armas, argentinos!,  
vamos juntos a peliar,  
que hasta morir o cueriar  
al salteador asesino,  
¡naides debe recular!

Él piensa que en desunión  
nos ha pillado la paz.  
¡Ah, bruto, ya lo verás!,  
¡si al primer atropellón  
no te boleamos de atrás!...

¡Degollador afamao!  
ni tu compradre Macote  
te ha de valer; del cogote  
el día menos pensao  
te hemos de sacar cerote.

JACINTO EL GAUCHO.

A la tramoya de la Intervención conjunta representada por los ministros europeos, mister Gore y monsieur Gros

**SEÑOR EDITOR DE LA GACETA DEL CONSERVADOR.**

Trincheras de Montevideo, a 25 de julio de 1848.

Ando ganoso, patrón,  
y con la alma atravesada  
por largar una ensilgada  
amarga hasta el corazón:  
y cuando formo intención,  
nunca, en la vida me encojo;  
así, con sangre en el ojo  
voy a llenar mi deseo,  
porque soy gaucho y no creo  
jamás morirme de antojo.

Sólo espero, patroncito,  
para ingertar mi versada,

que en su gaceta mentada  
usted me haga un lugarcito:  
y ya verá qué cielito  
por prima alta y bordoneo  
le canto a cada Uropeo  
de Francia y de Ingalaterra,  
de los que han caído a esta tierra  
a embrollarnos, según veo.

Eso sí, los invernaos  
no entrarán en la voltiada,  
a pesar que en la manada  
hay bastantes desalmaos;  
que ya los tengo marcaos,  
para algún día si acaso  
prenderles como de paso  
a media espalda no más,  
y cuando mucho de atrás  
hacerles cimbrar el lazo.

Luego, patroncito, intento  
escribir a lo paisano,  
y en estilo americano  
decir todo lo que siento:  
y formarle un argumento  
a la Entrivención cojunta,  
y agachármele en la punta  
a la misión Gore-Gros,  
y probar entre los dos  
cuál es el peor de la yunta.

Con que así, voy a esperar  
siempre ganoso, ya sabe;  
y en cuanto usted me haga un cabe  
le empezaré a menudiar,  
hasta hacerle calentar  
a la yunta las orejas,  
y echando al aire mis quejas,  
a esos maulas tratadores  
les diré cuatro primores  
y sabrán quién es...  
¡CALLEJAS!

Presentación gaucha que a fuer de letrado la escribió el gacetero Jacinto Cielo para un compañero suyo, el cual habiéndose presentado antes al Gobierno, solicitando el pago de algunos pesos que le debían, en la primer solicitud le recayó el decreto de Ocurra oportunamente. Por consecuencia, ocurrió segunda vez en circunstancia que en Montevideo circulaba con mucha validez la noticia de que ya estaba en camino para el Río

de la Plata una fuerte expedición de tropas francesas de desembarco, y una poderosa escuadra naval al mando del almirante Debourdieu, quien además venía trayendo dos millones de pesos fuertes para auxiliar al Gobierno de Montevideo; noticia de la que se burló el abogado gaucho como se verá más abajo: advirtiéndose que la siguiente representación fue escrita y presentada el Lunes Santo de 1818 cuando el ejército de la plaza sitiada se mantenía a porotos, fariña y bagres barrigones

**Al excelentísimo señor Gobierno.**

Montevideo. Marzo 26 de 1846.

Señor, me le hago presente  
en un grandísimo aprieto,  
atenido a su decreto  
de: OCURRA OPORTUNAMENTE.  
Siento serle impertinente,  
pero más siento el andar  
sin tener ni qué pitar,  
y flaco y aniquilao,  
porque ya no me ha quedao  
ni a donde ir a churrasquiar.

En ancas, mi muchachada  
ya sin alivio ninguno  
de tanto comer de ayuno  
se encuentra como soplada,  
y del todo resabiada  
porque se aventan y se hinchan,  
a pesar de que los cinchan,  
al comer porotos viejos:  
así al verlos desde lejos  
todos mis hijos relinchan.

¡Vea, pues, mi situación  
en esta Semana Santa!,  
cosa que ya me quebranta  
el alma y el corazón.  
Así me afligen, patrón,  
ansias y penas ¡morrudas!,  
a que se agregan las dudas  
que hasta el domingo tendré;  
por las que me encerraré  
hasta que cuelguen los Judas.

Pues sería ¡la infinita!,  
que me atrapasen, señor;  
por lo que me hará el favor  
de arreglarme mi cuentita:  
pues todo lo facilita  
una buena voluntá;

y en esta conformidad  
espero que vuecelencia  
se ablande por mi ocurrencia  
tan en oportunidad.

Y en saliendo de mi apuro,  
le haré unas coplas después  
al almirante francés  
ese tal don Sepeduro:  
al mesmo que de seguro  
lo aplastará otro Musiú  
don no sé qué LAMORDIÚ  
que para pascua vendrá,  
o para la Trinidad,  
con la escuadra de Mambrú.

Con que, si me quiere armar,  
lárgueme cualquier papel,  
que, si yo puedo, con él  
al diablo lo he de ensartar:  
y al infierno irá a cobrar  
si falla la Intervinción;  
y si no falla, patrón,  
los riales que ahora me dé  
no le harán falta, porque  
¡ahí le vendrá el BORBOLLÓN!

Excelentísimo señor.  
PERUCHO EL ZURDO.

Carta particular que le dirigió el compañero de Jacinto al señor ministro de la guerra solicitando hablarle para recomendarle la presentación de la Semana Santa

### **SEÑOR MINISTRO Y PATRÓN**

Sudo en vano y lo rastreo  
deseando acercarmelé,  
y al fin ya me encuentro a pie  
sin conseguir mi deseo:  
pues de vuecelencia creo  
que al ver mi traza infeliz,  
y que como una lumbriz  
encojo el cuerpo o me estiro,  
por no ponérseme a tiro  
juye y se me hace perdiz.

Así, hay un refrán muy cierto,  
y es cosa muy verdadera,

que en el Juerte y donde quiera  
hombre pobre jiede a muerto:  
por eso es que yo no acierto  
a medio hablarle; y lo pior  
es que, como hace calor,  
el gaucho ni bien se allega  
vuecelencia de una legua  
juye al tomarle el olor.

PERUCHO EL ZURDO.

Diálogo que tuvieron, en el campamento del general don Manuel Oribe, los soldados porteños Ramón Contreras y Salvador Antero, a los ocho meses después de puesto el sitio a Montevideo

Montevideo, 1849.

Contreras recibiendo a su amigo SALVADOR.

RAMÓN: ¡Por fin vuelve con salú  
el paisano Salvador!  
¿Ha visto, amigo, qué helada,  
y frío que da temor?

SALVADOR: ¡La p... ujanza en el invierno  
que nos trata con rigor!,  
como a gente forastera;  
¿qué dice, amigo Ramón?

RAMÓN: ¡Qué he de decir, voto al diablo!,  
que como por cernidor  
se cuele en el poncho el frío,  
y este barrial que es lo pior.

SALVADOR: Pues, amigo, no hay remedio  
en la presente ocasión,  
sino sufrir sosteniendo  
a nuestro Restaurador,  
que algún día...

RAMÓN: ¡Voto-alante!  
Que le sufra un redomón;  
que ya es bastante trece años  
que encima del mancarrón  
andamos de arriba abajo  
con la tal federación,

matándonos unos a otros;  
mientras el Restaurador  
se lo pasa en la ciudad,  
en completa ostentación,  
lleno de plata y deleites  
y durmiendo en su colchón,  
de donde si se levanta  
un poco de mal humor,  
comienza a largar sentencias  
y a fusilar en montón  
a los paisanos. ¡Ahijuna,  
hombre de mal corazón!  
Mire, deseaba toparlo  
para tener ocasión  
de franquearme en amista  
y abrirle mi corazón.

SALVADOR: Diga, amigo, lo que siente  
con toda satisfacción;  
pues sabe que lo apreco  
como a un hombre de razón,  
y que siempre sus pensares  
merecieron la opinión.

RAMÓN: Pues, bajo de ese entender,  
le ruego que sin pasión  
me atienda, y que me dispense  
que le haga esta prevención;  
porque los hombres a veces,  
llevados de una ilusión,  
sostienen una injusticia  
y defienden un error...

Y como le iba diciendo:  
van trece años de un tirón,  
que servimos de instrumento  
para que el Restaurador  
nos gobierne como a esclavos,  
notando la desunión  
que existe entre los paisanos,  
que es la desdicha mayor,  
y en lo que Rosas apoya  
su tiranía y rigor.

¿Y qué hemos adelantado?,  
¿qué ventajas, cuáles son  
los bienes que disfrutamos?,  
degollarnos con furor,



y asolar las poblaciones,  
cargando la maldición  
de familias infelices  
que en la triste proscrición  
ni resollar les permite  
Rosas el degollador.

Usté mesmo ¿no conoce  
nuestra infeliz situación,  
y que Rosas es un hombre  
con más garras que un león?

Solo esos Representantes  
a tanta desolación  
se muestran indiferentes;  
y por codicia o temor  
disfrazan con sus maquinas  
la más terrible ambición,  
y aumentan nuestra desdicha  
renovando la elección  
de un hombre que ha exterminao  
la mitá de la nación;  
pues ya repetidas veces  
que el tiempo se le cumplió,  
¿ha visto como le ruegan  
que se aguante por favor  
otros seis meses no más?  
Y el gaucho, que es socarrón,  
les contesta que lo «dejen  
llorar a su Encarnación  
y reparar sus quebrantos,  
porque los salvajes son  
la causa de sus atrasos  
y perjuicios...». ¡Ah, ladrón!  
En fin, así los tornea;  
resultando en conclusión,  
que después de diez renunciias  
vuelve a tomar el bastón  
y decantar los peligros  
de la confederación,  
y la máquina infernal,  
los gringos, y qué sé yo  
todas las cosas que inventa  
para hacer expedición  
y mandarnos a matar.

Así con este tesón  
van trece años, (como he dicho)  
de guerra y desolación,  
que yo, amigo, le confieso,

ya no tengo corazón  
para ver tantas crueldades  
que causan pena y terror.

Usté que anduvo conmigo  
en la otra federación  
cuando el finado Ramírez,  
y en cuanta revolución  
hubo en los tiempos de atrás,  
dígame ¿cuándo se vio  
tan infeliz nuestra tierra,  
ni Buenos Aires lloró  
tantas lágrimas de sangre  
como llora en la ocasión?

Nunca, jamás, confesemos,  
en la vida se sintió  
tal ruina y calamidá;  
ni tampoco se atrasó  
nuestra campaña al extremo  
que da tristura y horror  
ver reducida a taperas  
tantísima población.

¡Qué soledá!, ¡qué disiertos!  
Viera, amigo Salvador,  
al apiarse en algún rancho  
que por fortuna quedó;  
estremecerse los viejos:  
que causa veneración  
ver que se hincan de rodillas  
cuando sienten un latón,  
mientras está la familia  
sollozando en un rincón:  
porque, ¿quién hay que no tenga  
qué llorar en la ocasión?,  
¿ni qué sitio en esos campos  
de sepulcro no sirvió  
a paisanos infelices,  
que en esta revolución  
Rosas y tan sólo Rosas  
a la tumba los echó?,  
reduciendo a cementerio  
lo que era una bendición  
de estancias llenas de hacienda,  
que un mozo trabajador  
en esos tiempos, amigo,  
con el descanso mayor  
en cuatro días pasaba  
de jornalero a patrón.

¡Ah, tiempo dichoso aquel!,  
de cierto, amigo Ramón,  
era una gloria el juntarse  
en cualquiera diversión  
a voraciar los paisanos,  
sin que se hiciera mención  
de federal ni unitario...

RAMÓN: ¿Ni qué sabe usted ni yo  
lo que son esos dos nombres,  
que sólo el Restaurador  
se los aplica al que quiere  
hacerle mal o favor?

Yo tan solamente sé,  
que la desgracia mayor  
de nuestros paisanos es  
nuestra fatal desunión,  
y que Rosas ha sabido  
con meditada intención  
enemistarnos de suerte,  
que ni al amigo mayor  
pueda usted abrirle su pecho,  
sin que lo impida el temor  
de que le atraque un puñal  
a la menor expresión  
o queja de ese tirano.  
Y diga ¿por qué razón  
sufrimos como animales  
tanta infamia y opresión?  
¡Es posible, compañero!

SALVADOR: Sí, amigo, tiene razón:  
Rosas nos trata a lo pampa,  
porque ve la humillación  
con que ciegos le servimos.

RAMÓN: Pues, amigo Salvador,  
juntémonos los porteños  
de cualquiera condición  
y salgamos del letargo  
que nos tiene en desunión,  
oponiéndonos de firme  
a sujetar la ambición  
y las miras de concluirnos  
que tiene el Restaurador.

Es preciso sucumbirlo  
pronto, aparcero, si no,  
mientras nos gobiern Rosas,  
ha de seguir con tesón  
siempre buscando pretextos  
para peliar sin razón,  
y mandarnos al infierno;  
porque en esa confusión  
nos adormece y arruina,  
y él se pone barrigón  
gobernando nuestra Patria  
como moro sin señor,  
y pensando suyugarnos  
mientras nos alumbre el sol.

Luego es preciso advertir  
que el gaucho buen trenzador  
no desperdicia tientito,  
y que toda su atención  
aplica a cortar derecho  
la lonja que consiguió,  
y sigue así despacito,  
sin ladiarse en lo menor,  
hasta que llega a su fin  
sacando el fruto mayor;  
y después trenza a su gusto  
todo lo que aprovechó.

Así lo comparo a Rosas,  
el cual por ese tenor  
después que de nuestra Patria  
con astucia y ambición  
para trenzar su fortuna  
hizo lonja y la estiró,  
le empezó a meter cuchillo:  
y vea si se ladió,  
y cómo sigue cortando  
derecho a su pretensión,  
que es uno por uno a todos  
desde el rico al pobretón,  
al concluir emparejarnos  
con su cuchillo y rigor,  
sin que naides se le escape,  
como hace el desvirador  
que repasa los tientitos  
de la lonja que acabó.

Esto hemos de ver por fin,  
en lugar del galardón,

el descanso y los primores  
que tanto nos prometió  
dende su primer gobierno,  
y lleva ya veintidós  
degollando sin piedá,  
y sin hacer distinción  
de porteños ni orientales,  
ni de ninguna nación:  
y el infeliz de nosotros  
que llegue a la conclusión  
de esta guerra y mortandá,  
y no quede de mojón  
en una loma, ha de ser  
mozo gaucho...

SALVADOR: Sí, señor;  
ha de ser hombre muy gaucho,  
aquel que en esta ocasión  
que vamos tan cuesta abajo  
no le apriete el mancarrón.

Yo mesmo ando tamañito,  
y soy mozo parador;  
pero de esta vez no sé  
si saldré, amigo Ramón

Ya ve cómo nos apura  
tan de cerca el Pardejón,  
como Juan Manuel lo llama,  
y este otro Flaco collón,  
que le anda sacando el cuerpo,  
después que le adelantó  
medio juego en Entre Ríos,  
y que lo menospreció.

RAMÓN Hace bien de recularle;  
¿no ve que le ha visto el DOS,  
y sabe de que Rivera  
es gaucho asgurador,  
y se le viene agachando  
con un truco superior,  
tanto a Oribe como a Rosas?,  
porque le juega a los dos  
con el manco PAZ que siempre  
ha sido sujetador,  
y ahora con el cuatro en cruz  
se le está haciendo talón.  
Y Oribe, ¿qué juego tiene?

que se meta a roncador;  
verá si Rivera solo  
con cuarenta y tres de flor  
lo suspende a los infiernos  
en cuanto le alce la voz.

SALVADOR: A la cuenta así será:  
porque, amigo, vealó  
al tal Oribe; aquí está  
como poste rascador,  
plantado en la playa limpia  
de un rodeo sin verdor,  
después de tantas bravatas  
que en Entre Ríos echó,  
diciendo que a esta ciudá  
se guasquiaba de un tirón,  
sin tener quien le pusiera  
la más leve oposición;  
y ya hacen treinta semanas  
que tomamos el olor  
de la ciudá y nada más;  
y para esto una porción  
rigular de compañeros  
ya el diablo se los llevó.

RAMÓN: Yo nunca creí las bravatas  
que allá Oribe nos largó,  
porque estaba en su interés  
hablar con ponderación.  
Pero también le aseguro,  
que ni Oribe presumió  
que Rivera tan al grito  
le retrucara a la flor  
que el seis de diciembre el Flaco  
por fortuna le cuajó.

Pero la guerra y el juego  
es igual comparación,  
y aunque don Manuel Oribe  
en esta tierra nació,  
casi es como forastero,  
y el tiro de un maniador  
no conoce en su provincia:  
y Rivera es como Urón,  
vaquianazo en estos campos,  
gaucho vivo y domador,  
que sabe cuando se ofrece  
dormírsele a un redomón,

y aflojarle si es preciso,  
o tratarlo con rigor.

¿No se acuerda cómo a Echagüe,  
la primer vez que invadió,  
para trairlo hasta Cagancha  
la chaguara le aflojó,  
y cuando se le hizo güeno  
ahí no más se le agachó;  
y que el general Badana  
ni siquiera bellaquió?  
¿Qué no hará con este Oribe  
que es hombre tan novatón?,  
aunque mezquine la oreja  
lo ha de enfrenar, crealó:  
todo está en que el viejo Frutos  
forme una resolución,  
y si llega a suceder  
no es la primera ocasión;  
porque es capaz de montar  
al mismo Restaurador.

Usté verá de esta vez,  
si Rivera entra en calor,  
que a las yeguas va a parar  
la Santa Federación,  
la Mashorca, Oribe, Rosas,  
y toda esta reunión.

SALVADOR: ¡La p... unta de San Fernando!,  
entonces será mejor  
refalarse del corral  
en la primer proporción;  
porque, a la verdá, estos jefes  
andan con mucho jabón,  
particularmente Oribe.  
¡Ya no puede de flacón!,  
y es de miedo al parecer:  
¿no será, amigo Ramón?  
Eso no más ha de ser,  
miedo viejo, y con razón  
desde el día que en Solís  
Rivera le basurió  
toditita la vanguardia,  
que ahí no más nos dijuntió  
más de cuatrocientos hombres,  
sin contar los que agarró  
prisioneros ese día.  
Pero, paisano Ramón,

¡si viera en los fletes que andan!,  
parecen exhalación.  
¡Eh, p... ucha, y qué tapes bravos!,  
mire lo que le pasó  
a mi compadre Agapito,  
¡que esté gozando de Dios!

Como era tan presumido,  
ese día se cortó  
solito, porque un soldao  
de Rivera lo torió.  
Viera, lo que se toparon,  
el dijunto le largó  
tres balas de un naranjero,  
y el tape ni se encogió;  
y... ¡Jesucristo le valga!,  
cuanto me lo descuidó  
al pobre Agapito, amigo,  
el corte uno le afirmó  
y le sacó media res  
limpia, sin ponderación,  
porque allá en la rabadilla  
prendida se le quedó.  
¡Qué hachazo!, ¡barbaridá!,  
medio a medio lo partió,  
y ahí no más como maletas  
sobre el pingo lo dejó.

RAMÓN: ¡Pero qué!, ¿se piensa, amigo,  
que esos alarifes son  
de arriarlos con el rebenque?,  
verá al fin de la función  
en qué apuro se ha de ver  
este Mariano Violón,  
que anda ya con la quijada  
caída como mancarrón.  
Y vea si se descuida,  
y el apuro y aflicción  
con que a cada instante le hace  
chasques al Restaurador,  
y oficios y más oficios,  
y viajes que es un primor:  
se va, se vuelve la escuadra  
con más comunicación,  
y cañones y morteros,  
Cañutero o qué sé yo  
lo que es un Mamboretá  
que en figura de cañón  
han traído para tirar



los cuhetes a la congró,  
como dice mi teniente  
que es más redondo que la O.  
Y esto ¿para qué nos sirve?,  
para estorbo y confusión;  
pues con los cuatro elementos,  
ya ve, estamos a ración  
de carne flaca y de oveja:  
¡que de vaca, sabe Dios  
si volveremos a oler!

SALVADOR: Sí, amigo, es una irrisión  
el sitio y las mojigangas  
que mandan esta invasión:  
porque ya ve; los sitiaos  
están comiendo mejor  
que nosotros... carne gorda,  
y cada uno en su galpón  
meniándole a la guitarra;  
y, si están de mal humor,  
a la hora que les da gana  
nos sacan en procesión  
a balazos y a metralla  
y nos echan del fogón:  
y si fueran medio pocos;  
¡pero qué!, ¡es un borbollón!,  
porque han hecho aparcería  
hombres de toda nación,  
para atrasarnos de firme  
en la presente ocasión.

RAMÓN Pues, velay tiene, aparcero,  
una prueba la mayor,  
de que es injusta la causa  
que quiere el Restaurador  
sostener con nuestra sangre:  
y voy a mostrarseló.

Al principio de esta guerra  
Rosas nos engatusó  
a una porción de paisanos,  
de los cuales pienso yo  
que no viven la mitá,  
porque él mismo los mató.  
¡Cómo ha de ser, compañero!,  
cometimos el error  
de ayudarlo hasta subir  
al mando como subió;

porque toda la campaña  
sus esperanzas fundó  
en que Rosas nos daría  
la dicha, la paz, la unión.  
Así fue que del gobierno  
la rienda se le entregó,  
y lo que apretó la cincha,  
al sentir que se encogió  
Buenos Aires con el peso  
de su poder, se afirmó  
de piernas, ¡y las espuelas  
hasta el diablo le sumió!

Entonces, amigo, en vano  
nuestra patria corcovió  
por ver si lo soliviaba:  
el gaucho se le aguantó,  
dándole por la cabeza  
hasta que la atolondró;  
y, sin alivio, tres años  
seguidos la galopió.

Luego, el año treinta y tres,  
después que la aniquiló,  
rendida, y al consumirse  
de flaca, se la soltó  
al pobre viejo Balcarce,  
que medio la pastorió  
cuatro días, porque Rosas  
otra vez se la enlazó,  
y echándole las caronas  
de nuevo, se la montó,  
y otros diez años seguidos  
pelo a pelo le arrimó,  
y por fin la última gota  
le ha sacado de sudor.

Y en trece años de este afán  
de tiranía y rigor,  
no ha podido rematar  
(como él dice) la faición  
de salvajes unitarios.  
¡La pu... nta que lo lambió!,  
entonces ¿cuándo se acaba?,  
¿no ve, amigo Salvador,  
que eso es querer gobernar  
contra toda la opinión,  
y acabarnos de matar  
a todos sin distinción?  
Y si esto ha de suceder,

¿no será mucho mejor  
que salga el río y nos trague,  
o se alce algún ventarrón  
que nos dé güelta la tierra  
y nos apriete en montón,  
si tantas calamidades  
no han de tener conclusión?  
Así es que los extranjeros  
que le han tomado afición  
a esta tierra, y los paisanos,  
se resisten con razón  
a que nos devore un tigre:  
tal es la comparación  
que se puede hacer de Rosas,  
pues muerde sin compasión,  
y mata a todo cristiano  
que se opone a su ambición.

Hacen bien los extranjeros;  
por lo demás, dejelós  
que se hagan ricos, no le hace:  
el hombre trabajador  
merece ser aonde quiera  
tratado de lo mejor;  
sólo a Rosas no le gusta  
ver un hombre que a rigor  
de trabajar se hace gente,  
pues todas sus miras son  
proteger a esa pandilla  
que tiene a su devoción,  
y para eso no repara  
en causar la destrucción  
de todo el mundo: sí, amigo.

Ahora, vea quiénes son  
los hombres a quien distingue,  
con expresa condición  
de que han de ser mashorqueros,  
que es decir, loco, ladrón,  
asesino, desalmao,  
embustero, forzador,  
tramposo, borracho, vil,  
y serviles, como son  
González, Parra, Cuitiño,  
ese bruto Salomón,  
Maestre, Gaitán, Pablo Alegre,  
Bárcena el tuerto, y Violón.

Ahí tiene los personajes  
que en esta revolución

se han elevado a la altura  
de aquellos jefes de honor,  
que pelearon por la Patria  
cuando la Revolución  
del 25 de mayo:  
como Casteli y Rondó,  
Martín Rodríguez, Balcarce,  
Savedra, Álvarez, Viamón,  
Díaz-Vélez, Martínez, y otros  
patriotas de corazón,  
que no nombro uno por uno  
porque me da compasión  
acordarme de esos hombres  
y su triste situación.

SALVADOR: Mesmamente: causa pena,  
y también le digo yo,  
que muchas veces, amigo,  
se me quiebra el corazón,  
cuando medito a mis solas  
en la desesperación  
que pone a los hombres Rosas:  
cada vez con más rigor  
ciego y tenaz persiguiendo,  
como tigre rastriador,  
a tanta infeliz familia  
que en la desdicha mayor,  
llenas de necesidad,  
a mendigar el favor  
salen a tierras extrañas  
sólo al amparo de Dios...  
y sin consuelo ni hogar  
donde llorar su aflicción,  
al ver sus criaturitas  
que gimen en un rincón  
por el hambre y desnudez  
en que Rosas las sumió,  
después que a cada familia  
la mitá le degolló.

RAMÓN: Pues bien: si usted se convence  
y se arrima a la razón,  
es preciso acreditarlo  
formando resolución  
de abandonar esta causa  
que nos llena de baldón;  
pues estamos sosteniendo  
a ese asesino ladrón

y azote de nuestra patria.

Sí, amigo: bastantes son  
trece años (vuelvo a decirle)  
de ruina y desolación,  
sin ninguna otra esperanza  
que morir en la custión  
los pocos que hemos llegao  
con vida hasta la ocasión.

Ésta es de Rosas, paisano,  
la principal pretensión;  
y escuche si en un instante  
no se lo demuestro yo.

Cuando Rosas de los hombres  
tiene mucha precisión,  
los palmea, los halaga,  
y les ofrece un montón  
de premios y de riquezas  
para el fin de la custión:  
pero ¿ese fin cuándo llega?,  
¿no estamos viendo usted y yo,  
que cuasi todos aquellos  
a quienes nos prometió,  
hacen diez años, un premio,  
ya el diablo se los llevó  
y han dejado sus familias  
en la miseria mayor?

Pues de eso Rosas se alegra,  
porque al fin sus miras son  
el que nos maten cuanto antes,  
y así, amigo Salvador,  
ajusta cuenta con todos  
los que se comprometió.

Tal es de ruin ese gaucho,  
que tiene por condición  
que en su vida oferta alguna  
a ninguno le cumplió;  
ni en sus tratos de negocio  
cuando el interés medió:  
como les ha sucedido  
a muchos que habilitó  
con estancias y ganaos,  
y que al fin allá buscó  
pretextos para matarlos,  
y con esto chanceló.

De manera que ya ve,  
aparcerero Salvador,  
la esperanza que le queda  
si no hace lo que haré yo,  
que es dejarle el cuento a Oribe,  
y a Marianito Violón,  
y largarme a la ciudá  
mañana al primer albor  
con otros diez compañeros.

SALVADOR: Pues, amigo, vamonós,  
ya que Dios ha permitido  
que ilumine mi razón  
con evidentes verdades  
que me sacan de un error.

Así lo siente mi pecho,  
le juro, amigo Ramón,  
y la luz del sol me falte  
si lo engaño esta ocasión.

RAMÓN: No diga eso, amigo Antero,  
porque duda la menor  
nunca tuve de su fe  
ni de su buen corazón;  
y mientras Dios le dé vida  
viva en esta persuasión.

Con que así no hay más que hablar,  
manos a la obra y valor,  
que la Virgen de Luján  
nos ha de dar proporción,  
para tener en el pueblo  
la grande satisfacción  
de abrazar tanto paisano  
y amigo que tengo yo,  
con los que pienso alegrarme  
y gritar sin opresión:  
¡Viva el general Rivera!,  
¡y muera el Degollador!

SALVADOR: Y ¡viva el general Paz!,  
manquito sujetador,  
que lo ha de dar contra el suelo  
al gaucho Restaurador.  
¡Y vivan los argentinos!,  
que ese tigre desterró,

para que unidos volvamos  
algún día, ¡quiera Dios!,  
a reparar las desdichas  
que nuestra patria sufrió;  
y no andemos con quimeras,  
ni luego frunciendonós  
por crerme yo más que usted,  
o creerse usted más que yo:  
ni haciéndole asco a los gauchos  
como despreciandolós,  
tal cual Rosas nos decía  
cuando nos engatusó,  
y con suavidad y falsía  
a todos nos amoló.

Con que así, no hay más que hablar,  
disponga, amigo Ramón,  
y en cuanto se le haga bueno  
haremos punta los dos.

Así fue que al otro día  
antes de salir el sol  
se golpiaron en la boca  
Contreras y Salvador,  
y con otros diez paisanos  
se vinieron del tirón  
gritando: ¡Viva Rivera!,  
y revoliando el latón.

Baldomero el gaucho o la intervención de los californarios en la Banda oriental

Conversación que tuvieron en el cuartel de extramuros de Montevideo, el 9 de abril del año de 1850, los paisanos Anselmo Morales y Rudesindo Olivera, que llegó del Río Grande con carta y noticias lindas para el primero.

MORALES: ¡Paisano!, ¿qué es de su vida?  
¡Por Cristo!, ¿cuándo ha llegao?  
Después de haberle rezao  
como a una cosa perdida,  
y tanto, amigo Olivera,  
que yo me hacía la cuenta,  
de que ya de su osamenta  
¡ni caracuces hubiera!

OLIVERA: Llego, amigazo, ¿qué quiere?,  
forcejando por vivir;

y como suelen decir  
«cosa mala nunca muere».

También por eso será  
que vengo tan alentao  
a ponerme a su mandao  
y saber cómo le va.

MORALES: Aquí me tiene, ya ve,  
de patriota y de pueblera,  
atrás del pleito, aparvero;  
sin recular. Sientesé:  
píte un cigarro, velay;  
le pagaré las albricias  
porque me dé las noticias  
que presumo que me trai  
de esos laos del Continente,  
si viene de por allá,  
donde dicen que se va  
alborotando la gente,  
echándola entre otras cosas,  
los nuevos CALIFORNARIOS,  
de salvajes unitarios  
por pisarle el poncho a Rosas.

OLIVERA: Cabal: y ahora que se ofrece  
se lo han de pisar no más,  
porque los creo capaz,  
sí, amigo: y ¿qué le parece?

¿Hasta cuándo hemos de andar  
brasileros y orientales  
sufriendo como animales,  
y dejándonos robar  
de esa plaga de asesinos  
que, dejándolos en cueros  
a infinitos brasileros  
de nuestros campos vecinos,  
los persiguen y maltratan,  
y después de mil ultrajes  
como a enemigos salvajes  
los azotan o los matan?

Velay, tiene la razón  
porque hoy pelea esa gente,  
de la cual se ha puesto al frente  
un imperial de opinión:  
el mismo que, no lo dude,



sin balacadas ruidosas,  
hoy que lo atropella Rosas,  
no recula y le sacude.

MORALES: Pues, me parece, ¡barajo!,  
muy peliagudo el empeño,  
porque es diablo ese porteño,  
y puede darles trabajo:  
mucho más, cuando al presente  
quiere atracarle el bozal  
y el sistema federal  
al Brasil y al Continente.  
Así, no es broma, paisano,  
meterse hoy día con él,  
porque, dice Juan Manuel,  
«que es el gran americano,  
y el más terne de la sarta  
de los Gobiernos legales...».

OLIVERA: No me jo... robe, Morales,  
porque le empaco esta carta,  
la misma que recibí  
de su hermano Baldomero  
que allá de californiero  
lo dejé cuando salí.

MORALES: ¡Amigo!, cuánto apreceo  
tener carta tan a tiempo;  
velay, que al punto le ruempo  
el sobrescrito, y ya leo

Dice así... ¡Qué letra fiera!  
Fortuna a que soy letor  
de lo lindo lo mejor:  
escuche, amigo Olivera.

A DON ANSELMO MORALES

Campamento en  
Arapey,  
división de la  
derecha,  
a nueve del mes  
de marzo,  
mil ochocientos  
cincuenta.

## MI QUERIDO ANSELMO

Con la mejor voluntá  
te escribo, hermano, esta vez,  
y deseo que te hallés  
con salú y felicidad:  
que a Dios gracias por acá  
yo quedo muy alentao,  
y más que nunca enrestao,  
como muchos orientales  
que con los continentales  
nos hemos acomodao.

También por estos contornos  
andan, sea como sea,  
en reunión de samblea  
Santander, Calengo y Hornos:  
que, a fin de evitar trastornos,  
a Rosas le van a entrar  
en discusión... ¡qué amolar!  
¿Sabes lo que es discusión?,  
es decir que a la invasión  
la pensamos basuriar.

Esto, Anselmo, es evidente,  
y anda al galope, eso sí;  
porque al barón de Yacuí  
lo han nombrado Presidente:  
jefe que apuradamente  
anda con sangre de pato  
por dejarlo a Rosas ñato  
de una sola manotada;  
así, atrás de la nombrada  
le ha largao el ultimato.

Por lo cual Silva Tabares,  
jefe lindo y brasilero,  
y el coronel Juan Severo,  
ya están por estos lugares  
reuniendo a centenares  
mozada continental,  
que acude como cardal  
bien templada por derecho,  
y a tirarse cuatro al pecho  
con la chusma federal.

Y ¡allá va otra intervención  
Río-Grandesa-Oriental,  
compuesta en lo principal  
de lanza, bala y latón!,

que, sin más alegación  
que una peonada fortacha,  
de madrugada se agacha  
en la sierra o la cuchilla,  
y a los rosines que pilla  
les menea chuza y hacha.

Y como me gusta el caso,  
yo también en la colada  
voy con la alma atravesada  
y dándole gusto al brazo;  
porque me siento buenazo  
con gente así parejita,  
decidida y unidita,  
que a donde topa un estorbo  
no le hace asco: pela el corvo  
y todo lo facilita.

Así, no hay río-grandés  
estanciero ni soldao,  
que ya no ande arremangao  
contra Rosas de esta vez;  
y esta gente, ya sabés  
que también sabe pialar  
de codo vuelto, y domar,  
y prenderle el bracamarte  
al demonio en cualquier parte,  
cuando se ofrece pelear.

Por eso tengo la pena  
de que no estés por aquí  
con el barón de Yacuí,  
mozo que ha entrao en la buena;  
y anda por ver si lo enfrena  
y le saca hasta el añil  
a ese Rosas, gaucho vil,  
que siempre esta balaquiando  
de la otra banda, pensando  
retozar en el Brasil.

A ese mesmo gaucho audaz,  
a más gaucho puede que otro  
de un pial le solivie el potro  
y se le vuelque de atrás:  
dejá, hermanito, no más,  
que medio apure el invierno,  
y el Restaurador eterno  
con todo su balaquiar  
puede ser que vaya a dar  
a la loma del infierno.

Con esa intención no más  
lo va apurando el barón,  
que es un jefe quebrallón,  
mozo, platudo y voraz:  
al mismo que lo tendrás  
por esos pagos luegoito,  
pues ya pretende el mocito  
rumbiar a Montevideo,  
animado del deseo  
de golpiarse en el Cerrito.

Además, la salvajada  
le tiene tanta afición,  
que anda detrás del barón  
cabrestiendo cola alzada:  
y el que salga a la cruzada  
queriéndonos atajar,  
tiene mucho que apretar,  
pues, al diablo que endurezca,  
donde quiera que se ofrezca  
lo hacemos pericantar.

Velay cómo a don Servando,  
que es un general guapazo,  
y así mesmo, de un albazo  
lo sacamos apagando:  
porque andaba faroliando  
con multitud de escuadrones,  
infantería y cañones  
del ejército de Rosas,  
y con todas esas cosas  
perdió el rumbo y los calzones.

Volviéndosele al revés  
el plan que Gómez formó  
con las vanguardias que echó  
de Lamas y de Valdés:  
pues Chico Pedro a los tres  
tanto se les achicó,  
que a Lamas me lo dejó  
teniendo la caña al frente,  
y a Valdés muy suavemente  
por un costao se le entró:

Y fingiendo retirada,  
al caer el sol, de moquillo  
la sierra del Infiernillo  
cruzó de una trasnochada:  
y al rayar la madrugada

sujetamos, hermanito,  
junto a Servando mesmito;  
y a las tres de la mañana  
en cuanto tocaron diana  
le sacudimos... ¡Ah, hijito!

Don Servando, aunque no es vil,  
del madrugón se asustó,  
y entredormido saltó  
a caballo en un barril;  
y dé gracias que al candil  
una pata le asentó,  
que entonces se despertó  
queriendo alzar las pistolas,  
pero apenas con las bolas  
y en camisa disparó.

¡Ahijuna!, ¿y la Rosinada?,  
¡la vieras en ese instante  
aturdida y vacilante  
toda a pie y desmelenada!,  
y no les hicimos nada:  
tan sólo los manotiamos  
medio, medio, y los peinamos,  
¡cosa linda!, con pomada;  
y luego la caballada  
que tenían les compramos.

De allí con Hornos después  
nos volvimos sobre el lazo,  
a fin de darle un repaso  
al yesquerudo Valdés:  
al cual por primera vez  
fuimos de comisionaos,  
a imponerle los trataos  
de la nueva entirvención;  
pero tan de sopetón  
que el mozo salió a dos laos.  
En fin, hemos correteao  
muy fiero a la Rosinada,  
haciéndole una voltiada  
del Río Negro a este lao:  
en la que sólo ha escapao  
Lamas por ser ariscón;  
pero, así mesmo, el barón  
se ha propuesto arrosinarlo  
a su gusto, y manosiarlo  
muy pronto, de un madrugón.

Últimamente, sabrás,

Anselmo, que esta guerrita  
se ha de poner grandecita  
de aquí a unos días no más,  
¡con una cola!... verás,  
¡soberana de largor !,  
en la que el Restaurador  
muy fiero se va a enredar,  
y lo hemos de hacer gritar  
que ¡viva el EMPERADOR!

Con que así, recibirás  
lo que te lleva Olivera,  
dispensando la friolera  
hasta mandarte algo más:  
y esas cuatro onzas sabrás,  
que a un siete las acerté,  
parada que la jugué  
con la intención de aliviarte,  
y si logro remediarte  
con ellas me alegraré.

Lueguito al coronel Tajés  
dámele muchas memorias,  
y le dirás que en mis glorias  
me encuentro en estos parajes,  
pensando con los salvajes  
volver por allá, seguros  
de ponerlos en apuros  
a los rosines, sin duda,  
y espantarlos con la ayuda  
de los criollos de extramuros.

A mi compadre Figueira,  
decimelé que en Pay-Paso,  
para él me largó un abrazo  
una moza brasileira:  
y a mi coronel Silveira  
me le dirás que lo espero,  
con un zaino parejero  
que vale... ¡mil patacones!,  
y le darás expresiones  
de tu hermano  
BALDOMERO.

MORALES: ¡Ah, carta linda!, ¡y qué apuro  
para el crudo Juan Manuel,  
tan luego hoy que encima de él  
se larga don Sepeduro!...

De orden de Uropa a intimarle  
que se retire violento,  
y si no lo hace, al momento,  
manda la Francia atracarle.

Pues ya del todo caliente,  
para hacerle una apretada,  
le ha soltao otra manada  
de barcos, que, a la presente,  
cada rato están llegando  
trayendo a bordo, aparcerero,  
más franceses que aguacero,  
y toditos renegando,  
porque llegue la ocasión  
de pelearlo al portañazo,  
para pegarle un sustazo  
si se mete a baladrón.

OLIVERA: Entonces hace la paz  
con ellos, de cualquier modo,  
y les afloja del todo  
si lo asustan.

MORALES: No es capaz:  
porque si medio aflojara  
después de tanta bambolla,  
le sumíamos la boya  
en cuanto se descuidara.

OLIVERA Amigo, ¡qué equivocao  
con ese embustero está!,  
si lo apuran, cejará  
como siempre ha reculao.  
Pues cuando mira las cosas  
que lo van poniendo a parto,  
se arrastra como lagarto  
ese fantástico Rosas;  
que es con el débil audaz,  
con el fuerte, flojo y ruin;  
y de los gauchos, al fin,  
el más ladrón y falaz.

MORALES: Con todo, yo le sostengo  
que es duro como bigornia.

OLIVERA: Pues, bien; yo de California  
a la intervención me atengo:  
y le juego lo que quiera  
sin levantarme de aquí,  
a que el barón de Yacuí  
lo ablanda como una cera.

MORALES: Pues yo, amigo, vistas pago;  
con que así, no disputemos;  
alce el poncho y nos iremos  
juntos a tomar un trago,  
que de aquí a la pulpería  
muy corto trecho nos queda;  
y de ahí, si usted no se apeda,  
vamos a hacer mediodía  
en casa de un maturrango  
que tiene un buen bodegón;  
y después a la oración  
armaremos un fandango  
de rechupete, eso sí,  
y caña entera, aparcerero,  
a salú de Baldomero,  
y del barón de Yacuí.

OLIVERA: ¿Entonces me hará bailar  
con una hembra seguidora?

MORALES: Para eso, amigo, a la AURORA  
lo voy a recomendar.

Salutación enflautada del gaucho Retobao, a la llegada del almirante Mackau a  
Montevideo después del tratado que celebró en Buenos Aires con don Juan Manuel Rosas

Dispense, amigo Macote,  
si digo mi sentimiento,  
porque es la gala de un  
gaucho  
echar sus quejas al  
viento.

Al barón Cipotenciario  
que vino con una armada,  
en la primera topada  
lo ha vencido su contrario:  
pues de Rosas temerario



a la ley se sujetó,  
y el que de Francia costió  
tanto barco con mortero,  
del general mashorquero  
al freno se sujetó.

Lárguese, amigo, a su pago  
arriando su barquería,  
con la que yo presumía  
que a Rosas le haría estrago,  
y luego al primer amago  
Batata lo traginó,  
pues diz que se le trepó  
en la fragata y de un soplo  
ahí no más le peló el choclo.  
y ¡hasta el diablo le sumió!

¡Voto-alante!, ¡quién pensara  
que a nuestro aliao y aparcero  
el almirante, tan fiero  
Juan Manuel lo revolcara!  
Ya se ve, no es cosa rara  
que Rosas a un chapetón,  
dándole un atropellón,  
lo eche por el costillar;  
de eso se puede alabar  
ese maula baladrón.

Yo pensé que el almirante  
fuese guapo y de cacumen,  
al ver tamaño volumen  
con casaca relumbrante,  
y al verlo tan arrogante  
desde su vapor tremendo  
hacer tantísimo estruendo  
con sus cañones de a ochenta;  
que de todo eso, a la cuenta,  
Rosas se estará riyendo.

Pero ahí va la muchachada  
del presidente FRUTOSO;  
porque el viejo está ganoso  
de soltarle la pionada.  
En la primera topada  
le pienso dar gusto al brazo;  
pues del primer chaguarazo,  
si no le atraco las bolas,  
lo saco haciendo cabriolas  
al mariscal de un sogazo.

Si la gauchada oriental  
se le agacha como al paro,  
puede que le cueste caro  
la jugada al mariscal;  
¡qué Cristo!, aunque juegue mal  
y haga las yuntas que quiera,  
si le alza Frutos Rivera,  
aunque se la dé empalmada,  
en la primer relanciada  
le mete la Lujanera.

Dicen que el rey quiebra juego  
llegando a cambiar el lao;  
si el rey de Francia ha cambiao  
se ha de quebrar desde luego.  
Dejen que le tome apego  
Rosas a la rejugada,  
que es fijo que en la cambiada  
pierde la carta su ley,  
y ahora que se arrima al rey  
echa culo en la parada.

Ya de LAVALLE sabemos  
de que se le va arrimando,  
y que le anda mezquinando  
la oreja por lo que vemos:  
pero, en cuanto nos juntemos  
los paisanos orientales  
con los gauchos nacionales  
de Lavalle el ternejal,  
a la p... ucha el mariscal  
va a dar con sus federales.

Ya ha comenzado el repunte  
nuestro general Rivera,  
y en cuatro güeltas espera  
que la gauchada se junte:  
¡mire, mariscal, qué apunte,  
va a tener este verano!  
No se muestre tan ufano  
porque ha domao a un francés,  
que a nosotros, al revés,  
nos gusta un amor tirano.

En fin, allá nos veremos;  
vaya aprontando a Macana  
y juntelo con Badana,  
que quizás los asustemos;  
pues ya por acá sabemos  
que entre toda la manada

de su mashorca mentada  
y el bruto más pajarero  
el que se espanta más fiero,  
despunta en la entreerriana.

EL RETOBAO.

La Encuhetada o los gauchos y la intervención en el Río de la Plata en 1848

Montevideo, a 18 de agosto de 1848.

Señor patrón y relator del Comercio de la Plata.

Hoy hará una trasnochada  
apretando el imprentero,  
y allá al rayar el lucero  
piensa acabar mi versada.  
Siendo así, a la madrugada  
la echaré en la población;  
pero antes hago intención  
(se lo alvierto por si acaso)  
de ir a pegarle un albazo  
llevándosela, patrón.

Por ahora voy a largar  
solamente el primer trozo,  
y hay otro más cosquilloso,  
que después le he de atracar  
hasta hacerlo corcoviar  
a ese conde PALMETÓN;  
y le aseguro, patrón,  
que no desprecio a otro inglés  
más que a ese maula, y después  
a otro de un ZAINO RABÓN.

Con que, ya sabe, temprano,  
mañana al venir el día,  
me cuelo en la imprentería  
de HERNÁNDEZ el Valenciano,  
y me agarro mano a mano  
a cimarroniar con él:  
y en cuanto acabe el papel  
dándomelo, de ahí mesmito  
me guasquiaré, patroncito;  
a su casa de tropel.

Verá, señor, con qué esmero  
ha pintao la estampería,

que le ha hecho a mi versería  
Musiú LEBAS el santero.  
¡Ah, francés, lindo!, así quiero  
pagarle muy rigular;  
y ansí tienen que alumbrar  
los que pretiendan libritos,  
con diez y ocho vintencitos  
al tiro y sin culanchar.

Su amigo, LUCIANO CALLEJAS.

### **Advertencia a los uropeos cosquillosos**

Van tres gauchos liberales  
a quejarse, con razón,  
de una floja y ruin aición  
de dos gobiernos desleales.  
Siendo gauchos, como tales,  
se explicarán sin rodeos,  
sin que dentre en sus deseos  
ni un remoto pensamiento  
de hacer en el fundamento  
agravio a los uropeos.

### **Dedicatoria**

Señor conde Palmetón:  
a usted por lo bien portao,  
y el haberse acreditao  
¡tan lindo en su Intervinción!  
¡Callejas, de refilón,  
a nombre de la gauchada,  
le dedica está enflautada,  
celebrando entre otras cosas,  
que en ancas le largue Rosas  
por el Harpy una ensilgada!

¿Sabe lo que es ensilgada?  
Es una vaina, patrón,  
sin grano, y (con su perdón)  
que jiede a bosta quemada:  
medio aceitosa, y buscada  
en los pagos del Tandil,  
y propia para el candil  
de cualesquier baladrón;  
¡con que, atráquele, patrón,  
esa mecha a Mistre-Pil!

### **La Encuhetada**

Sorpresa del gaucho Morales al recibir a su amigo OLIVERA en su rancho junto a las trincheras de Montevideo

¡Cristo!... ¿Si será verdá  
lo que dudo en la ocasión?...  
Cabal... no es una ilusión...  
que es él mismo... ¡voto-va!,  
lléguese, amigo Olivera:  
¿Díaónde sale?, ¿qué anda haciendo?

OLIVERA: ¡Tristemente consumiendo  
la vida, hasta que Dios quiera!  
Ansí caigo a su presencia  
dichosamente, aparcerero,  
pues acá soy forastero  
sin la menor conocencia.

MARCELO: Debe serlo, me hago el cargo,  
como que de Maldonao  
presumo que habrá llegao,  
y habrá padecido largo...

OLIVERA: ¡Largo y fiero!... mesmamente:  
y toda laya de penas,  
tanto mías como ajenas,  
que es mejor que ni las mente,  
porque el corazón, lueguito  
que dentro a considerar,  
se me oprime de pesar  
y se me hace chiquitito.

MARCELO: ¡Infeliz viejo Olivera!,  
¡lagrimiendo!... sientesé;  
aunque no tengo, ya ve,  
ni un triste tronco siquiera.

Ansí, amigazo, en el suelo  
crúcese sobre este hijar;  
a bien que no ha de extrañar...

OLIVERA: ¡Qué he de extrañar, ño Marcelo!,

después que me han baquetiao  
ocho años de sacrificios  
tan crudos, que hasta los vicios  
¡sin sentir he olvidao!

MARCELO: Dejuramente lo creo:  
porque yo en el mismo caso  
de infelicidá y atraso  
con la familia me veo.

Ahora mesmo mi Pilar  
cogió y fue desesperada  
a vender una frezada,  
ganosa de yerbatiar.

OLIVERA: ¿Con que, Dios se la conserva  
alentada?...

MARCELO: Y traginista,  
mientras la salú le asista:  
ya verá como trai yerba,  
y tabaco y aguardiente,  
y en ancas puede que traiga  
la frezada, sin que la haiga  
ni empeñao siquieramente.

Por lo tanto, a prevención  
voy a mandar hacer fuego,  
cosa que, en llegando, luego  
tomemos un cimarrón...

Con su licencia... ¡Agapito:  
vení, llená la caldera!...

AGAPITO: ¡La bendición, ño Olivera!

OLIVERA: ¡Que Dios te haga un santo, hijito!  
¡Temeridá que ha crecido  
el muchacho!... y memorista:  
en cuanto me echó la vista  
al golpe me ha conocido.

Vení, largame un abrazo,  
rubio amargo... ¿cómo estás?,  
y decime... ¿te acordás

de tu potrillo picazo?...

AGAPITO: ¿Cuál?... ¿Aquel bellaco viejo?,  
me lo ageniaron cuantuá  
en las puntas de Aceguá,  
junto con otro azulejo.

Que yo le puse collera  
y se lo prendí al picazo,  
porque como era malazo  
presumí que se me juera.

Y ni bien se aquerenció  
cuando cierta madrugada,  
con la yunta y la manada  
una partida se arrió.

MARCELO: Vaya un recuerdo prolijo  
del tiempo de don Echagua:  
pero de calentar agua,  
¿a que no te acordás, hijo?

Aunque... alvierto a ño Severo  
ganoso de hablar con vos;  
así, quédense los dos,  
que voy y vuelvo ligero.  
OLIVERA: Bueno, paisano... ¿Con que,  
Agapito, ahora andarás  
como andamos, a cual más  
atrasao, pobre y a pie?

AGAPITO: Pobre, a veces suelo andar,  
y así mesmo siempre yo  
me amaño, creameló,  
y agenceo qué ensillar.

Luego verá, ño Severo,  
un potrillo pangaré,  
¡lindo!, que le traginé  
a un inglés, que fue chasquero:

Y salía cola alzada  
ajuera continuamente,  
y de ahí volvía caliente  
a presumir en la Aguada:

Aonde se apea y se cuela

atrás de cualquier muchacha,  
a pesar que tiene facha  
de más zonzo que su agüela...

OLIVERA: ¡La del inglés, Agapito!...  
¡barajo!... no te turbés...

AGAPITO ¿Cuál quiere que sea, pues?,  
la del Bisquete mesmito:  
ese maula que cruzaba  
lo mesmo que autoridá,  
del Cerrito a la Ciudá,  
y aquí nos menospreciaba...

Tanto, que a mí en la avanzada,  
porque le pedí un cigarro,  
si no ando vivo, en el barro  
me arronja de una pechada.

¡Ahijuna!... y se la juré.  
Así un día que salió  
de mañanita y volvió  
trayendo el tal pangaré,

dije entre mí... «¡si te pillo  
hoy en pedo lo verás,  
matucho, si te me vas  
golpiao y sin el potrillo!».

OLIVERA: ¡La purísima, el muchacho,  
que es propio para un descuido!,  
me alegra que haigás salido  
alenta y vivaracho.

Proseguí, no te parés,  
que recién me va gustando.

AGAPITO: Pues, como le iba contando,  
resolví dende esa vez  
no darle alce ni cuartel,  
y sobre el rastro ahí no más  
largámele por atrás,  
¡y que se me iba el infiel!

Alvierta, señó Severo,  
que dende que lo seguí,



y aun antes, ya conocí  
que el pingo era pajarero.

De suerte que en cuanto entró  
en el pueblo esa mañana,  
le dio al potrillo la gana  
de espantarse, y se tendió.

Y ya por el costillar  
lo echó al hombre de cabeza,  
y en colmo de la maleza  
medio lo empezó a arrastrar.

Porque al cair, en la estribera  
de una pata lo enredó,  
fortuna que reventó  
el ojal de la arcionera.

Entonces echó el caballo  
a disparar como flecha  
por esa calle derecha  
del Veinticinco de Mayo:

Y yo atrás dél me largué,  
hasta que allá entre las tiendas  
se enredó fiero en las riendas,  
se sofrenó y lo agarré.

SEVERO: Mirá el diablo... ¡de manera  
que en cuanto lo aseguraste,  
de ahí mesmo ya enderezaste  
a media rienda hasta juera!

AGAPITO: Al contrario, le aflojé  
la cincha, y bajo la silla  
el tronco de una costilla  
de punta le acomodé.

Luego le cinché flojito,  
dejando el cuhete tapao,  
y el pingo, por de contao,  
comenzó a lomiar lueguito.

Últimamente, tirando  
volví a traírselo al inglés,  
al cual lo encontré otra vez  
alentaó y renegando.

Y después que le arreglé  
el estribo como pude,  
dije entre mí: ¡Dios te ayude!...  
y el potrillo le arrimé.

Con que, patrón... ¿cómo se halla?,  
le pregunté medio en broma;  
y él me contestó en su aidioma:  
«¡Machi diabli la caballa!».

Y al verlo en disposición  
de montar, cuasi me río;  
porque... cuándo... ¡Cristo mío!,  
¡se aguantaba el chapetón!

Mesmamente, la acerté.  
El hombre apenas montó,  
y ni bien se acomodó,  
¡la gran... punta el pangaré!

Cuanto le asentó la nalga  
a-la-inglesa, y con el peso  
le hizo tomar gusto al güeso,  
se encogió, y ¡Cristo le valga!

Conoció al ginete tierno,  
y al pingo se le hizo robo  
aliviarse, y de un corcovo  
echó la carga al infierno...

OLIVERA: ¡Óiganle al matucho inglés!,  
¡cómo aflojó de un tirón...  
y tan altivos que son  
en sus barcos!... y ¿después?

AGAPITO: Hasta frente a un conventillo  
que le llaman de Pozolo,  
siguió guasquiándose solo  
y corcoviando el potrillo:

Tanto, que al fin se quedó  
en pelos completamente,  
y como era consiguiente  
entonces se sosegó.

Ahi-mesmito lo agarré;  
y... «¡ahora sí, lo verás, Laucha,  
si has de pelar esta chaucha!».

le dije, y me le senté.

Y dende allí cachetiando  
y meniándole talón,  
me fui a golpiar del tirón  
a la Aguada disparando.

Y como hasta hoy en el pago  
ni el inglés me lo ha cobrao,  
que lo habrá descogotao  
es la cuenta que yo me hago.

Con que ansí, señó Olivera,  
supuesto que se halla a pie,  
disponga del pangaré  
como guste y cuando quiera...

MARCELO: Pero, hijito, ¿todavía  
estás meniándole taba ?,  
¿y usté soltando la baba,  
aparcero? ¡Virgen mía!

OLIVERA: ¡Voto-alante, ño Marcelo!,  
por su tardanza ha perdido  
de oír cómo me ha divertido  
su Agapito, que es un cielo,  
y gaucho crudo y a macho:

MARCELO: Y prosista más que todo  
si no, repare del modo  
con que a mí me largó el guacho  
de hacer fuego y calentar  
la agua que yo le mandé.  
¡Ah, diablito!... pero... che,  
¡velay, acá está Pilar!...

PILAR: ¡Aparcero ño Olivera,  
gracias a Dios que lo veo!,  
¿y ña Petrona, y Mateo?...

OLIVERA: A su mandao, aparcera.

MARCELO: ¡María Santísima!, amigo,  
perdone si he olvidao

el haberle preguntao  
por su mujer... pucha digo:

OLIVERA: Recién se acaba de apiar,  
y ya quería venir;  
pero no puede salir  
basta medio pelecha.

PILAR: ¡Por vida!... Y ¿cómo les ha ido  
en tanto apuro o redota?

OLIVERA: ¡Hágase cargo!... en pelota,  
y en montón hemos venido:

Pues mandaron embarcar  
de un modo tan redepente,  
que fue rejuntar la gente:  
y al momento de mandar,

como aguacero a la costa  
la botería acudió,  
y el criollaje ahí se juntó  
como manga de langosta.

De ahí empezaron a echar  
viajes al barco a menudo,  
y en el bordo como pudo  
nos hizo desparramar...

Del pértigo a la culata  
de un barcazo roncador,  
ñato viejo y rodador  
a impulsos de una fogata:

Cosquilloso a una ruedita  
que de atrás un marinero  
se le prendió a lo carnero,  
como haciéndole colita.

Pero, paisana... ¡qué cosa  
de barco tan maquinál!,  
y grandote el animal  
de una manera asombrosa.

Oiga, le relataré  
la laya de barco que era:  
que no es fácil, aparcera;

pero, en fin, me amañaré.

Era un barco... ¡tamañazo!,  
de madera de mi flor,  
y tendría de largor  
como dos tiros de lazo.

En la barriga tenía  
un pozo, donde se apiaba  
la gente que traginaba  
en pura carbonería.

Arriba los comendantes  
rodeaos de la oficialada,  
y mucha marinerada,  
con sombreros relumbrantes.

Que a unos horcones tan altos,  
que en las nubes se perdían,  
por unas cuerdas subían  
de tropel y dando saltos.

Abajo había cuarteles  
y corrales y galpones;  
y encima grandes cañones  
con rondanas y cordeles.

Y un cañuto ¡temerario!  
enterraos yo no sé cómo  
en lo más ancho del lomo,  
y más allá un campanario:

Y luego en cada costao  
una rueda con aletas,  
que no he visto ni en carretas  
de esa laya de rodao.

Viese, aparquera, al montar,  
¡qué julepe y qué jabón  
nos pegó una quemazón  
que abajo entró a reventar!...

Y ver salir apuraos  
como avestruces corridos...  
los hombres, que a unos chiflidos  
subían todos tiznaos.

Yo me empecé a refalar  
el poncho para aliviarme,  
y estuve por azotarme

como carpincho a la mar.

Pero supe que de intento  
prendían abajo el fuego,  
y vi a un oficial que luego  
se puso a vichar atento.

Y en cuanto por el cañuto  
vido salir la humadera,  
le aflojaron, aparcera,  
y echó a correr ese bruto.

A dos laos, y relinchando,  
campo ajuera salió al mar,  
aonde empezó a bellaquiar:  
y ya nos juimos echando.

Luego no más, en tendales  
quedó todito el hembraje,  
y atrasito entró el machaje  
a rodar como costales.  
Al momento una fatiga  
y un asco tal nos entró,  
que a todos nos revolvió  
tan de-una-vez la barriga...

Que con los ojos saltaos,  
haciendo juerza bramaban  
los criollos, y gomitaban  
quedando despatarros:

Y sin poder aguantar  
a semejante alboroto,  
hasta el último poroto  
nos hizo desembuchar.

Ansí he cruzao el camino  
con todito ese trabajo,  
y he venido cuesta abajo  
a entregármele al destino.

MARCELO: ¿Ha visto cuán riguroso  
el nuestro nos ha salido,  
que a todos nos ha sumido  
en un abismo espantoso?

¿Y cuánta sangre y estrago  
aún devora nuestra tierra?,  
sin terminarse esta guerra,

porque hay hombres...

PILAR: Eche un trago;  
y arme , aparcerero: velay  
papel, tabaco y facón,  
pues alvierto en la ocasión  
que usted ni cuchillo trai.

OLIVERA: Cabal, paisana: ni quiero  
negarle que traigo apenas  
muy poca sangre en las venas,  
y ojales por todo el cuero.

MARCELO: ¿Y cuándo, amigo, al remate,  
de esta custión llegaremos?  
¡Por Cristo!, que ya debemos  
tener juicio y...  
AGAPITO: Velay mate.

MARCELO: ¿Será posible que siendo  
tan poquitos los paisanos,  
como fieras entre hermanos  
nos sigamos destruyendo?

Usted que tiene experiencia  
profunda, y conocimiento,  
y en cada razonamiento  
el poder de una sentencia:

Diga, si por desventura  
nos ha condena el cielo  
a tener el desconsuelo  
de cair a la sepultura...

Sin que logremos jamás  
bendecir a cualesquiera  
que a nuestros hijos siquiera  
les ponga su tierra en paz...

OLIVERA: Sí, amigo: no desespere  
de que esta calamidá  
puede terminarse ya  
si la Virgen y Dios quiere.

Pues ya sabe que en la vida

no hay cosa que no termine,  
por más que el hombre imagine  
de que no tiene medida.

MARCELO: Con todo eso, van ocho años  
de ruina que hemos tenido;  
¡y en la guerra hemos sufrido  
tan amargos desengaños!...

De ambición en los de acá  
hasta asegurar el mono,  
y a lo último de abandono  
y perfidia en los de allá...

¿No ha visto de Ingalaterra  
y de Francia, lo que han hecho  
con nosotros, que hasta el pecho  
nos han metido en la guerra?

Haciendo al principio roncha  
con tanta alianza y promesa,  
y a lo último con vileza  
juir y meterse en la concha...

Queriéndonos entregar  
después de sacrificaos  
por esos mismos aliaos  
que nos han hecho matar...

¡Maltidos sean... ahijuna,  
ciertos monarcas del mundo,  
a quienes odio profundo  
les juro y piedá ninguna!

Y de corazón, quisiera  
que cierto rey reculao  
algún día ande arrumbao  
y con las tripas de juera.

Pues, si algún criollo no sale  
a sacarnos de este infierno,  
será nuestro mal eterno,  
¡y cairse muerto más vale!

OLIVERA: Dejuero, tiene razón  
de quejarse y renegar;  
pues a eso ha dado lugar  
la ruinosa Entrivención:



Que la figura más ñata  
con fantástico poder,  
es lo que ha venido hacer  
en el Río de la Plata.

Ansí es, paisano Marcelo,  
que me alegro de que Rosas  
a esas potencias famosas  
hoy las humille hasta el suelo.

Sin que ninguno le ladre  
de esos diablos coronaos,  
que de miedo y sobajeaos.  
lo están haciendo compadre:

Y le quitan el bocleo  
como diciendo: «nos vamos,  
y velay que te entregamos  
por junto a Montevideo».

Aonde nos echan bravatas  
a nosotros, pero a aquel,  
al tirano Juan Manuel  
lo saludan con fragatas.

En fin, usté me ha templao,  
y malo es que me caliente;  
pero... deme el aguardiente,  
y luego me oirá, cuñado.

MARCELO: ¡Ah, viejo terne!... de balde  
lo traquea la vejez,  
se conserva cada vez  
con más letras que un alcalde.

Sí, amigo: me ha de gustar  
oírlo a usté, y oír a Callejas;  
casualmente hacen parejas  
en el modo de pensar.

OLIVERA: ¿Con que, mi amigo Luciano,  
también anda por acá?,  
me alegro: y ¿cómo le va?

MARCELO: Rigularmente paisano.

Hoy ha venido un ganao  
que lo están desembarcando,  
y allí lo dejé enlazando  
por seis pesos y un asao.

Y ahí mismo me asiguro  
que viene a hacer mediodía,  
conmigo, y que me trairía  
vino duro, y ¡qué sé yo!

De suerte que comeremos;  
y luego con mi patrona  
a traer a seña Petrona  
al cuartel nos largaremos.

Pero... ¿usted está cabeciando?  
Mal dormido... ya se ve...  
OLIVERA: Es verdá...

MARCELO: ...Pues echese,  
vaya medio dormitando.

Y... andá, Pilar, por favor,  
mientras duerme ño Severo,  
ve si te empriesta el pulpero  
un vaso y el asador.

Y en cuanto llegue Luciano,  
la venida de Olivera,  
celebraremos siquiera  
con un pedo soberano.

Ansí, apróntate, mujer,  
como para cocinar;  
que yo voy a traginar  
más leña, que es menester.

Vos, Agapito, por la olla  
andá al muelle, ya sabés...

AGAPITO: ¿Y si me topa el inglés?

PILAR: Sumile, hijito, la bolla.

AGAPITO: Entonces, por si lo pillo,  
y me atropella Baliya,

para irme más a la fija  
voy a llevar mi cuchillo.

Pues, si me atraviesa el zaino  
en que ahora anda, y con la tranca  
me ataja, y vuela la anca,  
ahí mesmo le desenvaino...

MARCELO: Salí... maula... farolero:  
si te ronca, ¿qué has de hacer?

AGAPITO: Nadita... aunque... ¡puede ser  
que le haga sonar el cuero!

### **Al nacimiento de Geromo**

Campamento en Montevideo, al lao zurdo de la Zanja, el 21 de julio, el día de SAN GEROMO.

Aparcero Jacinto, me hará la gracia de imprimarme esa versada, porque quiero celebrar a un cogotudo que anda «amontonando laureles» a la par de Alderete y su tropilla; como les ha dicho el paisanito Lasala el 17 julio en un papel de letra de molde, más tierno que un zapallal: porque a lo último bien claramente se explica diciéndoles que «el Sol los contempla y que Dios los ayude en este invierno para que puedan con la carga». ¡Mire qué maravilla de mozo ladino!

Con que, será hasta la vista, que bien ganoso ando de darle un vistazo.

Su aparcero, ROCAMORA.

A la salud y nacimiento de don Geromo Frasco, o de cualquier ministro de Alderete.

¡Téngalos muy felices,  
señó GEROMO!,  
y Dios me lo conserve  
sano del lomo,  
para que cargue  
su montón de laureles,  
cuando se largue.

Tin tin de la Aguada,  
tin tin del Cordón:  
no se me entristezca,  
póngase alegrón.

Allá va giniebra, coñaque y anís:  
a ver si se alegra y baila el mis-mis...  
con gallardía,

para que lo publique  
la orden del día.

A estas horas le estoy  
adivinando  
que le están los ojitos  
relampaguiando.

¡Escupa, amigo!,  
y no se eche las babas  
en el ombligo.

Tin tin por la Aguada  
tin tin o el Cordón,  
cuidado no pegue  
algún trompezón  
con un inglesito llamado SAMUEL,  
que ha de darle sueño toparse con él;  
que al Miguelete  
se larga, por hacerles  
un bifisquete.

Dígale de mi parte  
a don Panchito,  
el que larga poclamas  
desde el Cerrito...

Que es un Salomón  
y el mozo más ladino  
de la expedición.

Tin tin de la Aguada,  
tin tin del Cordón  
ya los bonetudos  
ofrecen perdón;  
porque don Ciriaco, Lasala y Turpín,  
andan con el lomo como un espadín...  
en este apuro,  
en que ningún rosín  
está seguro.

Con que, amigo GEROMO,  
¡que Dios lo ayude!,  
y que el Sol lo contemple  
sin que estornude.

Y no se ofusque,  
que salga algún Musiur  
y lo desnude.

Tin tin por la Aguada,  
tin tin y el Cordón,  
andan los rosines  
medio en confusión;  
como los baguales cuando los acosan,  
que medio se empacan y medio retozan...  
hasta que al cabo  
a bolas se les liga  
patas y rabo.

Pocos días después de que en la Horqueta del Rosario fue batida la columna del general Núñez por las fuerzas del general Rivera, irritado Rosas por tal descalabro, mandó publicar un artículo en la Gaceta Mercantil de Buenos Aires negando completamente tal derrota, y diciendo que, por el contrario, Núñez se había incorporado intacto el ejército de Urquiza, y este a Oribe, quien con tales refuerzos había intentado un reconocimiento para asaltar luego las trincheras de Montevideo, de las cuales con esa sola operación Oribe había conseguido el que todos los defensores de la plaza huyesen aterrorizados; y que los extranjeros armados, esa noche salieran desbandados a robar y matar en la ciudad.

El mismo artículo, después de otras mentiras, decía también, que la extrema miseria del Gobierno de Montevideo lo había puesto en el caso de ordenar al señor Lamas (jefe de Policía entonces) que violentamente le sacara una fuerte contribución pecuniaria a un don Juan M. Pérez (a quien nunca se le pidió un real para la defensa), y que Pérez había abierto sus cofres, de los cuales el señor Lamas había sacado los únicos cuarenta y cinco patacones que tenía el señor Pérez en esos días.

Por último, el artículo decía también, que el señor Lamas arbitrariamente había mandado fusilar por la espalda a varios orientales oribistas, porque tenían armamento escondido y preparado para una revolución en favor de Rosas, la cual se les había descubierto, etc., ¡qué mentir de Restaurador!

La nota embustera que se deja referida, dio lugar a la siguiente composición.

### **Brama el tigre**

Oigan lo que dice Rosas  
el día ocho de este mes,  
en un Gacetón que suelta  
más bravo que un buscapiés.

Dice que acá repicaron  
al pedo la vez pasada:  
que ¿cuándo le han hecho nada  
ni a Núñez lo revolcaron,  
si juntos se incorporaron

con Urquiza en el Cerrito?,  
y veremos si lueguito  
Oribe nos basurea  
y nos saca una manea  
a cada oriental... ¡Ah, hijito!

Dice que nos asustaron  
la otra noche los rosines,  
pues sólo con sus clarines  
acá ya se alborotaron:  
que las campanas sonaron,  
y se juntó la gringada  
saliendo desesperada  
a robar por la ciudad,  
y de la zanja, ¡ja, ja!,  
corrió la gente asustada...

Que ninguno se ha pasao,  
dice también con frescura:  
que aquí todo es impostura  
y un mentir desesperao.  
Que a naides han degollao  
sus mashorqueros jamás:  
¡eh, pucha, el gaucho falaz!,  
pues dice que los rosines  
nos corren como mastines...  
¡de hambre será y nada más!

Dice que mandó el Gobierno,  
apura el otro día,  
saquiarle a un don Juan María  
más patacones que infierno:  
que el hombre se mostró tierno  
para que le soliviaran,  
y dejó que le robaran  
cuarenta y cinco no más...  
¡Vaya un paisano voraz!,  
¡puede ser que lo ablandaran!

Del jefe de Polecía,  
dice que está muy caliente  
y afusilando a la gente  
por la espalda todo el día;  
porque tiene una armería  
escondida en la ciudad:  
tal es la fidelidá  
de los buenos orientales  
a Oribe y sus federales.  
¡Cristo!... ¡qué barbaridá!

Dice al fin que al COMODORO  
ya verán como le va;  
pues, Ingalaterra está  
contra Purvis como un toro,  
que no es inglés, sino moro,  
que ojalá lo descuarticen,  
y lo frían y lo guisen:  
que aunque los dé contra el suelo,  
los rosines por consuelo  
todo el día lo maldicen.

En los últimos meses del año 1818, dirigió Rosas a la Sala de Representantes una nota acompañando unos documentos y un tratado, y para ocultar los nombres de las personas que se decían comprometidas en ellos, las determinaba con enes: el ministro N. N., el diputado N. N., el coronel N. N.; y para ridiculizar esta patraña del tirano se escribió la siguiente composición.

Aviso anunciando la aparición de La Indireuta

### **SEÑOR EDITOR Y PAISANO**

No tan sólo Rosas tiene  
nueva laya de escribir,  
y de amolar y embutir  
al ñudo tanta N... N.,  
ahora de atrás se nos viene  
un chasquero inglés de Flandes  
largando otras enes grandes  
que ni Cristo las entiende,  
ni el librero que las vende  
en lo del amigo Hernández.

¿No ha visto, patrón, las enes?,  
vaya, y lea por favor;  
aunque le será mejor  
aflojar ocho vintenes,  
para no andar con va-y-vienes  
un hombre así como usted.  
Con que, afloje y digamé,  
después que lea la cosa,  
si entiende esa geringoza...  
y se lo agradeceré.

ROCAMORA.

### **La Indireuta**

Allá van estos ENTRESES

contra EL CABALLO RABÓN:  
con el permiso y perdón  
de los AMIGOS ingleses.

Para el Federal más chocho

del pago de la Raleise:

Aguada y noviembre trece

del año cuarenta y ocho.

Señor comeloro Herbete.

Mi comadre tiene una hija  
que expliquí-tu-macho inglés,  
y a esa le escribe esta vez  
un tal don N. Balija:  
diciéndole que a la fija,  
en la semana que viene,  
usté empluma, pues ya tiene  
orden de ser reculao  
por rosín y apasionao  
a don N. N. de N.

Tal noticia, en el cuartel,  
a la tropa le gustó,  
y luego la celebró  
a cencerro y cascabel:  
porque dijo el coronel,  
que el mismo N. le ha escrebido  
así también, persuadido  
que usté alza moño y se va:  
noticia que en la ciudá  
de N. y más N. ha salido.

Pero ¿por Cristo?, tanta N.  
¿qué diablos quiere decir?,  
¿y ese modo de escrebir  
con qué Balija se viene?  
Yo, patrón, que me condene  
si lo entiendo, y no soy bruto:  
al contrario, me reputo  
por lenguaraz en inglés;  
velay si me explico: -Yes,  
¡Gotejel y very guto!

Con todo, no es duda poca  
la que tengo, y me interesa



que usted se largue de priesa,  
para golpiarles la boca  
a las hembras, que les toca  
llorar su ausencia, patrón;  
porque usted tiene opinión  
de galante y bien portao;  
y de ¡muy aficionao!  
a la cachucha y al ron.

¿Al ron dije?, he dicho mal,  
queriendo decir al rin,  
a lo que usted es bailarín  
de lo lindo y principal:  
como afeuto sin igual  
a bailar la refalosa,  
pues me asegura una moza,  
de que usted salía enfermo  
de calor, cuando en Palermo  
bailaba con Ene Sosa.

¡Ah, gaucho!... de esa manera  
con otras habilidades  
cautivó las voluntades  
de la gente mashorquera;  
y hasta el Ilustre, aonde quiera  
presume de su amigazo,  
diciendo que usted es buenazo,  
hombre llano y sin bambolla,  
y para hacer una embrolla  
¡ahijuna... superiorazo!

Y dice, que, en esta guerra,  
usted a chismes y cabriolas  
lo enredó y le ató las bolas  
al Ministro de su tierra;  
y que hoy en Ingalaterra  
N. N. Palmetón,  
lerdo viejo barrigón,  
recién entra a corcoviar,  
como queriendo largar  
las bolas por el garrón.

¡Ah, hombre infeliz!, que se fiaba  
en su comeloro inglés,  
siendo federal como es  
desde el pelo hasta la taba,  
y el mesmo que se tiraba  
al vizconde chapetón  
y a la inglesada en montón;  
porque usted don N. N.

¡la p... ucha!, dicen que tiene  
más alma que un redomón.

Por eso le arrima guasca  
la inglesería todita,  
y allá en su lengua le grita,  
San-Babichi-deme-rasca:  
y es justo que se complazca  
en que lo haigan reculao,  
porque usted los ha dejao  
metidos en el pantano,  
y que el Gran Americano  
se los haiga traginao.

Así dicen sus paisanos  
don N. y don N. N.  
de que su ausencia le viene  
lindamente a los Britanos:  
y alzan al cielo las manos  
creyendo que usted se va;  
y díz que esa noche habrá  
luminarias, cuhetería,  
y pedo y musiquería,  
¡todo con temeridá!

Ojalá esté despachao,  
y del Río de la Plata  
se largue con su fregata  
a enredar por otro lao.  
Mire que si el agraviao  
fuese yo, siendo Gobierno,  
atrás le soplabá un cuerno  
a quien tan mal me tratase,  
y le hacía que mosquiase  
hasta el rincón del infierno.

En fin, patrón, me despido  
deseando que le aproveche  
esta INDIREUTA; y no la eche  
en el rincón del olvido.  
Luego, por favor le pido,  
(y no extrañe que apetezca,  
ni de que yo le agradezca  
hallándome tan delgao)  
el que me largue un asao,  
si le sobra CARNE FRESCA.

Luego me dispensará  
que, siendo gaucho y soldao,  
de escribirle me he tomao

la confianza y libertá,  
por lo que, si mi amistá  
le agradare y le conviene,  
en la avanzada me tiene  
siempre a su disposición:  
con que, adiosito, patrón.

N. N. N. N.

P. D.

Si se va y me hace el favor<sup>130</sup>  
de hacerse cargo de un choclo  
para el coronel Cradoclo  
se lo estimaré, señor;  
pues apreco a ese Lor  
don N. de Morondanga,  
desde que armó la bullanga  
en el Janeiro ahora poco,  
porque un negro medio loco  
le chulió a la maturranga.

VALE.- N. N.

### **Contestación de Jacinto Cielo**

A un bonetudo que de hambre  
me remitió esa canción,  
le mando en contestación  
estas coplas y un matambre.

Mirá, trompeta rosín:  
si sos capaz de agarrarme,  
a gusto dejo tocarme  
tu Refalosa y tin tin.

Pero, si no te das maña,  
cuando te topés conmigo,  
sin tanta bulla te digo  
que has de largar ¡una entraña!

Siendo así, no hablemos más,  
seguí con tu refalosa:  
pero al fin... ¿no será cosa  
que te las prienda de atrás?

Porque ya los mashorqueros  
muy fiero han mostrao la hilacha;  
y si uno se les agacha

salen como parejeros.

Con que, será hasta después:  
y aunque roncás y me gruñes,  
dale memorias a Núñez  
si por fortuna lo ves.

**JACINTO CIELO**

Carta ensilgada que le escribió el gaucho Juan de Dios Chaná, soldado de la escolta del general Rivera para don Antonio Tier, ministro que fue de la ciudad de Francia en 1840

Campamento general  
al frente  
del Cerro Largo:  
a  
veintinueve de agosto  
del año  
cuarenta cuatro.

Don Tier: voy con su licencia  
a escribirle de atrevido,  
aunque jamás he tenido  
con usted una conocencia:  
pues sólo la buena ausiencia  
que ha hecho usted de la opinión  
que definiendo en la ocasión,  
es la que me ha decidido  
a ofrecerle agradecido  
mi cabal estimación.

Tal es, que si lo topara  
algún día en un apuro,  
por sacarlo le aseguro  
ni la vida mezquinara.  
¡Ah, malhaya, se animara  
y a estos pagos se viniera!,  
para que yo mereciera  
entonces servirle en algo,  
pues, aunque de poco valgo  
puede ser que lo sirviera.

En esta conformidá  
me le daré a conocer,  
porque, al fin, pudiera ser  
que yo caiga por allá.  
Soy Juan de Dios el Chaná,  
gaucho salvaje y negao,  
forastero desgraciao  
que rueda en tierras ajenas,  
por no arrastrar las cadenas

de un tirano endemoniao.

Ése es Rosas, a quien tengo  
que rastrear toda mi vida,  
sigún la fe decidida  
que de aujerearlo mantengo,  
porque yo también sostengo,  
sin recularle al mejor,  
que ese vil degollador  
todita su vida fue,  
lo mesmo que ha dicho usté,  
un brigán o salteador.

¡Le cae tan lindo en francés  
brigán a Rosas, ahijuna!,  
como cae a treinta y una  
para con veintiocho el tres.  
Mesmamente, de esta vez  
usté el nombre le ha acertao,  
y tanto nos ha gustao  
su agachada de brigán,  
que como copla o refrán  
entre el gauchage ha quedao.

Pero, extrañamos, patrón,  
que un hombre tan escrebido  
como usté, se haiga metido  
en tratos con un ladrón.  
Así es que su Convención  
de octubre estuvo muy ñata,  
y, si le he de hablar en plata,  
diré que está bien empleao  
que Rosas se haiga burlao  
tan fiero de su contrata.

De balde ahora alega usté  
que Rosas no le ha cumplido;  
como diciendo: «se me ha ido  
con las bolas que le até».  
Ni por esas, ya lo ve:  
dos ministros a la par  
le han salido a retrucar  
diciendo: «no te quejés,  
porque vos mesmo esa vez  
lo dejaste retozar».

¡Ah, patrón!... cuando se halló  
lindamente acomodao,  
antes de ser reculao  
del cargo que disfrutó,

no sé cómo se mostró  
tan manso y tan halagüeño,  
ni por qué hizo tanto empeño  
en tratar con Juan Manuel;  
pues, de atrás quejarse de él,  
mesmamente causa sueño.

De suerte que, aunque sabemos  
cuánto alega por nosotros,  
como se lo cruzan otros  
poca esperanza tenemos:  
¿ni qué quiere que esperemos  
de hombres como don Guisote,  
si usted no les pega un trote,  
y los echa cuesta abajo,  
a que no le den trabajo  
tantos maulas y Macote?

Usted me dispensará  
si le hablo en este lenguaje,  
pues como gaucho salvaje  
me explico con claridá:  
pero mire que de allá  
han caído por estos laos,  
de esos maulas retobaos  
con veneras y medallas,  
que ¡al diablo le dan tres rayas  
a rudos y desalmaos!

No quiero decir por esto  
que jamás ningún francés  
vuelva a llevarme otra vez,  
como dicen «del cabresto»;  
por eso si le protesto  
y le digo con verdá,  
que los franceses de acá  
son hombres de mejor ley  
que algunos que mandó el rey  
a tragararnos de allá.

Tal vez por eso en usted  
no todos tengan confianza,  
y ahora se les haga chanza  
su afición, (dispensemé).  
¿Qué quiere, señor?, ya ve,  
si anda la gente ariscona,  
es porque de las caronas  
que nos echó en su tratao,  
a muchos nos han quedao  
las uñeras frescachonas.

Velay: y temen que vaya  
de esta vez haciendo el juego  
a costa nuestra, y que luego  
salga diciendo: «otro talla»  
y como ahora usted no se halla  
lo mejor asiguro,  
presumen que haiga formao  
con los salvajes pretexto  
para calzar cierto puesto,  
y de ahí hacernos a un lao.

¿A qué le he de andar mintiendo,  
si eso malician de usted?,  
y aseguran, creamé,  
de que nos está meciendo,  
pero acá yo lo defiendo  
¡en su lindo!, a la verdad;  
y así con ingenuidá  
usted pudiera decirme,  
si ahora es moquillo o es firme  
su decisión y amistad.

Por lo demás, no hay cuidao,  
aun cuando a la Entirvención  
se le aplaste el mancarrón  
antes que llegue a este lao;  
que ha de ser el resultao,  
si usted la quiere apurar,  
después que le hizo aguachar  
el pingo cuando el tratao:  
y estando el pingo aguachao  
dejuero se ha de aplastar.

Eso fue la vez pasada,  
como cuatro años harán,  
luego que el viejo Leblán  
alzó moño con la armada;  
y cuando aquella ensartada  
de nuestra alianza famosa,  
en que, después de la prosa,  
que la Francia nos metió,  
al fin solos nos dejó  
a sufrir la refalosa.

¡Ah, viejo ese don Leblán,  
tan buenazo y sin dobleces!,  
creo que entre los franceses  
pocos de su laya habrán:  
pues naides con más afán

voltiar a Rosas pensó;  
pero se le atravesó  
por desgracia Dopotí,  
que el diablo no sé por qué  
antes no se lo llevó.

Me acuerdo que en cuanto vino,  
otro viejo, un tal Dupuí,  
se apareció por aquí  
medio despiao y chapino,  
y ya le salió al camino,  
y al fin ganó mucha plata,  
haciendo que don Batata  
con Dopotí platicara  
mano a mano, y se mamara  
almorzando en la fregata.

Después que se retiró  
don Leblán de estos destinos,  
que orientales y argentinos,  
todo vicho lo sintió:  
lo mesmo que se alentó  
todo el mundo a su llegada,  
hasta hacer una pueblada  
al principio del bocleo,  
cuando le paró rodeo  
a Rosas nuestra gauchada.

¡Viese, patrón, qué mozada  
se le alzó al Degollador!,  
créame que fue la flor  
de nuestra gente hacendada  
pero más acostumbrada  
a lidiar con lazo y bolas  
que con sable y tercerolas,  
anduvo medio trabada,  
y en la primera topada  
dejamos las mentas solas.

Dejamos digo, porque  
yo también de Chascomún  
al apurar el ¡tun!... ¡tun!,  
ya salí tendiendomé,  
y a rebenque enderecé  
rumbiando al rincón de Ajó,  
aonde mesmo enderezó  
el resto de la gauchada,  
que caliente y de coplada  
a los barcos acudió.



Pues don Leblán que sabía  
que Rosas nos apuraba,  
por si acaso nos golpiaba  
nos mandó su barquería:  
¡ah, Francés que nos quería!,  
lo mesmo la oficialada;  
y de ahí la marinerada  
tan liberal y corriente:  
¡viera usted en que redepente  
se embarcó a la paisanada!

¡Ah, Cristo!, ¡qué sentimiento  
tuve al soltar mi gatio  
y después liar el recaó  
para embarcarme al momento!...  
Pero bien o mal contento  
me arremangué el chiripá,  
y «obre Dios, dije, allá va  
Juan de Dios, ¡cómo ha de ser!,  
si el destino es padecer,  
cúmplase su voluntad».

Ahí no más nos embarcó  
un oficial en el bote,  
que se llamaba el canote,  
y echando diablos salió,  
hasta que fue y sujetó  
allá en el medio del río,  
junto a un barco, ¡Cristo mío!,  
morrudo como un galpón,  
y que era una confusión  
de cañones y gentío.

Montó al bordo el oficial  
cuanto tocaron el pito,  
y de subir al ratito  
a mí me hicieron señal:  
yo me le prendí a un torzal  
que a una escalera colgaba;  
porque, amigo, se me andaba  
la cabeza dando güeltas,  
y aun las entrañas revueltas  
sentía cuando trepaba.

Luego de estar embarcaos  
subió la marinería,  
le aflojó la velería,  
y el barco salió a dos laos.  
Me acuerdo que bien delgaos  
hicimos esa cruzada,

pues toda la paisanada,  
cuanto el barco corcovió,  
a vomitar comenzó  
y a quedar despatarrada.

Viera al barco, ¡Virgen mía!,  
¡correr con el ventarrón,  
crujiendo la tablazón,  
chiflando la cuerdería!  
Mesmamente parecía,  
al disparar tan ligero,  
nube que arrea el pampero  
cuando zumba, y de allá lejos  
trae a los ombuses viejos  
dando güeltas de carnero.

En fin, después del jabón  
que nos dio tanto meneo,  
el barco a Montevideo  
se vino a dar del tirón.  
Ya murieron un montón  
de infelices argentinos,  
que entonces a estos destinos  
cayeron esperanzas  
en la alianza, y por confiaos  
Rosas los puso barcinos.

También yo entonces llegué  
tan sumamente cortao,  
que una tarde de apurao  
hasta el cuchillo empeñé:  
desde entonces, creamé,  
ni de mi gaucha sé nada,  
pues la dejé abandonada  
con cuatro criaturitas,  
mis ovejas y vaquitas,  
mi tropilla y mi manada.

Oiga no más mis lamentos:  
aunque mejor es callar,  
que no entrarle a relatar  
todos mis padecimientos;  
pues sería en los momentos  
hablar de güeyes perdidos,  
mencionarle lo fundidos  
que todos hemos quedao,  
a causa de aquel tratao  
que hasta hoy nos tiene tullidos.  
Así mesmo, hoy lo tenemos  
al saltador en conflictos,

y puede ser que solitos  
cualquier día lo estiremos:  
sigún la fuerza que hacemos  
los criollos, y sus paisanos  
los franceses milicianos,  
que con valor sin igual  
por la causa liberal  
pelean de ciudadanos.

Viendo la partida fiera  
que su rey nos hizo, ¡ha visto!,  
de hacer compadre, ¡por Cristo!,  
al brigán... ¡quién tal hiciera!,  
ni menos quién presumiera  
que un rey así se portara  
después que de MALA CARA  
lo trató un gaucho arbitrario,  
cuando todos, al contrario,  
¡creímos que se lo tragara!...

Pero, vanas esperanzas,  
pues el loco Juan Manuel  
anduvo a güeltas con él  
hasta que le echó las mansas.  
Lo peor es que en las cobranzas  
de usted, nos ha traginao,  
pues a mí que fui su aliao,  
y a otros por estos parajes,  
Juan Manuel como a salvajes  
¡ni guascas nos ha dejao!

Al fin ese basigote  
se lo aguantamos a Rosas,  
pero no las cuatro cosas  
que nos quiere hacer Guisote:  
pues en ancas que Macote  
nos amoló una ocasión,  
que ahora nos largue a Pichón  
a que nos venga a enredar...  
eso ya es mucho amolar:  
¿no le parece, patrón?

Ahí anda a lo volantín,  
luciendo por el Cerrito,  
de leva y de bigotito,  
echándola de rosín.  
¡Vaya un mozo malo y ruin!,  
¿de qué manada será?,  
no he visto, ni se verá,  
un vicho más cabulista,

buscapleitos y enredista.  
¡Jesús, qué barbaridá!

Gracias a qué don Lané  
es un jefe de razón,  
y con todo eso Pichón  
medio lo hizo... no sé qué;  
pero el hombre, ya se ve,  
era novato y cayó;  
mas, en cuanto coligió  
que Pichón es un lagaña,  
vea como se dio maña  
y a las yeguas lo aventó.

Esto por acá, patrón,  
es lo que hay entre dos platos;  
no sé allá sus alegatos  
si serán conversación:  
pero si al gaucho ladrón  
quiere darle un rato amargo,  
sin más esperas le encargo  
que sólo con don Lané  
le haga sacudir, porque  
lo demás... ¡es cuento largo!

Con que así, dispensará  
el que lo haiga molesto;  
y cuente por deconto  
con mi aprecio y voluntá:  
y si acaso por allá  
me lo ve a don Martín  
me hará el favor, eso sí,  
de pegármele un abrazo,  
diciéndole que, si acaso,  
vuelva a disponer de mí.

No ofreciéndose otra cosa,  
concluyo, bien persuadido  
que esta carta le habrá sido,  
por supuesto, fastidiosa;  
aunque una prueba amistosa  
al mismo tiempo será,  
por la cual usted podrá  
ver mi cariño completo  
y disponer del afeto  
de...

JUAN DE DIOS EL CHANÁ.

**Jacinto Cielo dando noticias de la derrota del queneral Núñez a los sitiadores flacones**

¡Salgan no más rosines a juntar potros,

ya los amansaremos... entre nosotros!

¿Con que Núñez por la Horqueta  
se andaba haciendo el potrillo,  
y para verle el colmillo  
FLORES le estiró la jeta?,  
y que es mancarrón sotreta...  
ha visto, porque mosquiando  
fue a dar a la Colonia, pero chanciando.

¿Qué dice, amigo don Pancho,  
de ese montón de laureles?  
Siga largando papeles,  
y diga que ha sido gancho.  
Con que, ¿cómo va de rancho?  
pues a Núñez hasta el chifle  
se lo quitó CALENGO, que es alarife.

Si acá el ministro PACHECO  
quisiera que yo saliese,  
y por contrata les diese  
carne gorda y charque fresco,  
lo haría, porque apetezco  
servir a los apuraos;  
y a ustedes los contemplo, muy atrasaos:

Con todo eso que ha marchao  
últimamente a campaña  
Alderete, a darse maña  
para acarriarles ganao;  
pero sale tan delgao,  
que si vuelve con salú  
ha de ser gambetiando, como ñandú

¿Y Urquiza no llegará  
con Juan Bolas y Badana?,  
¿o se les quitó la gana  
de bailar en la ciudá?  
¡Mire qué temeridá  
no aprovechar la ocasión!  
Tin tin de la Aguada, tin tin del Cordón.

¿Y Violón, no se ha templao?,  
¿y el general Cinturita,  
no le manda a Manuelita  
expresiones de Estibao?  
Vamos, que se le ha arrugao  
el cuajo con la noticia,  
o ha visto que la cosa lleva malicia.

Y Ángel Chifle que la embarra  
a lo mejor, ¡voto-alante!,  
puede ser que ahora les cante,  
que otra cosa es con guitarra;  
miren, si FLORES lo agarra  
al salvaje federal,  
¡ahí se pone las botas con el queneral!

Que a la Colonia llegó  
casi en pelos, y a dos laos,  
sólo con cuatro soldaos  
de ochocientos que llevó.  
¿Y las vacas que juntó?,  
¿y las yeguas, y los potros?,  
ya los amansaremos... entre nosotros.

Disputa y arrehlo que ocurrió en el sitio de Montevideo entre un ayudante y un sargento, ambos del ejército de Oribe; con motivo de la escasa ración de carne de carnero que se le daba al sargento para racionar a su compañía

SARGENTO: ¡Mi ayudante: a la verdad,  
es muy chica esta ración!

AYUDANTE: ¡Rezongón!,  
cállese y agarrelá.  
Pues qué ¿no ve cómo andamos,  
que de flacos nos cortamos  
jefes y oficialería?,  
¿y que hay día  
de que al palo lo pasamos?

SARGENTO: Ya lo veo:  
pero al mismo tiempo creo,  
que toda mi compañía  
no puede comer un día  
de medio carnero aspudo,  
y de yapa catigudo  
y flacón,  
que eso ya da compasión;  
porque nos causa fatiga  
y blandura en la barriga:  
de no, vea mis soldaos  
apuraos,  
y siempre con seguidillas,  
y las caras amarillas  
de hambre y de necesidad:

porque cuando se les da  
cada dos días ración,  
ya les causa admiración;  
y después,  
la carne es tan de-una-vez,  
azul de flaca y cansada,  
que está la gente apestada:  
de manera,  
que siempre andan de carrera,  
porque ni tiempo les da  
a sacarse el chiripá.

AYUDANTE: Mentira: no sea puerco.

SARGENTO: ¿El qué?  
Mire: vaya, asomesé  
a la zanja de aquel cerco,  
verá si hay una porción  
que parece un batallón,  
y en los apuros que está:  
pues me río del Larruá,  
sí, señor,  
esta carne es mucho pior.

Luego después, sin pitar,  
aguantar  
diez días como sabemos,  
no sé cómo poderemos  
resistir;  
porque, vamos al decir:  
si hubiese facilidad  
de colarse en la Ciudad...  
NORABUENA;  
ya sería menos pena  
y nos daría corage;  
¡pero, si hay tanto salvaje,  
y tanto cañón morrudo!,  
que con sólo un estornudo  
de cada uno  
no queda vivo ninguno  
de nosotros; ni Alderete  
creo que salve el rosquete:  
pues discurro  
que no se escape ni el burro.

De balde dice Espadín  
que se ha de colar al fin:  
pero, ¡qué!,

¿o tiene esperanza usté,  
mi ayudante?

AYUDANTE: ¿Que si yo tengo esperanza?

Mire: le diré en confianza;  
que nos lleven por delante,  
y que nos saquen el cuero  
sólo espero:  
y créamelo, sargento,  
que le digo lo que siento.  
Por supuesto,  
sé que usté es hombre discreto  
y que también es mi amigo;  
ya sabe por qué lo digo.  
Pero, mire:  
aunque Alderete se estire  
como tripa al arrancarla  
de la panza y desebarla,  
ha de ver,  
que fiero se ha de encoger  
el día que la pueblada  
nos pegue una atropellada,  
o Rivera  
nos haga un dentro cualquiera;  
pero yo, para ese trance,  
cierto lance  
les voy a jugar aquí.  
Si usté quiere unirse a mí,  
y a otros varios, creamé,  
le irá bien, acuerdesé,  
ya lo digo.

SARGENTOÑ: Sí, señor; cuente conmigo,  
lo mesmo que con mi gente,  
que andan apuradamente  
y ende veritas rabiosos  
de ganosos  
por hacer una embarrada...

AYUDANTE: Bueno, escuche la jugada,  
y desde ahora piense ya  
el fruto que nos dará.

El día que nos apuren,  
antes que nos asiguren,  
nosotros asigramos  
y amarramos



a Bárcena y a Violón:  
porque, en la tribulación  
que esos diablos se han de ver,  
todo se les puede hacer.  
¿No se le hace?

SARGENTO: ¡Pues no!, señor, al instante,  
diga no más, mi ayudante,  
si quiere que yo lo enlace;  
y desde ahora le prometo  
que a Violón se lo sujeto  
ese día,  
si corre de cuenta mía  
hacer de él lo que yo quiera;  
que es llevarlo a la trinchera  
para que al general PAZ  
le vea el gesto no más:  
que luego éste lo destina  
a la Legión argentina.  
¡Ya usted ve  
las botas que me pondré!,  
ni a qué quiero más caudal  
que entregar a ese animal.

AYUDANTE: Pues, corriente:  
alíste no más su gente,  
y dispondrá de Violón  
con toda satisfacción,  
que al tuertito  
Bárcena lo necesito,  
para venderlo muy bien  
y hacerme rico también,  
porque don Frutos Rivera,  
como quiera,  
me da diez mil patacones  
por sacarle los calzones  
y pelarle la picana,  
que es de lo que tiene gana;  
y después enseudito  
se lo remite fresquito  
al conde de Poblaciones,  
restaurador federal,  
y capitán general  
de mashorqueros ladrones.

Disculpa dirigida a un caballero inglés a quien le transmitió una falsa noticia que otro negociante inglés le dio de sorpresa y maliciosamente como positiva a Paulino Lucero, habiéndolo encontrado en la retreta del Viernes Santo en Montevideo, precisamente en la noche en que, con bastante atraso, llegó de Europa el paquete inglés, por el cual en aquellos días se esperaban noticias importantísimas para la causa de la libertad

SEÑOR PATRÓN D. J. B.

Montevideo 6.- Febrero de 1848.

Perdone la bola güera  
que el Viernes Santo, patrón,  
por pegarle un alegrón  
le llevé a toda carrera;  
si usted se la tragó entera,  
así me la tragué yo,  
desde que me la sopló  
el hijo de la gran pu...  
cara de ñacurutú  
que en la plaza me topó.

¿Cómo pude afigurarme  
de que ese sanabicha,  
con su nariz de salchicha,  
allí se fuera a olfatiarme  
tan sólo para boliarme?  
¡Si será el diablo ese ñato!  
En fin, se habrá reído un rato  
a mi costa, deje estar;  
yo también le he de mostrar  
que tengo sangre de pato.

De balde me dicen que es  
bruto que suele, de una hebra,  
a un botellón de giniebra  
dormírsele alguna vez;  
y que se goza después  
que ha tomado su chubasco  
de una cuarta o medio frasco,  
en largarse con el pedo  
a soltar bolas sin miedo  
de que le peguen un chasco.

Así me las ha prendido,  
porque sé que en los paquetes  
y allá entre los Bifisquetes  
el ñato es introducido;  
y, como es tan decidido  
y salvaje, me amoló:  
de suerte que consiguió  
(por supuesto, con malicia)

embocarme la noticia...  
¡ahijuna!, y me traginó.

Pero si otra vez intenta  
divertirse a mis costillas,  
y tiene el ñato cosquillas,  
no le ha de salir la cuenta:  
veremos, pues, si escarmienta  
y aguanta esta cuchufleta,  
que sólo es una indirecta,  
mientras no me da ocasión  
de soltarle un nubarrón  
más grande que la gaceta.

Con que, patrón, siendo así  
el chasco dispensará,  
si no salió la verdad  
el notición que le di  
conforme lo recibí  
del bruto que me lo dio:  
a quien ya le he dicho yo  
que no aguanto bolas de ufa.  
¡Vaya el ñato a que lo sufra  
la p... unta de San Fernando!

P. D.

Por si no acierta, patrón,  
a saber quién es el ñato,  
velay, le haré su retrato:  
fíjese en la filiación.

Es colorao, vivaracho,  
ni muy alto ni petizo;  
chato de anca, lomo liso  
y máscara de capacho;  
de narices, sólo un cacho  
desde potrillo ha llevao,  
muy fieramente pegao  
desde la frente al bigote;  
que a no ser por tal pegote  
sería un ñato agraciao.  
Su servidor y pión,  
P. LUCERO.

Remitido al Conservador, periódico que se publicó en Montevideo en tiempo del sitio grande

**Amigo y patroncito del Consilgador,**

Como apareao al invierno  
ha caído por esta tierra  
un Loro de Ingalaterra,  
¡mozo lindo para yerno!

Hombre Loro tratador  
que en el Río de la Plata  
trató con Loro Batata,  
y el Loro Restaurador.

Y como tengo mis dudas  
de cómo se llama el hombre,  
pues no estoy cierto si el nombre  
es don Juden o don Judas...

El que comió mazamorra  
allá en los Santos Lugares,  
y tantió los costillares  
de Manuela la cotorra...

Bailando la refalosa  
y el cielito federal,  
porque es Loro liberal,  
y no Loro cualquier... cosa.

Aunque al gaucho Juan Manuel  
fieramente le aflojó,  
y al decirle el gaucho: ¡No!,  
le respondió el Loro: ¡Well!

Pues a ese Loro, patrón,  
que acá trata de voliarnos  
y a la mashorca entregarnos,  
porque él le tiene afición:

Yo que soy de la banda  
de los Loros cimarrones,  
le diré cuatro razones  
en una carta ensilgada...

Si usted, patrón imprentario,  
a quien ésta le dirijo,  
me asegura el nombre fijo  
de Loro Cipotenciario...

Hoja de servicios del Brigadier general don Juan Manuel Rosas, gobernador del Continente Americano que el gaucho Santos Contreras le retruca en una carta

Anuncio de Santos Contreras al señor relator del Comercio del Plata.

Señor patrón, allá va  
esa carta ¡de mi flor!,  
con la que al Restaurador  
le retruco desde acá.  
Si usted la lé, encontrará,  
a lo último del papel,  
cosas de que nuestro aquel  
allá también se reirá:  
porque, a decir la verdá,  
es gaucho don Juan Manuel.

CONTRERAS.

Excelentísimo señor Restaurador de las Leyes y Gobernador del Continente Americano

Montevideo, a 30 del mes de Rosas de 1849.

También de acá, vuecelencia,  
pido como el porteñaje,  
aunque soy gaucho salvaje  
(con su perdón y licencia),  
que sea su permanencia  
infinita en el Gobierno;  
porque será caso tierno  
que vuelvan los unitarios  
y que a sus peticionarios  
los aventen al infierno.

¡Ah, gente linda!, jamás  
tuvo tanta efervescencia:  
¡barajo!, ¡qué diferencia  
a la del tiempo de atrás!,  
ya no puede ofrecer más  
la pueblada que anda al trote  
ofreciéndole el cogote,  
y la fortuna y la fama:  
velay, eso sí se llama  
antusiasmo y no CEROTE.

Yo apenas, señor, le ofrezco  
una pistola reyuna,  
porque de fama y fortuna  
completamente carezco.  
Pero siempre que amanezco  
con pescuezo, en realidá,  
bendigo la libertá  
que debo a la providencia,

ausente de vuecelencia  
que es tan feliz por allá.

De eso me alegro, y no importa  
que yo esté en Montevideo  
atrasao como me veo,  
y de yapa a sogá corta:  
esto un gaucho lo soporta  
por más que haiga sido inquieto;  
así, yo aguanto sujeto,  
y aunque me voy aguachando  
también me estoy preparando  
para buen FEDERAL NETO.

Si tal me vuelvo, señor,  
por allá me le apiaré,  
y espero que lo hallaré  
siempre de gobernador:  
hágame pues el favor  
hasta entonces de aguantarse,  
no vaya a precitriparse,  
déjese andar sosegao,  
que bastante le ha costao  
el poder acreditarse.

¡Vea el peligro fatal  
que vuecelencia corrió  
la vez que se le chingó  
una máquina infernal!,  
¡y esa campaña triunfal  
que ha olvidado el almanaque,  
la cual sin un triquitraque  
vuecelencia terminó,  
cuando al desierto marchó  
y nos trujo el estoraque!

Después... la hazaña atrevida  
que hizo en los Santos Lugares,  
que en sus glorias militares  
es la más esclarecida:  
pues con sólo una partida  
y en mulas con aparejos  
mandó traer desde allá lejos,  
vivos para desollarlos  
a sangre fría y matarlos,  
a unos cuatro curas viejos.

Agregue en ancas, patrón,  
la sensible y dolorosa  
muerte de su cara esposa

y adorada Encarnación:  
angustia que con razón  
lo dejó de una sentada  
con el alma atravesada,  
delirando de pesar,  
hasta que mandó matar  
a una mocita preñada.

Además, la decadencia  
de su salud y los perjuicios  
que tantísimos servicios  
le han causado a vuecelencia,  
por los que en Dios y en conciencia  
se le debe suplicar,  
que no deje de mandar  
aspótico y disoluto,  
hasta que dé todo el fruto  
y leche que puede dar.

Toda vez que no se acorte  
ni se achique en el mandar,  
pues merece gobernar  
la patria de sur a norte,  
debiendo hacerle la corte  
los gobiernos interiores;  
y si los gobernadores  
quieren medio culanchar,  
del cuerpo hágales sacar  
maneas y maneadores:

Lo que podrá conseguir  
fácilmente sin fatiga;  
de ahí tendido de barriga  
coja y échese a dormir,  
que ya basta de servir  
del año diez al presente,  
y de estar constantemente  
con fina benevolencia  
salvando la independencia  
y el honor del Continente.

Eso sí, a la extranjerada  
que firma en la petición,  
debe premiarla, patrón,  
siquiera con una inflada:  
y ordenando la soplada  
¿sabe vuecelencia a quién  
a fuelle, y vela también,  
le hará soplar la viruta?,  
a ese hijo de la Gran... Bretaña

titulado don SARTÉN.

Y a quienes le hablen de asuntos  
o reclamamos al gobierno,  
despáchelos al infierno  
o a cenar con los difuntos;  
o que acudan todos juntos  
a la niña Manuelita,  
pues ya estará la mocita  
vaqueanaza en el despacho,  
y será un ministro ¡a macho!,  
como para su tatita.

Sólo de la Intervención  
encárguese en el asunto,  
y no le recule un punto  
en ninguna pretensión;  
duro y parejo, patrón,  
dele guasca, retrucando,  
y si le siguen mandando  
condes, loros y marqueses,  
a gauchadas y dobleces  
váyaselos traginando...

Como hizo en aquel invierno  
cuando cayó a nuestra tierra,  
creyendo cortar la guerra,  
Lor Jauden del quinto infierno:  
que cuando estuvo más tierno  
para arreglar la pendencia,  
ahí mesmito vucelencia  
medio lo deschabetó;  
y alzó moño, que, si no,  
lo sopla en la Residencia.

¡Ah, loro manso y rosín!,  
me acuerdo que se dio maña  
a bailar la media caña  
y ya se olvidó del rin,  
tan de una vez, que al violín  
le hacía asco en un fandango:  
pero, al sentir un changango,  
en cualesquiera cocina  
se le afirmaba a una china  
y no era muy maturrango.

Yo no sé quién me hizo el cuento  
que ya se ha restablecido;  
pero ¡cuándo!... si he sabido  
que estuvo en un parlamento,



donde soltó un argumento  
alabando a vuecelencia;  
lo que prueba a la evidencia  
que si no es zonzo es un pillo,  
o que el último tornillo  
se le ha aflojado en la ausencia.

Pero, ¡por Cristo!, todo esto  
¿qué importa en mi pretensión?,  
¡voto al diablo que al botón  
me iba saliendo del tiesto!  
Así, otra vez me recuesto  
volviéndole a suplicar,  
que no se vaya a enojar  
con la gente que hoy alega  
y de rodillas le ruega  
que no se piense largar.

Aunque yo estoy presumiendo,  
que vuecelencia se empaca,  
y a la junta me le atraca  
su negativa, diciendo:  
«De que lo están ofendiendo  
con tantos ruegos en vano,  
y que es un paso villano  
el que ha dado el pueblo todo,  
suplicándole de un modo  
tan antirrepublicano».

Pero, si los hombres andan,  
calientes, le untan la mano  
al obispo de Medrano  
y de empeño se lo mandan,  
siguros de que le ablandan  
vuecelencia el corazón;  
largándole en procesión  
a ese obispo que anda a gatas  
con flaires, curas y beatas,  
y con igual petición.

Yo no creo que se enoje  
en ese caso, señor,  
aunque a lo Restaurador  
hará lo que se le antoje:  
pero en caso de que afloje  
a ese clamor general,  
voluntario, liberal,  
de todo el pueblo argentino,  
ábrale cancha a un destino  
¡ALTAMENTE FEDERAL!

Entonces no desespero  
que almitir a vuecelencia  
volviéndole su clemencia  
al pobre campanillero,  
que como buen artillero  
se aguanta al pie del cañón:  
de balde en la estimación  
de vuecelencia ha fallao,  
así mismo maltratao  
no le larga el esquilón.

Luego en pago del afán,  
con que tan fiel le ha servido,  
merece ser ascendido  
lo menos a sacristán;  
que, si lo hiciera guardián  
de allá de la Recoleta,  
sería una obra completa,  
dina del Restaurador,  
concederle ese favor,  
ya que está viejo y maceta.

Yo pienso hacer la zonzero  
de aguantarme por acá,  
mientras vuecelencia va  
llenando allá su manguera;  
entre la cual bien pudiera  
alzarse la salvajada  
ahora que está entreverada:  
y esos brutos y baguales  
de sus buenos federales  
sufrir una disparada.

Por último, esta ocurrencia,  
velay, señor, me ha venido:  
por su madre se lo pido  
y suplico a vuecelencia,  
que me haga la complacencia,  
cuando el caso se lo exija,  
y haiga de soltar manija  
por cualesquier desacierto,  
o porque ¡se caiga muerto!,  
de largarle el mando a su hija...

Que así la niña podrá,  
si el cargo le desagrada,  
soltárselo de humorada  
a don Eusebio, o Biguá,  
a quien Batata inflará;

y cuando esté barrigón,  
lo hará empuñar el bastón  
y que salga a gobernar,  
y al mismo tiempo a solfear  
A LOS DE LA PETICIÓN.

Hasta la  
vista, patrón.  
El  
Gaucho,  
SANTOS  
CONTRERAS.

### **La despedida al comeloro don Herbet**

A fin largando manija,  
sin esperar que oscurezca,  
se va el Viejo CARNE FRESCA  
y el chasquero don Balija:  
ojalá a tal sabandija  
luego la avente un arriero  
rempujador del pampero,  
y en lo más hondo del charco,  
a los DOS SOLOS el barco  
se les ponga de sombrero.

Cosa que de la sumida  
como zamaragullones  
a salir a Patagones  
vayan de una zambullida:  
y que al hacer su salida  
por la costa, entre dos luces,  
los vean los guaicuruces  
a pie y con la panza hinchada,  
y me los corra la indiada  
creyéndolos avestruces:

Y los lleve pisotiando  
por el monte y por la sierra,  
desde allí hasta Ingalaterra,  
donde lleguen trompezando:  
y así que vayan llegando  
a sus pagos, la inglesada  
caliente y alborotada,  
y en la punta PALMETÓN,  
se les vengán en montón  
y les larguen la perrada.

Después de este zamarreo,  
que no pasará de chanza,  
pueden con toda confianza  
volver a Montevideo  
donde yo espero y deseo  
que vuelvan otra ocasión  
don Balija y su patrón,  
y los aguardo, al primero  
con un reyuno aguatero,  
y al otro... un zaino rabón.

**Remitido que salió a consecuencia de la publicación anterior**

Señor auditor del COMERCIO DEL PLATA

También las gauchas sabemos  
escribir como cualquiera,  
y de la misma manera  
de hacer coplas entendemos:  
siendo así, le alvertiremos  
a Contreras, que se engaña  
si ha creído que en la campaña  
la china más inorante  
recibe por consonante  
tras de viruta... Bretaña.

Ni aguanto que nos atraque  
la otra trova que nos sopla,  
queriendo hacer cair en copla  
primavera y estoraque;  
y aun cuando Santos le achaquel  
las culpas al imprentero,  
digo que es verso muy fiero,  
por lo que me hallo caliente:  
y así se lo hago presente  
por su conduto al coplero.

Su paisana, la Isidora.

**El Zorrocloco**

Montevideo. Agosto 28 de 1850.

Ayer tuve mis trompiezos  
con un maldito rosín  
mansito, pero muy ruin,  
y más blanco que los güesos.

¡No sirve!, porque es arisco,

zorro viejo de-una-vez:  
¡qué diablo!, ¿saben quién es?,  
es un zarco o medio vizco.

Bajito de aujas, lunanco,  
y de muy mal ensillar,  
que se puede desgrasar  
muy bien su levita blanco.

Frentoncito, cara angosta:  
usa un sombrero enflautao,  
y al caminar es doblao  
como pierna de langosta.

Anda con una divisa  
finita, y como viruta  
de arrugada, y sin disputa  
más sucia que su camisa.

Que acostumbra dir a misa,  
y haciéndose el santulón,  
no se le escapa pichón  
con aquel ojo de liza.

Porque se pone muy tieso  
al lao de la agua bendita,  
y a mocita por mocita  
les brinda y duebla el pescuezo.

Pero en llegando a las viejas  
figura que está rezando;  
pues se agacha rezongando  
y entre-frunciendo las cejas.

De allí sale a su tragín,  
que lo tiene por la Duana,  
aonde suele de mañana  
dir a ler un boletín...

Diciendo que se lo halló  
allí cerquita, al dar güelta,  
y es de los que Pancho suelta,  
si no es que se lo mandó.

Pues ayer, medio trabao  
al camino me salió,  
que ni sé cómo me vio  
con aquel ojo ñublao.

Por supuesto, se me vino

a platicarme derecho  
después de templar el pecho  
en la mitá del camino.

Y a mí, cuando me cocea  
este rosín, ni me engaña...  
si le conozco la maña  
y del vaso que renguea.

Pues, señor, me pilló a pie;  
ansí es que sin embarazo,  
luego que me dio un abrazo,  
me dijo: «¿Cómo está usted?

¡Cuánto me alegro de verlo  
tan gordo y tan colorao!  
¡Qué!, ¡si está desfigurao,  
y no es fácil conocerlo!».

Con que, yo le contesté:  
«Estoy güeno a su mandao;  
gracias a Dios, he sanao  
de un balazo que llevé».

«¡Pobre mi amigo Jacinto!  
(me dijo), nada he sabido:  
y el no verlo he atribuido  
a otro motivo distinto».

«¿Pobre yo? (le respondí),  
no, amigo, usted se equivoca;  
a cada hombre al fin le toca,  
y ahora me ha tocao a mí».

Entonces encogió el hombro  
el tuerto señó... ¡C... anejo!...  
que le sacan el pellejo  
si por descuido lo nombro.

Y me dijo: «¡pues, cuidao!,  
o para mejor decir,  
ándese usted a ver venir,  
ya que por suerte ha escapao».

Al tiro le contesté:  
«cuando vienen, bien los veo,  
y también me los arreo  
por delante: creamé...

Que a rosín que agarro a tiro,

bien pudiera ser a usted,  
con franqueza digolé,  
le haría dar un suspiro».

«Sí se lo creo, ¡pues no!»,  
(dijo el liendre, medio fulo)  
y luego así al disimulo,  
oigan cómo se me apió...

«¡Ay, amigo!... con verdad,  
hablando acá entre nosotros,  
matarnos unos con otros  
¡es una infelicidá!

Y agregue usted a los reveses  
de nuestra triste fortuna,  
que ahora sin razón ninguna  
se nos mezclan los ingleses...

Que es motivo principal  
para que esto no se acabe,  
pues todo paisano sabe  
de que a la Banda oriental...

Todita la extranjerada  
le tiene mucha afición,  
y ahora encuentra la ocasión  
de colarse la inglesada...  
Que se desembarcará  
a intervenir en la guerra:  
y por fin, de nuestra tierra,  
¡quién sabe lo que será!

Así es que yo más quisiera,  
antes que con los ingleses,  
arreglarme una y mil veces  
con esa gente de ajuera.

Y someterme también  
a ellos con gusto, y primero  
de que a ningún extranjero:  
¿diga usted, no digo bien?».

«Pues no ha de decir ¡friolera!,  
muy clarito se ha explicao:  
y lo que más me ha gustao  
ha sido el con los de ajuera.

Pero sería mejor  
que usted no se haga el mulita,

y el diablo luego permita  
que le cueste un sinsabor...

Criticar a los ingleses  
porque no son mashorqueros,  
ni los otros extranjeros,  
y menos a los franceses.

¿O ahora recién cosquillea  
viendo que la extranjerada  
se opone unida y armada  
a que le saquen manea?

¿Pues, usted antes festejaba,  
entusiasmo de una vez,  
a cierto ministro inglés  
que a Rosas lo palanquiaba?

Cuando a Rosas el gobierno  
de allá de la Inglaterra  
le ofreció para la guerra  
plata y barcos como infierno...

¿Cómo entonces no decía:  
qué será de nuestra tierra,  
ni que era injusta la guerra  
en que el inglés se metía?  
Finalmente, amigo Ce...  
bastante hemos conversao:  
¿en qué cuerpo está enrolao?,  
haga favor, digamé».

«¿En dónde estoy enrolao,  
dice? En la... ¿cómo se llama,  
un cuerpo que tiene fama,  
de... la... la?... Se me ha olvidao».

«¿En la Mashorca, será?,  
ahí mismo, sí, debe ser:  
¿y su papeleta?, a ver,  
amuéstreme, saquelá».

«Hombre: no la traigo aquí  
casualmente (respondió);  
pero usted sabe que yo  
soy su amigo; ¿no es así?».

«Bien; si no la traigo consigo,  
iremos hasta la Aguada;  
¡que no le ha de pasar nada!,



pues yo también soy su amigo.

Pero tengo orden direta  
que me dio mi coronel,  
de llevarle a todo aquel  
que pille sin papeleta».

Al decirle estas razones,  
el rosín se atribuló,  
y ahí no más ya le chorrió  
algo por los zapatones.

«¿Qué es eso?, le pregunté:  
¡cómo!, ¡qué!, ¿se está orinando?,  
no se asuste, si es chanciando:  
¡voto al diablo!... larguesé».

Y ya salió muy ufano  
mirando de rabo de ojo,  
y luego como de antojo  
un granadero italiano  
llegó a pedirle la mano,  
que el rosín se la soltó;  
cuando en esto reparó  
que pasaba don PURVIS,  
y el vizco como perdiz  
¡hasta el suelo se agachó.

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>